

L A P R I N C E S A D E  
C L É V E S

---

M M E . D E L A  
F A Y E T T E

Ediciones **elaleph**.com

Editado por  
el**aleph**.com

Traducción de Mario  
© 2000 Copyright [www.elaleph.com](http://www.elaleph.com)  
Todos los Derechos Reservados

## PRIMERA PARTE

La magnificencia y la galantería no alcanzaron jamás en Francia tanto brillo como en los últimos años del reinado de Enrique II. Este príncipe era galante, de buen porte y enamorado. Aunque su pasión por Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois, hubiera comenzado hacía más de veinte años, no era por eso menos violenta y no daba de ella testimonios menos notorios.

Siendo muy diestro en todos los ejercicios físicos, éstos eran una de sus más grandes ocupaciones: todos los días había cacerías y partidos de pelota, bailes, corridas de sortija o parecidas distracciones. Los colores y las armas de la duquesa de Valentinois aparecían en todas partes, y ella misma se presentaba con las galas que podía ostentar la señorita de la Marck, su nieta, que era entonces casadera.

La presencia de la reina autorizaba la suya. Esta princesa era bella, aunque ya no fuera muy joven; amaba la grandeza, la magnificencia y los placeres. El rey había casado con ella cuando era todavía duque de Orleáns y a la sazón era Delfín su hermano mayor, que murió en Tournón, príncipe que por su nacimiento y sus grandes cualidades, estaba destinado a llenar dignamente el sitio del rey Francisco I, su padre.

El carácter ambicioso de la reina le hacía encontrar muy grato el reinar. Parecía soportar sin pena el afecto del rey por la duquesa de Valentinois, y no demostraba tenerle celos; pero era tal su disimulo que difícilmente podíanse penetrar sus sentimientos; y la política la obligaba a atraer cerca de ella a aquella duquesa, porque así también atraía al rey. Este príncipe gustaba del trato de las mujeres, aún de aquéllas de que no estaba enamorado. Permanecía todos los días en las estancias de la reina a la hora de reunión, a la que no dejaba de asistir todo lo más hermoso y elegante de uno y otro sexo.

Jamás contó una Corte con tantas mujeres bellas y tantos hombres admirablemente bien hechos; parecía que la Naturaleza se hubiera complacido en colocar todo lo que da de más bello en las más

grandes princesas y en los más grandes príncipes. Isabel de Francia, que fue después reina de España, comenzaba a demostrar un ingenio sorprendente y la incomparable belleza que le fue tan funesta. María Estuardo, reina de Escocia, que se acababa de casar con el Delfín, y a quien se llamaba, la Reina Delfina, era una persona perfecta de espíritu y cuerpo; había sido educada en la corte de Francia; tenía todas las distinciones de ésta y había nacido con tantas aptitudes para las bellas cosas que, a pesar de ser muy joven, gustaba y entendía de ellas como nadie. La reina, su suegra y la Señora, hermana del rey, gustaban de los versos, la comedia y la música. La afición que el rey Francisco I había tenido por la poesía y por las letras, reinaba todavía en Francia, y amando el rey, su hijo, los ejercicios del cuerpo, todos los placeres se reunían en la Corte. Pero lo que hacía a esta Corte bella y majestuosa era el número infinito de príncipes y de grandes señores de un mérito extraordinario. Los que voy a nombrar eran, por diferentes conceptos, el ornamento y la admiración de su siglo.

El rey de Navarra atraía el respeto de todos por la grandeza de su rango y por la que lucía en su persona. Descollaba en la guerra, y el duque de Guisa

despertaba por tal modo su emulación que más del una vez había dejado su puesto de general para ir a combatir junto a él, como un simple soldado, en los sitios de mayor peligro. Verdad es que el duque había dado tales pruebas del valor admirable, y había obtenido tan bellos éxitos, que ningún gran capitán podía mirarle sin envidia. Su valor era realzado por todas las otras grandes cualidades: tenía inteligencia vasta y profunda, alma noble y elevada y capacidad para la guerra y para los negocios. El cardenal de Lorena, su hermano, había nacido, con una ambición desmesurada, un espíritu despierto, una elocuencia admirable, y había adquirido una ciencia profunda, de la que se servía para hacerse importante defendiendo la religión católica, que comenzaba a ser atacada. El caballero de Guisa, a quien se llamó después el Gran Prior, era un príncipe querido de todo el mundo, guapo mozo, lleno de ingenio, de destreza y del un valor célebre en toda Europa. El príncipe de Condé encerraba en un cuerpo pequeño, poco favorecido por la Naturaleza, un alma grande y altiva, y un ingenio que lo hacía agradable aún para los ojos de las más bellas mujeres.

El duque de Nevers, cuya vida era gloriosa por sus hazañas en la guerra y por los grandes cargos que había desempeñado, aunque de edad algo avanzada, hacía las delicias de la Corte. Tenía tres hijos muy bien repartidos. El segundo, al que llamaban el príncipe de Cleves, era digno de soportar la gloria de su nombre; era valiente y magnífico, y tenía una prudencia que no se encuentra en la juventud. El «vidame» de Chartres, descendiente de la antigua casa de Vendôme, cuyo nombre no han desdeñado llevar príncipes reales, era igualmente distinguido en la gracia y en la galantería; era hermoso, de buena presencia, valiente, audaz y liberal; todas estas buenas cualidades eran en él activas y notorias; en fin, era el único digno de compararse con el duque de Nemours, si es que alguien podía comparársele. Pero este príncipe era una obra maestra de la Naturaleza; lo que tenía de menos admirable era el ser el hombre mejor hecho y más bello del mundo. Lo que lo ponía por sobre los demás era un valor incomparable y tenía un encanto en el espíritu, el rostro y las acciones que jamás se vieron sino en él. Tenía una amenidad que gustaba igualmente a los hombres y a las mujeres, una destreza extraordinaria en todos los ejercicios, un modo de vestir que en

seguida era copiado por todos, pero que resultaba inimitable, y en fin, un aire en toda su persona que hacía que sólo se lo mirara a él en los sitios en que se presentaba. No había una dama en la Corte cuya gloria no fuera haberle agradado; pocas de las que le habían agradado podían jactarse de haberlo resistido, y hasta varias a quienes no había amado habían estado apasionadas por él. Poseía tal suavidad y tal disposición a la galantería, que no podía dejar de tener algunas atenciones con aquellas que trataban de gustarle: de ahí que tuviera varias amantes y que fuese difícil saber a cuál amaba verdaderamente. Iba con frecuencia a casa de la Reina Delfina; la belleza de esta princesa, su dulzura, el empeño que ponía en agradar a todos y la estimación particular que demostraba a este príncipe, dieron a menudo motivo para creer que alzaba los ojos hasta ella. Los señores de Guisa, de quienes era sobrino, habían aumentado mucho su crédito y su consideración con su casamiento; su ambición los hacía aspirar a igualarse con los príncipes reales y a compartir el poder con el condestable de Montmorency. El rey descansaba en él de la mayor parte del manejo de los negocios, y trataba al duque de Guisa y al mariscal de Saint-André como sus favoritos. Pero aquellos que



el favor o los negocios ponían cerca de su persona, no podían mantenerse allí sino sometiéndose a la duquesa de Valentinois, y bien que ésta ya no fuera bella ni joven, gobernaba con un imperio tan absoluto, que se podía decir que era la señora de su persona y del Estado.

El rey había querido siempre al condestable, y así que comenzó a reinar lo hizo volver del destierro a que el rey Francisco I lo había enviado. La Corte estaba dividida entre los señores de Guisa y el condestable, que era sostenido por los príncipes reales. Uno y otro partido habían aspirado siempre a conquistar a la duquesa de Valentinois. El duque de Aumale, hermano del duque de Guisa, se había casado con una de sus hijas. El condestable aspiraba a la misma alianza; no se contentaba con haber casado a su hijo mayor con Diana, hija del rey y de una dama del Piamonte, que se hizo religiosa cuando hubo dado a luz. Este casamiento luchó con muchos obstáculos a causa de las promesas que el señor de Montmorency le había hecho a la señorita de Piennes, una de las doncellas de honor de la reina y bien que el rey los hubiera vencido con una paciencia y una bondad extremas, el condestable no se creía bastante apoyado si no ponía de su lado a la

duquesa de Valentinois y si no la separaba de los Guisas, cuya grandeza comenzaba a inquietar a la duquesa. Había retardado cuanto pudo el casamiento del Delfin con la reina de Escocia. La belleza y el espíritu sagaz y avanzado de esta joven reina, y la elevación que este casamiento daba a los señores de Guisa, le eran insoportables. Odiaba particularmente al cardenal de Lorena; éste le había hablado con acritud y hasta con desprecio; y ella veía que se estaba vinculando con la reina, de modo que el condestable la encontró dispuesta a unirse con él, y a entrar en su alianza por medio del casamiento de la señorita de la Marck, su nieta, con el señor de Anville, su segundo hijo, que le sucedió después en su puesto, bajo el reinado de Carlos IX. El condestable no creyó encontrar obstáculos en el espíritu del señor de Anville para el casamiento, como los había encontrado en el espíritu del señor de Montmorency; pero, aunque las razones le permanecieran ocultas, las dificultades no fueron menores. El señor de Anville estaba perdidamente enamorado de la Reina Delfina, y, por poca esperanza que tuviera en esa pasión, no se resolvía a contraer un compromiso que dividiría sus atenciones. El mariscal de SaintAndré era la única persona

en la Corte que no se hubiera afiliado a su partido; era uno de los favoritos, y su favor no dependía más que de su persona: el rey lo quería desde la época en que era Delfín, y después lo había hecho mariscal de Francia a una edad en que no se acostumbra pretender las menores dignidades. Su favor le daba un rango que sostenía con su mérito y con lo agradable, de su persona, con una gran delicadeza en su mesa y en sus muebles, y con la más grande magnificencia que se hubiera visto nunca en un particular. La liberalidad del rey contribuía a esos gastos. Este príncipe llegaba hasta la prodigalidad para con los que quería. No tenía todas las grandes cualidades, pero tenía varias, y sobre todo la de amar la guerra y ser entendido en ella: así es que había conseguido felices éxitos, y, si se exceptuaba la batalla de San Quintín, su reinado no había sido más que una serie de victorias: había ganado en persona la batalla de Renty; el Piamonte había sido conquistado, los ingleses habían sido expulsados de Francia y el emperador Carlos V había visto terminar su buena suerte ante la ciudad de Metz, que había sitiado inútilmente con todas las fuerzas del Imperio de España. Sin embargo, como la desgracia de San Quintín había disminuído la esperanza de nuestras conquistas, y

después la fortuna parecía haberse dividido entre los dos reyes, se encontraron insensiblemente dispuestos a la paz.

La duquesa madre de Lorena había comenzado a hacer proposiciones en la época del casamiento del Delfín; después siempre había habido alguna negociación secreta. Por último se eligió a Cercamp, en el país de Artois, como lugar en que debía celebrarse la reunión. El cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency y el mariscal de Saint-André fueron en representación del rey; el duque de Alba y el príncipe de Orange, por Felipe II, y el duque y la duquesa de Lorena, fueron los mediadores. Los principales artículos eran el casamiento de Isabel de Francia con don Carlos, infante de España, y de la hermana del rey, con el señor de Saboya.

El rey permaneció entretanto en la frontera y allí recibió la noticia de la muerte de María, reina de Inglaterra. Se envió al conde de Randán a Isabel, para cumplimentarla por su advenimiento al trono. Esta lo recibió con alegría: sus derechos a la corona estaban tan mal establecidos, que le era ventajoso verse reconocida por el rey. El conde la encontró instruída de los intereses de la corte de Francia y del mé-

rito de los que la componían; pero sobre todo la encontró tan llena de la reputación del duque de Nemours, le habló tantas veces de este príncipe y con tanto interés que, cuando el señor de Randán volvió y dio cuenta al rey de su viaje, le dijo que no había nada que el señor de Nemours no pudiera pretender de aquella princesa, y que no dudaba que fuera capaz de casarse con él. El rey le habló al príncipe aquella misma noche; le hizo contar por el señor de Randán todas sus conversaciones con Isabel, y le aconsejó que intentara aquel golpe de fortuna. El señor de Nemours creyó en un principio que el rey no le hablaba en serio; pero al ver lo contrario le dijo: «Por lo menos, Sire, si me embarco en una empresa quimérica, por consejo y para el servicio de Vuestra Majestad, os suplico me guardéis el secreto hasta que el éxito me justifique ante el público, y que os dignéis no hacerme aparecer lleno de tan gran vanidad para pretender que una reina que no me ha visto nunca quiera casarse conmigo por amor.» El rey le prometió que sólo hablaría de aquel asunto con el condestable, y juzgó además que el secreto era necesario para tener buen éxito. El señor de Randán le aconsejaba al señor de Nemours que fuera a Inglaterra con el simple pretexto de viajar; pero

el príncipe no se resolvió a hacer esto. Mandó a Lignerolles, su favorito, que era un mozo de ingenio, para explorar los sentimientos de la reina y tratar de establecer alguna relación. Esperando que llegara la hora de emprender ese viaje, fue a ver al duque de Saboya, que estaba entonces en Bruselas con el rey de España. La muerte de María de Inglaterra opuso grandes obstáculos a la paz. La asamblea se deshizo a fines de noviembre y el rey volvió a París.

Entonces apareció una belleza en la Corte que atrajo las miradas de todo el mundo, y hay que suponer que sería una belleza perfecta, puesto que causó admiración en un sitio en que se estaba muy acostumbrado a ver hermosas mujeres. Era de la misma casa que el «vidame» de Chartres, y una de las más grandes herederas de Francia. Su padre había muerto joven y la había dejado bajo la guarda de la señora condesa de Chartres, su mujer, cuya fortuna, virtud y mérito eran extraordinarios. Después de haber perdido a su marido había pasado varios años sin ir a la Corte. Durante su ausencia se había dedicado a la educación de su hija; pero no se ocupó sólo en cultivar su espíritu y su belleza, sino que también se preocupó de inculcarle el amor a la vir-

tud. La mayor parte de las madres se imaginan que basta no hablar jamás de amores delante de las jóvenes para apartarlas de ellos; la señora de Chartres tenía una opinión opuesta: le hacía a menudo a su hija pinturas del amor, le mostraba lo que tiene de agradable, para persuadirla más fácilmente sobre lo que le enseñaba que encierra de peligroso; le decía la poca sinceridad de los hombres, sus engaños y su infidelidad, las desgracias domésticas a que conducen los enredos, y le hacía ver, por otra parte, qué felicidad acompaña la vida de una mujer honesta, y cuánto brillo y elevación da la virtud a una persona hermosa y bien nacida; pero también le hacía ver cuán difícil es conservar esta virtud mediante una extrema desconfianza de sí misma y gracias al empeño de no desprenderse de lo único que puede hacer la felicidad de una mujer, que es amar a su marido y ser amada por él.

Aquella heredera era entonces uno de los grandes partidos que había en Francia, y aunque fuese muy joven ya se le habían propuesto varios casamientos. La señora de Chartres, que estaba muy orgullosa de ella, no encontraba nada digno de su hija. Al verla cumplir los dieciseis años quiso llevarla a la Corte. Cuando llegó, el «vidame» salió a recibirla;

quedó sorprendido, y con razón, de la gran belleza de la señorita de Chartres: la blancura de su tez y sus cabellos rubios le daban un esplendor que nunca se había visto en otra; todas sus facciones eran regulares, y su rostro y su persona estaban llenos de gracia y encanto.

Al día siguiente de su llegada fue a escoger unas piedras finas a casa de un italiano que traficaba en ellas por todo el mundo. Aquel hombre había venido de Florencia con la reina, y se había enriquecido tanto, con su tráfico, que su casa antes parecía la de un gran señor que la de un mercader. Mientras estaba en ella, llegó el príncipe de Cleves y causóle tal sorpresa su belleza, que no le fue posible el disimulo; y la señorita de Chartres no pudo dejar de sonrojarse al ver la impresión que le había causado; se rehizo, sin embargo, y no puso más atención en los actos de aquel príncipe que aquella que la urbanidad imponía para con un hombre tal como el que aparentaba ser. El señor de Cleves la miraba con admiración, y no podía comprender quién era aquella hermosa joven a quien no conocía. Veía sí, por su aire y por todo lo que la rodeaba, que debía ser de gran calidad. Su juventud le decía que era soltera; pero, como no la acompañara la madre y el italiano



la llamase señora, porque no la conocía, no sabía qué pensar, y la miraba fijamente con sorpresa. Advirtió que sus miradas la molestaban, cosa contraria a lo que ocurre generalmente con las jóvenes, quienes se complacen siempre en el efecto que hace su belleza, y hasta le pareció que, a causa de su presencia, tenía prisa en marcharse, y, en efecto, se retiró con bastante prontitud. El señor de Cleves se consoló con no perderla de vista, esperando que sabría quién era; pero quedó muy sorprendido al decirsele que no la conocían. Prendóse tanto de su belleza y del aire modesto que había notado en sus maneras que, desde aquel momento, concibió por ella una pasión y una estima extraordinarias. A la noche fue a casa de la hermana del rey.

Esta princesa gozaba de gran consideración, a causa del ascendiente que ejercía sobre el rey su hermano; y este ascendiente era tan grande que el rey, al hacer la paz, consentía en devolver el Piemonte para que casara con el duque de Saboya. Aunque hubiera deseado toda su vida casarse, nunca habría querido hacerlo sino con un soberano, y no había aceptado por esa razón al rey de Navarra, cuando era duque de Vendôme, y siempre había deseado al señor de Saboya; tenía inclinación por él

desde que lo viera en Niza en la entrevista con rey Francisco I y del papa Pablo III. Como tenía mucho ingenio y gran discernimiento para las cosas bellas, atraía a todas las personas honestas y había momentos en que toda la Corte estaba en su casa.

El señor de Cleves fue a ella como de costumbre. Estaba tan preocupado con la gracia y la belleza de la señorita de Chartres, que no podía hablar de otra cosa. Contó en alta voz su aventura y no se cansaba de colmar de elogios a la joven desconocida que había visto. La princesa le dijo que no había ninguna persona como la que él describía y que, si hubiese alguna, sería conocida por todo el mundo. La señora de Dampierre, que era su dama de honor y amiga de la señora de Chartres, al oír aquella conversación se aproximó a la princesa y le dijo en voz baja que era sin duda a la señorita de Chartres a quien se refería el señor de Cleves. La princesa se volvió hacia él y le dijo que, si quería volver a su casa al día siguiente, le haría ver a la belleza de que estaba tan prendado. La señorita de Chartres apareció, en efecto, al día siguiente y fue recibida por las reinas con todos los agasajos que se puede imaginar, causando tal admiración en todos, que no oía a su alrededor más que elogios. Los recibía con una mo-

destia tan noble que parecía que no los oyera o que al menos no la halagaran. En seguida pasó a casa de la hermana del rey. Esta princesa, después de ponderar su belleza, le contó la sorpresa que le había causado al señor de Cleves. Este príncipe entró un momento después: «Venid -le dijo. -Venid; si no os cumplo mi palabra, y si al mostraros a la señorita de Chartres, no os hago ver a la belleza que buscabais, agradecedme al menos que le haya hecho saber la admiración que ya sentíais por ella.»

El señor de Cleves se alegró al saber que aquella joven que había encontrado atrayente era de calidad proporcionada a su belleza; se aproximó a ella y le suplicó recordara que había sido el primero en admirarla y que, sin conocerla, había sentido por ella toda la estimación y el respeto que le eran debidos.

El caballero de Guisa, y él, que eran amigos salieron juntos de casa de la princesa. Ponderaron a la señorita de Chartres, primero, sin reparo; les pareció, por último, que la elogiaban demasiado, y los dos cesaron de decir lo que pensaban de la joven; pero no pudieron dejar de hablar de ella en todos los sitios que, en los días siguientes, se encontraron. Aquella nueva belleza fue durante muchos días el tema de todas las conversaciones. La reina le hizo

grandes elogios, y tuvo con ella extraordinaria consideración; la Reina Delfina la hizo una de sus favoritas y le pidió a la señora de Chartres que la llevara a menudo a verla; las hijas del rey la mandaban a buscar para que participara de sus diversiones; en fin, era amada y estimada de toda la Corte, excepto de la señora de Valentinois. No era que aquella belleza le causara recelos; una experiencia demasiado larga la había convencido de que no tenía nada que temer respecto del rey; pero sentía tanto odio por el «vidame» de Chartres, a quien había deseado unir a ella mediante el casamiento de una de sus hijas, y que había acabado por aliarse a la reina, que no podía mirar favorablemente a una persona que llevaba su nombre, y por quien él demostraba una gran amistad.

El príncipe de Cleves se enamoró apasionadamente de la señorita de Chartres, y deseaba ardentemente casarse con ella; pero temía que el orgullo de la señora de Chartres no consintiera darle su hija a un hombre que no era el mayorazgo de su casa. Sin embargo, aquella casa era tan grande, y el conde de Eu, que era el mayor, acababa de casarse con una persona tan allegada a la casa real, que era más bien la timidez que causa el amor que verdade-

ras razones lo que motivaba los temores del señor de Cleves. Tenía gran número de rivales: el caballero de Guisa le parecía el más temible de todos por su nacimiento, por su mérito y por el brillo que el favor daba a su casa; este príncipe se había enamorado de la señorita de Chartres desde el primer día que la viera; se había dado cuenta de la pasión del señor de Cleves, como el señor de Cleves había echado de ver la suya. Aunque fuesen amigos, el apartamiento que causan las mismas pretensiones no les había permitido explicarse juntos, y su amistad se había enfriado sin que tuvieran el ánimo necesario para poner las cosas en claro. La suerte que había tenido el señor de Cleves en haber sido el primero en ver a la señorita de Chartres, le parecía un buen presagio, y creía tener alguna ventaja sobre sus rivales; pero preveía grandes obstáculos por parte del duque de Nevers, su padre. Este duque tenía estrechas vinculaciones con la duquesa de Valentinois; ésta era enemiga del «vidame» y esta razón era bastante para impedir que el duque de Nevers consintiera en que su hijo pensara siquiera en su sobrina.

La señora de Chartres, que tanto empeño había puesto en inspirar la virtud a su hija, no cesó de te-

ner los mismos cuidados en un sitio en que eran tan necesarios, y en el que había tantos ejemplos muy peligrosos. La ambición y la galantería eran el alma de aquella Corte, y ocupaban igualmente a los hombres y a las mujeres. Había tantos intereses y tantas camarillas diferentes, y los demás tomaban tanta parte en ellos, que el amor se mezclaba siempre a los negocios y los negocios al amor. Nadie vivía tranquilo ni indiferente, se pensaba en ascender, en agradar, en servir o perjudicar; no se conocía ni el tedio ni la ociosidad, y se estaba siempre ocupado en divertirse o en intrigar. Las damas tenían vinculaciones particulares con la reina, con la Reina Delfina, con la reina de Navarra, con la hermana del rey, o con la duquesa de Valeritinois. Las inclinaciones, las razones del bien parecer, o las analogías de carácter formaban estas diferentes vinculaciones. Las que ya no eran muy jóvenes y hacían profesión de una virtud más austera, eran adictas a la reina. Las más jóvenes buscaban la alegría y la galantería, constituían la corte a la Reina Delfina. La reina de Navarra tenía sus favoritas; era joven y ejercía influjo sobre el rey, su marido; estaba unida al condestable y esto le daba mucha influencia. La hermana del rey se conservaba aún hermosa y atraía

a varias damas junto a ella. La duquesa de Valentinois contaba con todas las que se dignaba mirar; pero pocas mujeres le eran agradables, y, excepto algunas que contaban con su familiaridad y su confianza, cuyo humor era parecido al suyo, no las recibía en su casa sino los días en que le agradaba tener una corte como la de la reina.

Todos estos grupos tenían emulación y envidia los unos de los otros. Las damas que los componían también se celaban entre ellas, o a causa del favor o a causa de los amantes; los intereses de grandeza y de elevación se encontraban a menudo unidos a esos otros intereses menos importantes, pero no menos tangibles, así es que había una cierta agitación sin desorden en esta Corte, lo que la hacía muy agradable, pero también muy peligrosa para una joven. La señora de Chartres veía este peligro, y no pensaba más que en los medios de preservar de ellos a su hija. Le rogó, como amiga y no como madre, que le confiara todas las galanterías que le dijeran, y le prometía ayudarla en las cosas en que con frecuencia no se sabe qué hacer cuando se es joven.

El caballero de Guisa, demostró de tal manera sus sentimientos y propósitos respecto de la señorita de Chartres, que no había quien los ignorara. Sin

embargo, le parecía un imposible lo que deseaba; sabía bien que no era un partido que conviniera a la señorita de Chartres, a causa de la poca fortuna que poseía para sostener su rango; y sabía también que sus hermanos no aprobarían que se casara, a causa del rebajamiento que el matrimonio de los segundones acarrea por lo regular en las grandes casas. El cardenal de Lorena le hizo ver muy luego que no se equivocaba; condenó el interés que demostraba por la señorita de Chartres con un calor extraordinario, pero no le dijo las verdaderas causas. Este cardenal odiaba al «vidame», siendo esto un secreto que se reveló más tarde. Hubiera más bien consentido en que su hermano contrajera cualquier otra alianza que la del «vidame», y declaró tan públicamente su oposición, que la señora de Chartres se sintió vivamente ofendida. Puso empeño en hacer ver que el cardenal de Lorena no tenía nada que temer, declarando que no pensaba en aquel casamiento. El «vidame» adoptó la misma conducta, y la del cardenal de Lorena le ofendió aún más que a la señora de Chartres, porque conocía mejor su causa.

El príncipe de Cleves no había dado menores muestras públicas de su pasión que el caballero de Guisa. El duque de Nevers conoció aquel afecto con



pesar; creyó, sin embargo, que le bastaría hablarle a su hijo para hacerlo cambiar de conducta; pero quedó muy sorprendido al ver que tenía el propósito formal de casarse con la señorita de Chartres. Le censuró su resolución, se irritó y ocultó tan poco la causa de su enojo, que la noticia se esparció en seguida en la Corte, y llegó hasta la señora de Chartres. Esta no había dudado de que el señor de Nevers consideraría el casamiento de su hija como ventajoso para su hijo; la sorprendió mucho que la casa de Cleves y la de Guisa temiesen su alianza en vez de buscarla. El despecho que esto le causó la hizo pensar en buscar para su hija un partido que la pusiera por encima de todos los que la creían inferior a ellos. Después de haberle examinado todo se detuvo en el príncipe Delfín, hijo del duque de Montpensier. Se trataba entonces de casarle y era lo mejor que había en la Corte. Como la señora de Chartres tenía mucho ingenio, secundada por el «vidame», que era muy considerado, y como en efecto su hija era un gran partido, procedió con tanta habilidad y éxito, que el señor de Montpensier pareció desear aquel matrimonio, y se creía que no podría encontrar dificultades.

El «vidame», que sabía la adhesión del señor de Anville por la Reina Delfina, creyó que debía emplear el poder que esta princesa tenía sobre aquél para inducirlo a servir a la señorita de Chartres acerca del rey y acercar al príncipe de Montpensier, de quien era amigo íntimo. Le habló del caso a la reina, y ésta entró con gusto en un asunto en el que se trataba de la elevación de una persona a quien quería mucho; se lo atestiguó al «vidame» y le aseguró que, aunque estaba cierta de que iba a hacer algo desagradable al cardenal de Lorena, su tío, pasaría sin reparo por encima de esa consideración, porque tenía motivos para quejarse de él, pues todos los días defendía los intereses de la reina contra los de ella.

Los enamorados siempre se huelgan de que algún pretexto les de motivo para hablar a aquellos que los aman. Cuando el «vidame» se hubo separado de la Delfina, ésta le ordenó a Chastelard, que era favorito del señor de Anville, y que sabía la pasión que éste tenía por ella que fuese a decirle de su parte que a la tarde se encontrara en la recepción de la reina. Chastelard recibió este encargo con mucha satisfacción y respeto.

Este gentilhombre era del Delfinado, pero su mérito y su ingenio, le ponían por encima de su nacimiento. Era recibido y bien tratado por todos los grandes señores de la Corte, el favor de la casa de Montmorency le había particularmente vinculado al señor de Anville. Era apuesto mozo, hábil en todos los ejercicios; cantaba agradablemente y hacía versos, y tenía un espíritu galante y apasionado, tan del agrado del señor de Anville, que éste le hizo confidente del amor que sentía por la Reina Delfina. Aquella confianza lo aproximaba a esta princesa, y fue viéndola con frecuencia como dio comienzo la desgraciada pasión que le quitó la razón y le costó la vida.

El señor de Anville no faltó aquella tarde a la recepción de la reina; quedó muy contento de que la Delfina lo hubiera escogido para ocuparse en conseguir una cosa que ella deseaba, y le prometió obedecer exactamente sus órdenes. Pero la señora de Valentinois, que había sido advertida de aquel proyecto de matrimonio, se le había adelantado con mucho celo y había prevenido de tal manera al rey que, cuando el señor de Anville le habló, le hizo ver que no lo aprobaba, y hasta le ordenó que se lo dijera al príncipe de Montpensier. Puede imaginarse la

impresión que le causó a la señora de Chartres la ruptura de un enlace que había deseado tanto, y cuyo fracaso daba tanta ventaja a sus enemigos y hacía tanto daño a su hija.

La Reina Delfina le expresó a la señorita de Chartres, junto con mucha amistad, el disgusto de no haberle podido ser útil. «Ya veis -le dijo, -que tengo mediocre poder; soy tan odiada por la reina y por la duquesa de Valentinois, que es difícil que ellas o los que están bajo su dependencia, no se atraviesen en todas las cosas que deseo. Sin embargo -agregó, -yo nunca he pensado más que en agradecerlas; de manera que no me odian más que a causa de la reina, mi madre, que en otros tiempos les dio inquietud y celos. El rey estuvo enamorado de ella antes que lo estuviera de la señora de Valentinois, y en los primeros años de su casamiento, cuando aun no tenía hijos, aunque amara a esa duquesa, pareció casi resuelto a divorciarse para casarse con la reina mi madre. La señora de Valentinois, que temía a una mujer que él había amado tanto, y cuya belleza y talento podían aminorar su favor, se alió al condestable, que tampoco deseaba que el rey casara con una hermana de los señores de Guisa. Consiguieron la ayuda del finado rey, y aunque aquél odiara mortal-

mente a la señora de Valentinois, como amaba a la reina, trabajó para impedir que el rey se divorciara; mas para quitarle por completo la idea de casar con mi madre, arreglaron su casamiento con el rey de Escocia, que era viudo de la señora Magdalena, hermana del rey, y lo hicieron porque era el más rápido de concertar, faltando a los compromisos contraídos con el rey de Inglaterra, que la deseaba ardientemente. En poco estuvo que aquella conducta no determinase una ruptura entre los dos reyes. Enrique VIII no podía consolarse de no haber tenido por esposa a la reina, mi madre, y cualquiera otra princesa que se le propusiera, decía que nunca reemplazaría a la que le habían quitado. Es verdad también que la reina, mi madre, era una belleza perfecta, y que es cosa notable que, siendo viuda de un duque de Longueville, tres reyes desearan casar con ella; su desgracia hizo que se la diera al menos importante y que se la llevara a un reino donde sólo tiene disgustos. Dicen que me parezco a ella; temo parecerme también en su desgraciado destino, y, sean cuales fueren las felicidades que parecen prepararse para mí, dudo que llegue a gozarlas.»

La señorita de Chartres dijo a la reina que esos tristes presentimientos estaban tan mal fundados

que no los conservaría mucho tiempo, y que no debía dudar de que su felicidad correspondería a las apariencias.

Nadie se atrevía ya a pensar en la señorita de Chartres, por temor de disgustar al rey, o de fracasar al pretender una joven que había esperado casar con un príncipe real. Ninguna de estas consideraciones contuvo al señor de Cleves. La muerte del duque de Nevers, su padre, que ocurrió por entonces, lo dejó en entera libertad de seguir su inclinación, y así que el reparo del luto hubo pasado, no pensó más que en los medios de casarse con la señorita de Chartres. Se felicitaba de poder hacer la proposición en un momento en que los sucesos ocurridos habían alejado los otros partidos, y en el que estaba casi seguro de que no se le rechazaría. Lo que turbaba su contento era el temor de no serle agradable, y hubiera preferido la felicidad de gustarle a la certidumbre de casarse con ella sin ser amado.

El caballero de Guisa le había dado ciertos celos, pero como éstos más estaban fundados en el mérito de este príncipe que en ninguno de los actos de la señorita de Chartres, sólo pensó en tratar de descubrir si era bastante afortunado para que ella sintiera el mismo afecto que él tenía por la joven.

No la veía sino junto a las reinas y en las reuniones; era difícil mantener una conversación particular. Encontró, sin embargo, el medio, y le habló de su propósito y de su pasión con todo el respeto imaginable; la instó para que le dijera qué sentimientos tenía por él, y le dijo que los que ella le inspiraba eran de tal naturaleza que lo harían eternamente desgraciado si ella sólo obedeciera por deber la voluntad de su señora madre.

Como la señorita de Chartres tenía un corazón muy noble y recto, la llenó de gratitud la conducta del príncipe de Cleves. Esta gratitud dio a sus respuestas y a sus palabras un cierto aire de dulzura que bastó para fomentar la esperanza en un hombre tan locamente enamorado como lo estaba el príncipe; de modo que dio por realizado, en parte lo que deseaba.

Ella le dio cuenta a su madre de aquella conversación, y la señora de Chartres le dijo que el señor de Cleves tenía tanta grandeza y buenas cualidades, y que demostraba tal cordura para su edad que, si su hija se sentía inclinada a casarse con él, ella consentiría con gusto. La señorita de Chartres respondió que ella le encontraba las mismas buenas cualidades, que casaría con él con menos repugnan-

cia que con otro; pero que no sentía ninguna inclinación particular por su persona.

Al día siguiente aquel príncipe hizo hablar a la señora de Chartres. Aceptó la proposición que se le hacía, y no temió darle a su hija un marido a quien no pudiera amar, casándola con el príncipe de Cleves. Se ajustaron las condiciones; se le habló al rey y aquel casamiento fue sabido por todos.

El señor de Cleves estaba satisfecho, sin sentirse no obstante, enteramente feliz; veía con mucha pena que los sentimientos de la señorita de Chartres no pasaban de los de la estima y la gratitud, y no podía jactarse de que ocultara otros más halagadores, porque el estado en que se hallaban le permitía demostrarlos sin chocar su extremada modestia. No pasaba día sin que él le expresara sus quejas. «¿Es posible -le decía, -que yo no pueda ser feliz al casarme con vos? Sin embargo, es cierto que no lo soy. No tenéis para mi más que una especie de bondad que no puede satisfacerme, no tenéis ni impaciencia, ni inquietud, ni pena; mi pasión no os impresiona más de lo que un afecto que no tuviera más fundamento que las ventajas de vuestra fortuna, y no los encantos de vuestra persona. -Sois injusto al quejaros -le respondía la joven; -no sé qué podéis



desear más allá de lo que hago, y creo que el bien parecer no permite que haga otra cosa. -Es cierto le replicaba él, -que me dais ciertas apariencias de las que estaría contento si hubiese algo más allá; pero, en lugar de conteneros, el bien parecer es lo único que os hace obrar como lo hacéis. No observo vuestra inclinación ni vuestro cariño, y mi presencia no os causa ni placer ni turbación. -No es posible que dudéis -replicaba ella, -de que tengo placer en veros, y no podéis tampoco dudar de que vuestra vista me turba. -No me engaña vuestro sonrojo -respondía, el príncipe; -es un sentimiento de modestia y no un movimiento de vuestro corazón, y no deduzco de eso más de lo que debo deducir.»

La señorita de Chartres no sabía qué responder, pues esos distingos estaban por encima de sus conocimientos. El señor de Cleves veía muy claro que lejos estaba ella de tener por él los sentimientos que podían satisfacerle, puesto que hasta le parecía que ella no los entendía.

El caballero de Guisa regresó de viaje pocos días antes de las bodas. Eran tantos los obstáculos invencibles que había encontrado a su propósito de casarse con la señorita de Chartres, que no le había quedado esperanza de triunfar; pero, sin embargo, le

afectó sensiblemente el verla casar con otro. Este dolor no apagó su pasión, y siguió tan enamorado como antes. La señorita de Chartres no ignoraba los sentimientos que este príncipe abrigaba por ella. El le hizo saber, a su regreso, que ella era la causa de la extremada tristeza que se pintaba en su rostro; y tenía tanto mérito y tantos atractivos que era difícil hacerle desgraciado sin tenerle alguna lástima. Así es que ella no podía dejar de compadecerle; pero esa piedad no la arrastraba a tener otros sentimientos, y contaba su madre el pesar que le causaba la afección de aquel príncipe.

La señora de Chartres admiraba la sinceridad de su hija, y la admiraba con razón, porque jamás nadie la tuvo mayor y más natural; pero no admiraba menos que su corazón no se conmoviera, tanto más cuanto bien veía que el príncipe de Cleves tampoco le había interesado más que los otros. Esto fue causa de que se empeñara en hacerle querer a su marido, y que comprendiera lo que debía a la inclinación que había sentido por ella antes de conocerla, y a la pasión que le había demostrado prefiriéndola a todos los otros partidos, en una época en que nadie se atrevía a pensar en ella.

El casamiento se realizó; la ceremonia se hizo en el Louvre, y por la noche el rey y las reinas fueron a cenar en casa de la señora de Chartres con toda la Corte, siendo recibidos con una magnificencia admirable. El caballero de Guisa no se atrevió a distinguirse de los demás, no asistiendo a la ceremonia, pero fue tan poco dueño de su tristeza, que era fácil advertirla.

El señor de Cleves no encontró que la señorita de Chartres cambiara de sentimientos al cambiar de nombre. La calidad de marido le dio los más grandes privilegios, pero no le conquistó otro sitio en el corazón de su mujer. De modo que, aun siendo su marido, no dejó de ser su novio, porque siempre le quedaba que desear algo más allá de la posesión; y aunque ella viviera perfectamente con él, no se sentía completamente feliz. Conservaba por ella pasión violenta e inquieta que turbaba toda su felicidad. Los celos no tenían parte en esa turbación; jamás marido los sintió menos, y jamás mujer estuvo más lejos de darlos. Ella estaba, sin embargo, expuesta, en medio de la Corte: iba todos los días a ver a las reinas y a la hermana del rey. Todos los hombres jóvenes y galantes la veían en su casa, y en la del duque de Nevers, su cuñado, cuya casa estaba abierta a

todo el mundo; pero tenía un aire que inspiraba tal respeto y que parecía tan distante de la galantería, que el mariscal de Saint-André, aunque audaz y sostenido por el favor del rey, estaba prendado de su belleza y no se lo demostraba sino con sus cuidados y atenciones. Varios otros estaban en la misma condición; y la señora de Chartres agregaba a la cordura de su hija una conducta tan estricta que acababa por hacerla parecer una persona a la que no se podía llegar.

La duquesa de Lorena, al trabajar por la paz, había también trabajado por el casamiento del duque de Lorena, su hijo; había sido concertado con Claudia de Francia, segunda hija del rey. Los esponsales quedaron fijados para el mes de febrero.

Entretanto, el duque de Nemours: había permanecido en Bruselas, completamente lleno y ocupado de sus planes sobre Inglaterra. Recibía de allí o enviaba continuamente correos. Sus esperanzas aumentaban todos los días, y por último Lignerolles le escribió que era ya tiempo de que fuera personalmente a concluir lo que ya estaba comenzado. Recibió esta noticia con toda la alegría que puede tener un joven ambicioso, que se ve elevado al trono solamente por su reputación. Su espíritu se había ido

acostumbrando insensiblemente a la grandeza de aquella fortuna, y, así como al principio la había rechazado como una cosa que no podía conseguir, las dificultades se habían borrado de su imaginación y ya no veía obstáculos.

Mandó dar órdenes urgentes a París para hacer preparar su magnífico equipaje, a fin de aparecer en Inglaterra con un brillo proporcionado al objeto que allá le llevaba, y él mismo se apresuró para ir a la Corte con objeto de asistir al casamiento del señor de Lorena.

Llegó la víspera de los esponsales, y, el mismo día de su llegada, fue a darle cuenta al rey del estado de su proyecto y recibir sus órdenes y consejos para lo que le restaba hacer. Fue después a ver a las reinas. La señora de Cleves no estaba con ellas, de modo que no le vio ni supo siquiera su llegada. Ella había oído hablar a todos de aquel príncipe como del más hermoso y más agradable de la Corte; y sobre todo la Delfina se lo había pintado de tal modo y le había hablado de él tantas veces, que le había dado curiosidad y hasta impaciencia por verlo.

Pasó todo el día de los esponsales en su casa preparándose para asistir al baile y al festín regio que se haría en el Louvre. Cuando llegó causaron

admiración su belleza y su tocado. Comenzó el baile, y como ella debía bailar con el señor de Guisa, se produjo bastante ruido hacia la puerta de la sala, como si entrara alguien a quien se hiciera lugar. La señora de Cleves acabó de bailar, y, mientras que buscaba con los ojos a alguien para tomarle de compañero, el rey le gritó que eligiera al que acababa de llegar. Se volvió, y vio a un hombre, que creyó desde un principio que debía ser el duque de Nemours, caminando por encima de unas sillas para llegar al sitio en que se bailaba. Aquel príncipe estaba de tal suerte hecho, que era difícil que una mujer no se sorprendiera al verle, por vez primera, sobre todo aquella noche, en que el cuidado con que se había vestido aumentaba el brillo de su persona. Pero era también difícil ver a la señora de Cleves por primera vez sin sentir gran admiración.

El señor de Nemours quedó tan sorprendido de su belleza que, cuando estuvo cerca de ella y le hizo la reverencia, no pudo dejar de dar muestras de su admiración. Cuando comenzaron a bailar se produjo en la sala un murmullo de ponderaciones. El rey y las reinas recordaron que ambos no se conocían y les pareció cosa singular verlos bailar juntos sin conocerse. Los llamaron cuando hubieron con-

cluido de danzar, y sin darles tiempo de hablar a nadie les preguntaron si no deseaban saber quiénes eran y si lo sospechaban. «En cuanto a mí, señor -dijo el señor de Nemours, -no tengo incertidumbre; pero, como la señora de Cleves no tiene las mismas razones para adivinar quién soy que las que yo tengo para saber quién es ella, desearía mucho que Vuestra Majestad le hiciera saber mi nombre.-Me imagino -dijo la Delfina, -que sabe tan bien vuestro nombre como vos el de ella. -Os aseguro, señora -repuso la señora de Cleves, que parecía algo confusa, -que no adivino tan bien como pensáis. Lo adivináis muy bien -respondió la Delfina, -y hay hasta algo de halagador para el señor de Nemours, en el no querer confesar que le conocéis sin haberle nunca visto.» La reina los interrumpió para hacer seguir el baile. El señor de Nemours eligió a la Reina Delfina, -y hay hasta algo de halagador para el señor de Nemours, en no querer confesar antes de que fuera a Flandes; pero en toda la noche no pudo admirar más que a la señora de Cleves.

El caballero de Guisa, que no había dejado de adorarla, estaba a sus pies, y lo que acababa de pasar le había causado un dolor profundo. Aquello le pareció como un presagio de que la fortuna había dis-

puesto que el señor de Nemours se enamoraría de la señora de Cleves; y, fuese que en efecto alguna turbación se trasluciera en su rostro, o que los celos le hicieran ver al caballero de Guisa más allá de la realidad, le pareció que la vista de aquel príncipe le había impresionado, y no pudo dejar de decirle que el señor de Nemours era muy afortunado en trabar conocimiento con ella por medio de una aventura que tenía algo de galante y de extraordinario.

La señora de Cleves volvió a su casa tan preocupada con lo que había pasado en el baile que, aunque era muy tarde, fue a la alcoba de su madre para contárselo, y le ponderó al señor de Nemours con cierto tono que le dio a la señora de Chartres la misma idea que tuvo el caballero de Guisa.

Al día siguiente se verificaron las bodas. La señora de Cleves vio en ellas al señor de Nemours y le encontró un aspecto y una gracia tan admirables que quedó más sorprendida aún.

Los días siguientes, lo vio en las reuniones de la Reina Delfina; lo vio jugar a la pelota con el rey, lo vio correr la sortija, lo oyó hablar; pero lo vio siempre sobrepasar de tan lejos a los demás y hacerse de tal modo dueño de la conversación dondequiera que estuviese, por el aire de su persona, y por la ameni-



dad de su espíritu, que hizo en poco tiempo gran impresión sobre su corazón.

Verdad es que, como el señor de Nemours sentía por ella una inclinación violenta que le daba esa suavidad y ese brío que prestan los primeros deseos de agradar, estaba más amable aún que de costumbre; de modo que, viéndose tan a menudo, viendo una y otro que eran lo más perfecto que había en la Corte, era difícil que no se agradaran infinitamente.

La duquesa de Valentinois estaba en todas las diversiones, y el rey tenía para con ella la misma vivacidad y las mismas atenciones que en los comienzos de su pasión. La señora de Cleves, que estaba en esa edad en la que no se cree que una mujer puede ser amada cuando ha pasado los veinticinco años, miraba con extremada sorpresa el afecto que el rey tenía por aquella duquesa, que era abuela y que acababa de casar a su nieta. Le hablaba a menudo de esto a la señora de Chartres. «¿Es posible, señora -le decía, -que haga tanto tiempo que el rey está enamorado de ella? ¿Cómo pudo vincularse a una persona que era mucho mayor que él, que había sido amante de su padre, y que lo es todavía de muchos otros, según he oído decir? -Es cierto -le respondía aquella, -que no es ni el mérito ni la fidelidad de la seño-

ra de Valentinois lo que hizo nacer la pasión del rey, ni lo que la ha conservado; y es por esto también que no es disculpable; porque si esa mujer hubiera sido joven y bella, como es elevada su cuna; si hubiera tenido el mérito de no haber amado nunca, si hubiera amado al rey con una fidelidad exacta, si lo hubiera amado sólo por su persona, sin interés de grandeza ni de fortuna, y sin servirse de su poder más que para cosas agradables al propio rey, hay que, confesar que hubiera costado esfuerzo el no ponderar el gran afecto que este príncipe tiene por ella. -Si yo no temiera -prosiguió la señora de Chartres, que vos dijerais de mí lo que se dice de todas las mujeres de mi edad, que les gusta contar las cosas de sus tiempos, os haría saber el comienzo de la pasión del rey por esa duquesa, y varias cosas de la corte del finado rey, que tienen mucha relación con las que ocurren ahora. -Muy lejos de acusaros repuso la señora de Cleves, -de relatar las historias pasadas, deploro, señora, que no me hayáis instruido de las presentes, respecto de los diversos intereses y las diversas vinculaciones de la Corte. Los ignoro de tal modo que creía, hasta hace pocos días, que el señor condestable estaba en muy buena relación con la reina. -Teníais una opinión bien opuesta a la ver-

dad -respondió la señora de Chartres. -La reina odia al condestable, y si llega a tener ella algún poder, demasiado lo notará él. Ella sabe que le ha dicho varias veces al rey que de todos sus hijos sólo los naturales se le parecen. -Jamás hubiera sospechado ese odio -interrumpió la señora de Cleves, -después de haber visto la asiduidad con que la reina le escribía al condestable durante su prisión, la alegría que demostró a su vuelta, y oyéndola llamarle siempre mi compadre, lo mismo que hace el rey. -Si vais a juzgar aquí por las apariencias -respondió la señora de Chartres, -os engañaréis a menudo: lo que parece, no es casi nunca la verdad. Pero, volviendo a la señora de Valentinois, ya sabéis que se llama Diana de Poitiers. Su casa es muy ilustre; descende de los antiguos duques de Aquitania; su abuela era hija natural de Luis XI, y, en fin, todo es grande en su nacimiento. Saint-Valier, su padre, se encontró mezclado en el asunto del condestable de Borbón, de que habéis oído hablar. Se le condenó a ser decapitado y conducido al cadalso. Su hija, cuya belleza era admirable, y que ya había agradado al finado rey, procedió tan hábilmente (valiéndose no sé de qué medios) que obtuvo la vida de su padre. Se le comunicó su gracia en el momento en que no esperaba

más que el golpe de la muerte; pero el miedo le había impresionado tanto, que perdió el conocimiento, y murió pocos días después. Su hija apareció en la Corte como querida del rey. El viaje de Italia y la prisión de este príncipe interrumpió esta pasión. Cuando volvió de España, y la regente se adelantó a recibirle en Bayona, llevó a todas sus hijas, entre las cuales iba la señorita de Pisseleu, que fue después la duquesa de Etampes. El rey se enamoró de ella. Era inferior en nacimiento, en ingenio y en belleza a la señora de Valentinois, y la única ventaja que tenía sobre ella era su fresca juventud. Yo le oí decir varias veces que había nacido el día en que Diana de Poitiers se había casado. Se lo hacía decir el odio y no la verdad, porque estaría bien equivocada si la duquesa de Valentinois no casó con el señor de Brezé, gran senescal de Normandía al mismo tiempo que el rey se enamoró de la señora de Etampes. Jamás hubo odio más grande que entre esas dos mujeres. La duquesa de Valentinois no podía perdonarle a la señora de Etampes el haberle quitado el título de querida del rey. La señora de Etampes tenía violentos celos contra la señora de Valentinois, porque el rey mantenía relaciones con ella. Este príncipe no tenía una fidelidad exacta con sus que-

ridas: había siempre una que tenía el título y los honores, pero las que llamaban de *la pequeña banda*, se lo repartían sucesivamente. La pérdida del Delfín, su hijo, que murió en Tournón, y se le supuso envenenado, le causó una honda aflicción. No tenía el mismo cariño ni la misma afición por su segundo hijo, que reina presentemente; no le encontraba bastante audacia ni bastante vivacidad. Se lamentó de esto un día hablando con la señora de Valentinois y ella le dijo que quería hacer que se enamorase de ella para tornarlo mas vivo y más agradable. Lo consiguió como lo veis. Hace más de veinte años que esa pasión dura, sin que hayan podido alterarla ni el tiempo ni los obstáculos.

»El finado rey se opuso en un principio; y sea que aún amara a la señora de Valentinois lo bastante para tener celos, o ya lo impulsara la duquesa de Etampes, que estaba desesperada de que el Delfín se vinculara con su enemiga, lo cierto es que vio esta pasión con una cólera y con un pesar de que daba muestras todos los días. Su hijo no temió ni su cólera ni su odio, y nada pudo obligarlo a disminuir su relación ni a ocultarla: fue preciso que el rey se acostumbrara a soportarla. Esta oposición a su voluntad le alejó aun más de él, y lo encariñó más aún

con el duque de Orleáns, su tercer hijo. Era un príncipe apuesto, bello, lleno de bríos y de ambición, de una juventud fogosa, que requería ser moderada, pero que hubiera hecho de él un príncipe de gran elevación si la edad hubiera madurado su espíritu.

»El rango de hijo mayor que tenía el Delfín, y el favor del rey de que gozaba el duque de Orleáns, engendraron entre ellos una especie de emulación que llegaba hasta el odio. Esa emulación había comenzado cuando eran niños, y se había conservado siempre. Cuando el emperador vino a Francia, dio entera preferencia al duque de Orleáns, sobre el Delfín, que se resintió tan vivamente, que, estando el emperador en Chantilly, quiso obligar al señor condestable a arrestarlo, sin esperar la orden del rey. El condestable no lo quiso hacer. El rey le censuró después no haber seguido el consejo de su hijo, y, cuando lo alejó de la Corte, esta razón tuvo mucha parte en ello.

»La división de los dos hermanos le sugirió a la duquesa de Etampes la idea de apoyarse en el señor duque de Orleáns para que la sostuviera junto al rey contra la señora de Valentinois. Lo consiguió. Este príncipe, sin estar enamorado de ella, no se preocupó menos de sus intenciones que el Delfín de las de

la señora de Valentinois. Esto formó en la Corte dos camarillas, como ya os las podéis imaginar. Pero estas intrigas no se limitaron solamente a enredos de mujeres.

»El emperador, que había conservado su amistad con el duque de Orleáns, le había ofrecido varias veces entregarle el ducado de Milán. Las proposiciones que se hicieron después para celebrar la paz, hacían esperar que le daría las diecisiete provincias y que lo casaría con su hija. El Delfín no deseaba ni la paz ni ese casamiento. Se sirvió del condestable, a quien siempre quiso, para hacerle ver al rey qué importancia tenía no dejarle a su sucesor un hermano tan poderoso como sería el duque de Orleáns con la alianza del emperador y las diecisiete provincias. El condestable estuvo tanto más de acuerdo con el Delfín cuanto que así se oponía a los propósitos de la señora de Etampes, que era su enemiga declarada, y que deseaba ardientemente la elevación del duque de Orleáns.

»El Delfín comandaba entonces el ejército del rey en Champaña y había reducido el del emperador a tal extremo, que hubiera perecido enteramente si la duquesa de Etampes, temiendo que una ventaja excesiva no nos hiciera negar la paz y la alianza del

emperador con el duque de Orleáns, no hubiera hecho advertir secretamente a los enemigos de que sorprendieran a Epernay y Chateau-Thierry, que estaban llenos de víveres. Lo hicieron y salvaron de ese modo todo su ejército.

»Esta duquesa no gozó mucho tiempo del éxito de su traición. Poco después el duque de Orleáns murió en Farmoutiers de una especie de enfermedad contagiosa. Amaba a una de las más bellas mujeres de la Corte y era correspondido. No os la nombraré, porque ha vivido después con tanta honestidad, y porque ocultó con tanto empeño la pasión que tenía por aquel príncipe, que ha merecido que se conserve su reputación. La casualidad quiso que recibiera la noticia de la muerte de su marido el mismo día que supo la del duque de Orleáns, de manera que tuvo aflicción, sin tener que darse el trabajo de contenerse.

»El rey no sobrevivió al príncipe su hijo; murió dos años después. Recomendó al Delfín que se sirviera del cardenal de Tournón y del almirante de Annebault, y no habló del condestable, que estaba entonces relegado en Chantilly. Lo primero que hizo, sin embargo, el rey, su hijo, fue llamarlo y darle el gobierno de los negocios.



»La señora de Etampes fue expulsada de la Corte y recibió todos los malos tratos que podía esperar de una enemiga omnipotente. La duquesa de Valentinois se vengó entonces plenamente de su rival y de todos los que la habían desagradado. Su influjo pareció más absoluto sobre el espíritu del rey de lo que fuera mientras era Delfín. Desde hace doce años que este príncipe reina, ella es dueña absoluta de todas las cosas. Dispone de los cargos y de los negocios; hizo desterrar al cardenal de Tournón, al canciller Olivier y a Villeroy. Los que han querido informar al rey sobre su conducta han perecido en el empeño. El conde de Taix, gran maestro de la artillería, que no la quería, no pudo dejar de hablar de sus galanterías y sobre todo de la del conde de Brisac, de quien el rey había estado ya muy celoso. Sin embargo, ella se arregló del modo que el conde de Taix cayó en desgracia; se le quitó el cargo, y, lo que es casi increíble, se lo hizo dar al conde de Brisac; después lo ha hecho mariscal de Francia. Los celos del rey aumentaron sin embargo de tal modo que no pudo tolerar que aquel mariscal permaneciera en la Corte. Pero los celos, que son agrios y violentos en los demás, son en él suaves y moderados a causa del extremado respeto que tiene por su querida, de mo-

do que no se atrevió a alejar a su rival sino con el pretexto de darle el gobierno del Piamonte. Ha residido allí varios años y volvió el invierno pasado con el pretexto de pedir tropas y otras cosas necesarias para el ejército que comanda. El deseo de volver a ver a la señora de Valentinois, y el temor de ser olvidado por ella, tenían quizás mucha parte en este viaje. El rey lo recibió con gran frialdad. Los señores de Guisa, que no lo quieren, pero que no se atreven a demostrarlo a causa de la señora de Valentinois, se sirvieron del señor «vidame», que es su enemigo declarado, para impedir que obtuviera ninguna de las cosas que había ido a pedir. No era difícil perjudicarlo; el rey lo odiaba y su presencia le causaba inquietud; de manera que se vio obligado a volverse sin llevar más fruto de su viaje que el haber, quizás, atizado en el corazón de la señora de Valentinois sentimientos que la ausencia comenzaba a apagar. El rey tiene muchos otros motivos de celos; pero no los ha sabido o no se ha atrevido a quejarse de ellos.

»Yo no sé, hija mía -agregó la señora de Chartres, -si os parecerá que os he hecho saber cosas que no deseabais conocer. -Estoy muy lejos, señora, de haceros tal reproche -respondió la señora de Cleves,

-y, si no fuera el miedo de importunaros, os preguntaría todavía diversas circunstancias que ignoro.»

La pasión del señor de Nemours por la señora de Cleves fue en un principio tan violenta, que le quitó la afición y hasta el recuerdo de todas las personas que había amado, y con las que había mantenido correspondencia durante su ausencia. No buscó siquiera pretextos para romper con ellas; no tuvo paciencia para escuchar sus quejas y responder a sus reproches. La Delfina, por quien había tenido sentimientos bastante apasionados, no pudo resistir en su corazón a la señora de Cleves. Hasta su impaciencia por el viaje a Inglaterra comenzó a aminorar, y no urgía ya su partida. Iba a menudo a ver a la Reina Delfina, porque la señora de Cleves acudía allí con frecuencia, y no parecía disgustarle que se imaginaran lo que habían creído respecto de sus sentimientos por aquella reina. La señora de Cleves le interesaba de tal manera que antes habría resuelto no darle muestras de su pasión que arriesgarse a que la conociese el público. No le habló siquiera al «vi-dame» de Chartres, que era su amigo íntimo, y para el que no tenía secretos. Observó una conducta tan discreta y se condujo de tal modo que nadie le sospechó de estar enamorado de la señora de Cleves,

más que el caballero de Guisa; y ella misma difícilmente lo hubiera notado si la inclinación que sentía por él no hubiera hecho que observara con atención tan particular sus actos como para permitirle sospecharlo.

No se encontró en la misma disposición para decirle a su madre lo que pensaba de los sentimientos de aquel príncipe, como le había hablado de sus otros festejantes: aunque no tenía el propósito formado de ocultárselo, sin embargo no le habló. Pero la señora de Chartres demasiado lo veía, así como la inclinación que su hija tenía por él. El conocimiento de esto le causó un dolor muy terrible: comprendía muy bien el peligro que había para aquella joven en que la amara un hombre como el señor de Nemours, por quien ella tenía inclinación. Sus sospechas respecto de esta inclinación quedaron exteriormente confirmadas por algo que sucedió pocos días después.

El mariscal de Saint-André, que buscaba todas las ocasiones de lucir su magnificencia, suplicó al rey, con el pretexto de hacerle ver su casa, que acababa de ser terminada, que le hiciera el honor de ir a cenar a ella con las reinas. El mariscal deseaba tam-

bién lucir ante los ojos de la señora de Cleves aquel gasto fastuoso que llegaba hasta la profusión.

Algunos días antes del fijado para aquella comida, el Delfín, cuya salud era bastante delicada, se había sentido mal y no había visto a nadie. La reina, su mujer, había pasado todo el día a su lado. Por la noche, sintiéndose mejor, hizo entrar a todas las personas de calidad que estaban en la antecámara. La Reina Delfina pasó a sus habitaciones; encontró en ellas a la señora de Cleves y algunas otras damas de su mayor intimidad.

Como ya era bastante tarde y no estaba aún vestida, no pasó a saludar a la reina; hizo decir que no se la vería, y mandó buscar sus joyas, a fin de escoger las que llevaría al baile del mariscal de Saint-André, y para darle algunas a la señora de Cleves, a quien las había prometido. Estando entregadas a esta ocupación, llegó el príncipe de Condé. Su calidad le abría todas las puertas. La Reina Delfina le dijo que sin duda venía de las habitaciones de su marido y le preguntó qué hacían allí. -Se disputan con el señor de Nemours, señora, y éste defiende con tanto calor la causa que sostiene, que es necesario que sea la suya. Creo que tiene alguna querida que lo inquieta cuando está en el baile, tan desagra-

dable le parece para un amante el ver en la fiesta a aquella a quien ama.

-¡Cómo! -repuso la Delfina. -¿El señor de Nemours no quiere que su querida vaya al baile? Yo me imaginaba que los maridos podían desear que sus mujeres no fueran; pero nunca se me había ocurrido que los amantes pudieran ser de ese parecer. -El señor de Nemours encuentra -replicó el príncipe de Condé, -que el baile es lo más insoportable que existe para los amantes, ya sean amados o no lo sean. Dice que, si son amados, tienen el disgusto de serlo menos durante varios días que no hay mujer a quien el cuidado de sus trajes no le impida pensar en su amante, que eso las preocupa enteramente; que ese cuidado en acicalarse es para todo el mundo a la vez que para aquel a quien aman; que cuando están en el baile quieren agradecer a cuantos la miran; que, cuando están contentas de su belleza sienten una alegría cuya mayor parte no la forma el amante. Dicen también que, cuando no se es amado, se sufre más al ver a la mujer querida en una reunión; que cuanto más la admira el público, más desgraciado se siente uno de no ser amado; que se teme siempre que su belleza haga nacer algún otro amor más feliz que el suyo; en fin, encuentra que no hay sufri-

miento parecido al de ver a su amada en el baile como el saber que ella está en la fiesta, y no estar en ella.

La señora de Cleves simulaba no oír lo que decía el príncipe de Condé; pero lo escuchaba con atención. Se daba cuenta fácilmente de la Parte que le correspondía en la opinión que sostenía el señor de Nemours, y sobre todo en lo que decía del pesar de no asistir al baile en que estaba su amada, porque no debía ir al del mariscal de Saint-André, pues el rey lo mandaba a recibir al duque de Ferrara.

La Reina Delfina reía con el príncipe de Condé, y no aprobaba la opinión del señor de Nemours. -No hay más que una ocasión, señora- -dijo el príncipe, -en que el señor de Nemours consienta que su querida vaya al baile: es cuando él lo da; que el año pasado, cuando le dio uno a Vuestra Majestad, le pareció que su querida le hacía un favor en ir a él, aunque aparentemente sólo os siguiera; porque es siempre hacerle un favor a un amante el ir a tomar parte en un placer que él da; que es también una cosa agradable para un amante, que su querida lo vea dueño de un sitio en que está toda la Corte, y que lo vea sabiendo hacer bien los honores. -El señor de Nemours tenía razón -dijo la Reina Delfina son-

riendo, -al aprobar que su querida fuera al baile; había entonces tal cantidad de mujeres a quienes daba esa calidad, que, si no hubiesen ido, hubiera tenido poca concurrencia.

Cuando el príncipe de Condé comenzó a contar las opiniones del señor de Nemours sobre el baile, la señora de Cleves sintió gran deseo de no ir al del mariscal de Saint-André. Fácilmente se persuadió de que no se debe ir a casa de un hombre por quien se es amada, y mucho se holgó de tener una razón de severidad para hacer una cosa que era un favor para el señor de Nemours. Llevó sin embargo el aderezo que le había dado la Reina Delfina; pero por la noche, cuando se lo mostró a su madre, le dijo que no pensaba ponérselo; que el mariscal de Saint-André ponía tanto empeño en demostrar que estaba enamorado de ella, que no dudaba que querría también hacer creer que ella tomaría parte en la fiesta que le iba a dar al rey, y que so pretexto de hacer los honores de su casa, le haría agasajos que quizás la iban a molestar.

La señora de Chartres combatió un poco la opinión de su hija, pareciéndole algo singular; pero, viéndola que se obstinaba, la aceptó, y le dijo que era preciso que se fingiera enferma a fin de tener un



pretexto para no ir, porque las razones verdaderas no serían aprobadas, y que más aún era necesario que no se las sospecharan. La señora de Cleves consintió en pasar algunos días en su casa, para no ir a un sitio en que el señor de Nemours no estaría, y éste partió sin tener el placer de saber que ella no iría.

Volvió al día siguiente del baile; supo que ella no había ido; pero, como no sabía que hubiesen repetido delante de ella la conversación en casa del Delfín, estaba muy lejos de creer que hubiera sido tan feliz como para haberle impedido que fuera.

Al día siguiente, estando junto a la reina, y hallándose hablando con la Delfina, llegaron las señoras de Chartres y de Cleves y se aproximaron a aquella princesa. La señora de Cleves estaba vestida con algún descuido, como una persona que ha estado enferma, pero su rostro no estaba en armonía, con aquel traje. «Os encuentro tan bella -le dijo la Delfina, -que me cuesta creer que hayáis estado enferma. Se me ocurre que el príncipe de Condé, al contaros la opinión del señor de Nemours sobre el baile, os persuadió de que le haríais un favor al mariscal de Saint-André yendo a su casa, y que eso fue lo que os impidió asistir.» La señora de Cleves se

sonrojó al ver lo acertada que había estado la Delfina y de que dijera delante del señor de Nemours lo que había adivinado.

La señora de Chartres comprendió en aquel momento por qué su hija no había querido ir al baile, y para impedir que el señor de Nemours también lo descubriera, tomó la palabra con un aire que parecía apoyarse en la verdad. «Os aseguro, señora -le dijo a la Delfina, que Vuestra Majestad le hace más honor a mi hija del que merece. Estaba realmente enferma, y creo que, si yo no se lo hubiera impedido, no hubiera dejado de acompañaros y de mostrarse tan descompuesta como estaba, para tener el gusto de ver todo lo que hubo de extraordinario en la fiesta de anoche.» La Delfina creyó lo que decía la señora de Chartres; el señor de Nemours sintió mucho que aquello pareciera cierto; sin embargo, el sonrojo de la señora de Cleves le hizo sospechar que lo que la Delfina había dicho no estaba muy lejos de la verdad. La señora de Cleves se molestó al pensar, en el primer momento, que el señor de Nemours pudiese creer que era él quien le había impedido ir a casa del mariscal de Saint-André; pero después sintió cierto pesar de que

su madre le hubiese quitado por completo esa opinión.

Aunque la asamblea de Cercamp hubiese sido disuelta, las negociaciones de paz habían continuado sin interrupción, y las cosas se dispusieron de tal modo que, al fin de febrero, aquélla se reunió de nuevo en Cateau-Cambrésis. Los mismos diputados se congregaron allí, y la ausencia del mariscal de Saint-André libró al señor de Nemours de un gran peso, pues le temía más por el cuidado que ponía en observar a todos los que se acercaban a la señora de Cleves, que por los progresos que pudiese hacer junto a ella.

La señora de Chartres no le había querido dejar ver a su hija que conocía sus sentimientos por aquel príncipe, por temor de volverse sospechosa respecto de las cosas que deseaba decirle. Un día se puso a hablar de él; le ponderó, y mezcló muchos elogios envenenados sobre su cordura al no enamorarse y al hacer una distracción y no un afecto serio de la relación con las mujeres. «No es -agregó- que no se lo haya sospechado de tener una gran pasión por la Reina Delfina; noto que va a verla muy a menudo, y os aconsejo que evitéis hablarle cuanto os sea posible, sobre todo en particular, porque tratán-

doos la Delfina como lo hace, pronto dirían que sois su confidente, y ya sabéis cuán desagradable es esa reputación. Soy de opinión que, si ese rumor continúa, que vayáis algo menos a casa de la Delfina, a fin de no veros mezclada en aventuras galantes.»

La señora de Cleves no habla oído nunca hablar del señor de Nemours y de la Delfina; quedó muy sorprendida de lo que le dijo su madre, y de tal manera creyó que estaba enterada de lo que había pensado sobre los sentimientos de aquel príncipe, que cambió de expresión. La señora de Chartres lo notó; en ese momento llegó gente; la señora de Cleves se dirigió a sus habitaciones y se encerró en su alcoba.

No se puede expresar el dolor que sintió al saber, por lo que le acababa de decir su madre, el interés que le inspiraba el duque de Nemours; no se había atrevido a confesárselo a sí misma. Vio entonces que los sentimientos que tenía por él eran los que el señor de Cleves le había pedido tanto; y vio cuán vergonzoso era sentirlos por otro que por un marido que los merecía. Se sintió ofendida y la cohibió el temor de que el señor de Nemours no la quisiera hacer servir de pretexto a la Delfina, y este

pensamiento la determinó a contarle a la señora de Chartres lo que no le había dicho todavía.

Al día siguiente, de mañana, fue a su cuarto para ejecutar lo que había resuelto; pero se encontró con que la señora de Chartres tenía un poco de fiebre, de manera que no le quiso hablar. Aquel malestar parecía, sin embargo, tan leve que la señora de Cleves no dejó de ir por la tarde a ver a la Delfina, que estaba en su gabinete con dos o tres damas que tenían mucha privanza. «Estábamos hablando del señor de Nemours -le dijo la reina al verla, -Y nos admirábamos de cuánto ha cambiado desde su regreso de Bruselas. Antes de ir allá tenía un número infinito de queridas, y hasta era un defecto en él, pues lo mismo atendía a las que tenían mérito como a las que no lo tenían; desde su regreso no conoce a unas ni a otras; jamás se ha visto transformación igual; hasta me parece que ha cambiado de humor y que está menos alegre que de costumbre.»

La señora de Cleves no respondió nada, y pensaba con vergüenza que hubiera tomado todo lo que se decía del cambio del príncipe por muestras de su pasión si no hubiese sido desengañada. Sentía alguna acritud contra la Delfina, al verla buscar razones y sorprenderse de una cosa que, sin duda, sabía

mejor que nadie. No pudo dejar de hacerle sentir algo de esto, y cuando las otras señoras se alejaron se acercó a ella y le dijo con voz muy baja: «¿Lo decíais también por mí, señora, cuando hablabais hace un instante y queríais ocultarme que sois vos quien ha hecho cambiar la conducta del señor de Nemours? -Sois injusta -le dijo la Delfina; -bien sabéis que no tengo secretos para con vos. Es cierto que antes de ir a Bruselas el señor de Nemours tuvo, según creo, la intención de hacerme comprender que no me odiaba; pero desde que ha regresado diríase que no se acuerda siquiera de las cosas que hizo, y confieso que tengo curiosidad de saber qué es lo que lo ha hecho cambiar. Será muy difícil que no lo descubra -agregó: -el «vidame» de Chartres, que es su íntimo amigo, está enamorado de una persona sobre la que tengo cierto poder, y sabré por ese medio qué es lo que ha determinado este cambio.» La Delfina habló con un acento que persuadió a la señora de Cleves, y a pesar suyo se encontró en un estado más tranquilo y grato que aquel en que se encontraba antes.

Cuando volvió a ver a su madre supo que ésta estaba mucho peor que como la había dejado. La fiebre era más alta, y los días siguientes aumentó de

tal modo, que parecía que se trataba de una enfermedad grave. La señora de Cleves estaba profundamente afligida; no salía de la alcoba de su madre; el señor de Cleves pasaba allí también todos los días, por el interés que le inspiraba la señora de Chartres, y por impedir que su mujer se entregara a la tristeza, y además para tener el gusto de verla: su pasión no había disminuido.

El señor de Nemours, que siempre había sido muy amigo suyo, no había cesado de demostrárselo desde su regreso de Bruselas. Durante la enfermedad de la señora de Chartres, aquel príncipe encontró el medio de ver varias veces a la señora de Cleves, simulando visitas a su marido, o de ir a buscarle para salir de paseo. A veces se presentaba cuando estaba seguro de no encontrarle; y, con el pretexto de esperarle, permanecía en la antecámara de la señora de Chartres, en la que había siempre algunas personas de calidad. La señora de Cleves iba allí con frecuencia, y, aunque estuviese afligida, no le parecía por esto menos bella al señor de Nemours. Le hacía ver cuánto interés se tomaba por su aflicción, y le hablaba con un aire tan dulce y tan sumiso, que la persuadía fácilmente que no era de la Delfina de quien estaba enamorado.

No podía evitar la turbación al verle, ni tampoco un sentimiento de placer; pero, cuando no lo veía, y pensaba que ese encanto que sentía al mirarle era el principio de las pasiones, poco faltaba para que creyera odiarlo, a causa del dolor que le causaba aquel pensamiento.

La señora de Chartres empeoró tan considerablemente que se comenzó a desesperar de su vida; oyó lo que los médicos le dijeron del peligro en que estaba con un valor digno de su virtud y de su piedad. Después que hubieron salido aquellos, hizo retirar a todos los presentes y llamar a la señora de Cleves.

«Es preciso que nos separemos, hija mía -le dijo, extendiéndole la mano; -el peligro en que os dejo y la necesidad que tenéis de mí aumentan el disgusto con que os voy a dejar. Tenéis alguna inclinación por el señor de Nemours; no os pido que me lo confeséis; ya no estoy en estado de servirme de vuestra sinceridad para conducirlos. Hace ya mucho tiempo que descubrí esa inclinación; pero no os quise hablar antes por temor de hacérselo notar a vos misma. Ahora, bastante lo conocéis, estáis en el borde del precipicio; serán necesarios grandes esfuerzos y grandes violencias para que os contengáis.



Pensad en lo que debéis a vuestro marido, pensad en lo que os debéis a vos misma, y pensad que vais a perder esa reputación que habéis adquirido y que tanto os he deseado. Tened energía y valor, hija mía; retiraos de la Corte; obligad a vuestro marido a que os llevo lejos; no temáis tomar resoluciones demasiado ásperas y demasiado difíciles; por atroces que os parezcan al principio, serán más suaves en sus consecuencias que las desgracias de una galantería. Si otras razones que las de la virtud y de vuestro deber pudieran obligaros a lo que deseo, os diría que, si algo será capaz de turbar la felicidad que espero al salir de este mundo, sería veros caer como las demás mujeres; pero si esta desgracia tiene que sucederos, recibiré la muerte con alegría, para no presenciirla.»

La señora de Cleves se deshacía en lágrimas sobre la mano de su madre, que tenía oprimida entre las suyas; la señora de Chartres, sintiéndose enterrecida ella misma: «Adiós, hija mía -le dijo, -terminemos una conversación que nos conmueve demasiado a las dos, y acordaos, si podéis, de todo lo que acabo de deciros.»

Se volvió sobre el otro costado al terminar estas palabras, y le ordenó a su hija que llamara a sus ca-

mareras, sin querer escucharla ni decir nada más. La señora de Cleves salió de la alcoba de su madre en el estado que se puede imaginar, y la señora de Chartres no pensó ya más que en prepararse para la muerte. Vivió aún dos días, durante los cuales no quiso ver a su hija, que era la única cosa a que se sentía vinculada.

La señora de Cleves estaba en una aflicción extrema; su marido no se separaba de su lado, y cuando la señora de Chartres hubo expirado, la llevó consigo al campo, para alejarla de un sitio que no hacía más que agravar su dolor. Jamás se vio otro igual. Si bien el cariño y la gratitud entraban por mucho en ello, la necesidad que, según se lo advertía su propio instinto, tenía de su madre para defenderse contra el señor de Nemours contribuía no poco a causar tan honda pena. Se sentía desgraciada al verse abandonada a sí misma, en un momento en que era tan poco dueña de sus sentimientos, y en el que hubiera deseado tanto el contar con alguien que pudiera compadecerla y darle fuerzas. La manera como el señor de Cleves se conducía para con ella, la hacía desear más intensamente que nunca el no faltarle en nada de lo que le debía. Le demostraba también más amistad y más cariño del que le de-

mostraba antes; quería que no se separase de ella y se imaginaba que a fuerza de apegarse a él la defendería contra el señor de Nemours.

Este príncipe fue a ver al señor de Cleves en el campo; pero fue inútil su empeño por hacer una visita a la señora de Cleves, porque ésta no quiso recibirlo, y comprendiendo muy bien que no podría verlo sin encontrarlo agradable, había tomado la firme resolución de no hacerlo y de evitar todas las ocasiones que dependieran de ella.

El señor de Cleves vino a París para concurrir a la Corte, y le prometió a su mujer que regresaría al día siguiente; no volvió, sin embargo, sino dos días después. -Os esperé ayer todo el día -le dijo la señora de Cleves, cuando llegó; -y tengo que reprocharos por no haber venido como me lo prometisteis. Ya sabéis que si podía sentir una nueva aflicción en el estado en que estoy, era la muerte de la señora de Tournón, que he sabido esta mañana. Me hubiera afectado aunque no la hubiese conocido: es siempre una cosa digna de piedad que una mujer joven y bella como era dicha señora haya muerto en el corto espacio de dos días; pero, además, era una de las personas que más me agradaban y que parecía tener tanto juicio como mérito.

-Sentí mucho no poder regresar ayer -respondió el señor de Cleves; -pero era tan necesario para consolar a un desdichado, que me fue imposible dejarle. En cuanto a la señora de Tournón, os aconsejo que no os aflijáis, si la deploráis como a una mujer llena de juicio y digna de vuestra estima. -Me sorprendéis -repuso la señora de Cleves, -pues os he oído decir varias veces que no había mujer en la Corte a quien estimarais tanto. -Es cierto -le respondió, -pero las mujeres son incomprensibles, y cuando pienso en ellas, me considero tan dichoso con poseeros, que no puedo admirar lo bastante mi felicidad. -Me estimáis en más de lo que valgo -replicó la señora de Cleves suspirando, -y todavía no es hora de que me juzguéis digna de vos. Decidme, os lo ruego, qué es lo que os ha desengañado respecto de la señora de Tournón. -Hace mucho tiempo que lo estaba -le contestó, -y que sé que amaba al conde de Sancerre, a quien daba esperanzas de que casaría con ella. -Me cuesta creer -interrumpió la señora de Cleves, -que la señora de Tournón, después de la adversión tan extraordinaria que ha demostrado por el matrimonio desde que enviudó, y después de las declaraciones públicas que ha hecho de no volver a casarse jamás, haya dado esperanzas a Sancerre. -Si no se

las hubiera dado más que a él -replicó el señor de Cleves, -no habría de qué sorprenderse; pero lo más extraño es que se las daba también a Estouville al mismo tiempo, y voy a haceros conocer toda esta historia.

**SEGUNDA PARTE**

«Ya sabéis la amistad que nos une a Sancerre y a mí; sin embargo, se enamoró de la señora de Tournón hace dos años, y me lo ocultó con mucho cuidado, así como a todo el mundo; yo estaba muy lejos de sospecharlo. La señora de Tournón parecía aún inconsolable de la muerte de su marido, y vivía en un retiro austero. La hermana de Sancerre era casi la única persona a quien ella viera y fue en casa de ésta donde él se enamoró.

»Una noche que debía darse una comedia en el Louvre, y que ya no se esperaba más que al rey y a la señora de Valentinois para comenzar, vinieron a decir que ésta se había indispuerto y que el rey no vendría. A todos se les ocurrió que la indisposición de la duquesa debía ser algún disgusto con el rey; sabíamos los celos que él había tenido del mariscal

de Brissac mientras que aquél había estado en la Corte, pero el mariscal se había vuelto al Piamonte hacía algunos días y no podíamos imaginar la causa de este desagrado.

»Estando hablando yo de esto con Sancerre, el señor de Anville entró en la sala y me dijo en voz muy baja que el rey tenía una aflicción y una cólera que daba lástima; que en una reconciliación habida entre él y la señora de Valentinois, hacía pocos días, tras unas peleas que había tenido por el mariscal de Brissac, el rey le había dado un anillo, pidiéndole que lo usara; que mientras ella se vestía para ir a la comedia, notó que no tenía puesto el anillo, y le preguntó el por qué; que ella se mostró sorprendida de no tenerlo; que se lo había pedido a sus doncellas y que éstas, por desgracia o por no haber sido prevenidas, habían respondido que hacía cuatro o cinco días que no lo habían visto.

»Ese tiempo es precisamente el de la partida del mariscal de Brissac, prosiguió el señor de Anville; el Rey no dudó que ella le había dado el anillo al decirle adiós. Esta idea despertó de tal manera sus celos, todavía mal apagados, que, contra su costumbre, se arrebató y le hizo mil reproches. Acaba de entrar en sus habitaciones muy afligido; pero no sé si lo

está más por la idea de que la señora de Valentinois ha sacrificado su anillo que por el temor de haberla disgustado con su enojo.

»En seguida que el señor de Anville hubo acabado de contarme esta noticia, me acerqué a Sancerre para decírselo; se lo referí como un secreto que acababan de confiarme y prohibiéndole que lo repitiera.

»Al día siguiente fue bastante temprano a casa de mi cuñada; encontró a la señora de Tournón a la cabecera de su cama; ella no quería a la señora de Valentinois y sabía que mi cuñada no tenía de qué estarle grata. Sancerre había estado en su casa al salir de la comedia. Le había contado la pelea del rey con la duquesa, y la señora de Tournón había ido a contársela a mi cuñada, sin saber o sin pensar que era yo quien se la había contado a su amante.

»Cuando me acerqué a mi cuñada, ésta le dijo a la señora de Tournón que se me podía confiar lo que ella acababa de decirle, y, sin esperar el permiso de la señora de Tournón, me contó palabra por palabra todo lo que yo le había dicho a Sancerre, la noche precedente. Podéis imaginaros lo que me sorprendí. Miré a la señora de Tournón; ella me miró algo confusa.



Su turbación me dio sospechas; yo no le había contado aquello más que a Sancerre; se había separado de mí al final de la comedia sin decirme el por qué; recordé haberle oído ponderar en extremo a la señora de Tournón; todos estos hechos me abrieron los ojos, y no me costó mayor esfuerzo comprender que existían relaciones galantes entre los dos, y que la había visto después que se separó de mí.

»Me molestó tanto ver que me ocultaba aquella aventura, que dijo varias cosas que hicieron comprender a la señora de Tournón la imprudencia que había cometido; la acompañé hasta su carruaje, y, al despedirme, le afirmé que envidiaba la dicha de aquel que le había contado el enojo del rey con la señora de Valentinois.

»En seguida fui a ver a Sancerre; le hice reproches y le dije que sabía su pasión por la señora de Tournón, sin decirle cómo la había descubierto: se vio obligado a confesármela. Yo le conté entonces cómo la había sabido, y él me contó el detalle de su aventura: me dijo que a pesar de ser él el menor de su familia y no podía pretender semejante partido, ella estaba resuelta a casarse con él. No podía ser mayor mi sorpresa. Le dije a Sancerre que apresurara la conclusión de aquel matrimonio, y que no

había cosa que no tuviese que temer de una mujer que poseía el artificio de sostener ante los ojos del público un personaje tan ajeno a la realidad. Me dijo que ella había estado realmente afligida, pero que la inclinación que había sentido por él había vencido aquella aflicción, y que no había podido dejar advertir de golpe aquel cambio tan grande. Me dijo además varias otras razones para disculparla, que me hicieron ver hasta qué punto estaba enamorado; me aseguró que le haría consentir en que yo supiese la pasión que tenía por ella, puesto que era ella misma quien me la había hecho conocer. La obligó en efecto, aunque con mucho trabajo, y desde entonces estuve al cabo de sus confidencias.

»Nunca he visto a una mujer tener una conducta tan honesta y tan agradable para con su amante; sin embargo, siempre me chocaba su empeño en aparentar aflicción. Sancerre estaba tan enamorado y tan contento del modo como procedía con él, que casi no se atrevía a pedirle que no retardase la celebración del matrimonio por temor de que ella no creyese que la deseaba más bien por interés que por verdadera pasión. Le habló, sin embargo, y ella pareció resuelta a casarse con él; hasta comenzó a abandonar el retiro en que vivía y a volver a fre-

cuentar la sociedad; iba a casa de mi cuñada a horas en que muchos personajes de la Corte se encontraban en ella. Sancerre sólo iba raras veces, pero los que estaban allí todas las noches y la veían con frecuencia la encontraban muy agradable.

»Poco tiempo después que hubo comenzado a abandonar su soledad, Sancerre creyó notar cierto enfriamiento en la pasión que tenía por él. Me habló de esto varias veces sin que yo diera algún fundamento a sus quejas; pero, al fin, como me dijera que en vez de concertar el enlace lo aplazaba, comencé a creer que tenía razón para estar inquieto. Le respondí que si la pasión de la señora de Tournón disminuía después de dos años, no había de qué sorprenderse; que, aún cuando sin haber disminuido, no fuera tan poderosa como para obligarla a casarse con él, no debía de quejarse; que ese casamiento le haría un gran daño ante el público, no solamente porque no era un partido bastante bueno para ella, cuanto por el perjuicio que causaría a su reputación; de manera que lo único que él debía desear es que ella no lo engañara y le diera falsas esperanzas. Le dije, además, que si ella no tenía la resolución de casarse con él o que si además le confesaba que amaba a otro, no debía por eso arreba-

tarse ni quejarse y que, por el contrario, debía conservar hacia ella estimación y gratitud.

»Os doy, le dije, el consejo de lo que haría en vuestro caso, porque la sinceridad me domina de tal suerte, que creo que si mi querida, y hasta mi mujer, me confesara que amaba a alguien, me afligiría sin enconarme y dejaría el papel de amante o de marido para aconsejarla y compadecerla.»

Estas palabras hicieron sonrojar a la señora de Cleves, y estableció cierta relación con el estado en que se encontraba, lo que la, sorprendió y causó una turbación de que le costó reponerse.

«Sancerre le habló a la señora de Tournón - prosiguió el señor de Cleves; -le dijo todo lo que yo le había aconsejado; pero ella lo tranquilizó con tanto empeño y pareció tan ofendida de mis sospechas, que lo convenció por completo. Aplazó sin embargo el casamiento para después de un viaje bastante largo que él iba a hacer; pero ella se condujo tan bien hasta su partida, y parecía tan afligida, que creí, lo mismo que él, que lo amaba verdaderamente. Partió hace próximamente tres meses. Durante su ausencia vi poco a la señora de Tournón; me habéis ocupado por completo, y respecto de él sólo sabía que pronto iba a volver.

»Anteayer, al llegar a París, supe que ella había muerto. Mandé saber a su casa, si tenían noticias de Sancerre; me dijeron que había llegado la víspera, que era precisamente el día de la muerte de la señora de Tournón. Fui a verle en seguida, comprendiendo muy bien el estado en que lo encontraría; pero su aflicción era mucho mayor de lo que yo había imaginado.

»Jamás he visto dolor tan profundo y tan tierno. Apenas me vio, me abrazó, rompiendo a llorar: ¡No la veré más, me dijo, no la veré más, ha muerto! Yo no era digno de ella; pero pronto la seguiré.

»Después de esto calló; y luego, de tiempo en tiempo, repitiendo siempre: «¡No la veré más, ha muerto!» volvía a los gritos y a las lágrimas, y permanecía como un hombre que ha perdido el juicio. Me dijo que no había recibido con frecuencia cartas tuyas durante la ausencia, pero que eso no lo había sorprendido, porque la conocía y sabía lo que le costaba decidirse a mandar cartas. No dudaba que se hubiera casado con él a su regreso; la consideraba como la más amable y la más fiel de las mujeres, y la perdía en el momento en que pensaba unirse a ella para siempre. Todos estos pensamientos lo sumían en una aflicción violenta, que lo abrumaba por

completo, y confieso que no podía menos de sentirme impresionado.

»Me vi sin embargo obligado a dejarlo para ir a ver al rey, prometiéndole que volvería en seguida. Volví, en efecto, y jamás he tenido mayor sorpresa que al verle completamente cambiado de como lo dejé. Estaba de pie en su cuarto, con expresión furiosa, yendo, viniendo y deteniéndose como si estuviese fuera de sí. -Entrad, entrad, me dijo, venid a ver al hombre más desesperado de todos; me siento mil veces más desgraciado de lo que era hace un rato, y lo que acabo de saber de la señora de Tournón es peor que su muerte.

»Creí que el dolor le perturbaba por completo, y no podía imaginar que pudiera haber algo peor que la muerte de una mujer a quien se ama y de quien se es amado. Le dije que mientras que su aflicción había tenido límites la había aprobado y la había compartido; pero que dejaría de compadecerle si se abandonaba a la desesperación y si perdía el juicio. -Me sentiría muy feliz de haberlo perdido y la vida también, exclamó: la señora de Tournón me era infiel, y he conocido su infidelidad y su traición al día siguiente de saber su muerte, en el momento en que mi alma estaba penetrada del más vivo dolor y del

más tierno amor que jamás hubiera existido, en el momento en que su recuerdo estaba en mi corazón como la cosa más perfecta y la más admirable para conmigo. Y descubro que me he equivocado, y que no merece que la llore; sin embargo, estoy tan afligido por su muerte como si me fuera fiel, y su infidelidad me ofende como si no hubiera muerto. Si hubiera sabido su cambio antes que su muerte, los celos, la cólera, la rabia, me hubieran dominado, y me hubieran templado en cierto modo, contra el dolor de su pérdida; pero estoy en un estado en que no puedo ni consolarme ni odiarla...

»Podéis imaginaros si me sorprendió lo que me decía Sancerre; le pregunté cómo había sabido lo que me acababa de decir. Me contó que un instante después que yo saliera de su cuarto, Estouville, que es su amigo íntimo, pero que sin embargo ignoraba su amor por la señora de Tournón, había estado a verle; que antes de tomar asiento se había puesto a llorar, y que le había dicho que le pedía perdón por haberle ocultado lo que le iba a decir; que le rogaba le tuviese lástima, y que viera en él al hombre más afligido del mundo a causa de la muerte de la señora de Tournón.

»Al oír este nombre -me dijo Sancerre, -me sorprendió de tal modo que, aunque mi primer impulso fue decirle que más afligido estaba yo que él, no tuve, sin embargo, el valor necesario para hablar. El prosiguió y me dijo que estaba enamorado de ella desde hacía seis meses; que siempre había querido decírmelo, pero que ella se lo había prohibido expresamente y con tanta autoridad, que no se había atrevido a desobedecerla; que ella lo había correspondido casi al mismo tiempo que él se enamorara; que habían ocultado su pasión a todo el mundo, que nunca había ido a casa de ella públicamente: que había tenido la suerte de consolarla de la muerte de su marido, en fin, que se iba a casar con ella en el momento en que había muerto; pero que este casamiento, que era un resultado de la pasión, hubiera parecido un resultado del deber y la obediencia; que ella había obtenido de su padre que le ordenara que se casara con él, a fin de que no pareciera demasiado grande su cambio de conducta, que había sido tan contraria al matrimonio.

»Mientras que Estouville habló -me dijo Sancerre, -presté fe a sus palabras que juzgué verosímiles, porque el tiempo en que me dijera que había comenzado a amar a la señora de Tournón era preci-



samente el que mediaba de cuando la noté cambiada; pero un momento después lo creí un mentiroso, o por lo menos un visionario; estaba dispuesto a decírselo; pensé luego en aclarar más aquello; lo interrogué; le manifesté dudas; en fin, tanto hice para tener la seguridad de mi desdicha, que me preguntó si yo conocía la letra de la señora de Tournón, y puso sobre mi cama cuatro cartas y su retrato. Mi hermano entró en ese momento. Estouville tenía la cara tan llorosa, que se vio obligado a salir para no ser visto; me dijo que volvería a la noche para recoger lo que me dejaba; y yo hice retirar a mi hermano so pretexto de que me sentía mal, tal era la impaciencia que tenía por ver las cartas, esperando encontrar en ellas algo que me persuadiera de que no era verdad todo lo que me había dicho Estouville. Pero ¡ay! ¿qué fue lo que encontré? ¡Qué ternura! ¡qué juramentos! ¡qué seguridades de que se casaría con él! ¡que cartas! Jamás me escribió nada parecido. Así es, agregó, que siento al mismo tiempo el dolor de la muerte y el de la infidelidad; son dos males que con frecuencia han sido comparados, pero que no han sido sentidos al mismo tiempo por nadie. Confieso, para vergüenza mía, que siento más su pérdida que su perfidia; no puedo encontrarla lo bastante culpa-

ble como para consentir su muerte. Si viviera tendría el placer de hacerle reproches, y de vengarme de ella haciéndole conocer su injusticia; pero no la veré más -proseguía, -no la veré más; este mal es el más grande de todos los males; quisiera devolverle la vida a costa de la mía. ¡Qué deseo! Si resucitara viviría para Estouville. ¡Qué feliz era, ayer -exclamaba, -qué feliz! Era el hombre más afligido del mundo; pero mi aflicción era razonable y encontraba algún alivio en pensar que nunca me consolaría; hoy todos mis sentimientos son injustos; pago a una pasión fingida que tuvo por mí el mismo tributo de dolor que creía deber a una pasión verdadera. No puedo ni amar ni odiar su memoria; no puedo consolarme ni afligirme. Por lo menos -me dijo volviéndose de pronto hacia mí, -haced, os lo suplico, que no vea jamás a Estouville; su solo nombre me causa horror. Sé bien que no tengo por qué quejarme de él; yo tuve la culpa al ocultarle que amaba a la señora de Tournón; si lo hubiese sabido, él no se hubiera prendado de ella y ella no me hubiera sido infiel; vino a verme para confiarme su dolor, me da lástima. ¡Ah! y es con razón -exclamó; -amaba a la señora de Tournón, era correspondido y no la verá más; comprendo sin embargo que no

puedo dejar de odiarlo. Os suplico una vez más que hagáis de modo que no lo vea.

»Sancerre se puso de nuevo a llorar, a deplorar a la señora de Tournón, a hablarle y a decirle las cosas más tiernas del mundo; pasó otra vez a su odio, a las quejas, a los reproches e imprecaciones contra ella. Al verle en un estado tan violento, comprendí que necesitaba alguna ayuda para poder calmar su espíritu; mandé llamar a su hermano, de quien acababa de separarme en palacio; fui a hablarle en la antecámara antes de que entrara, y le conté el estado en que estaba Sancerre. Dimos órdenes para impedir que viese a Estouville, y empleamos parte de la noche en tratar de que se conformara. Esta mañana, lo encontré más afligido aún; su hermano quedó con él y yo me vine a vuestro lado.»

-No se puede estar más sorprendida de lo que estoy yo -dijo entonces la señora de Cleves, -pues creía a la señora de Tournón incapaz de amar y de engañar. -La habilidad y el disimulo -dijo el señor de Cleves, -no pueden ir más lejos de donde los ha llevado ella. Observad que, cuando Sancerre creyó que había cambiado para con él, eso era cierto así como que había comenzado a amar a Estouville. Le decía a este último que la consolaba de la muerte de

su marido, y que él era la causa de que abandonara su retiro; y a Sancerre le hacía ver que era porque habíamos resuelto que no siguiera demostrando estar tan afligida. Se empeñaba con Estouville en ocultar sus relaciones, y en aparentar que se casaba con él por orden de su padre, como una consecuencia del cuidado conque velaba por su reputación, y esto era para abandonar a Sancerre sin que tuviera motivo de queja. Es preciso que vaya a ver a ese desdichado, -prosiguió el señor de Cleves, -y creo que será preciso que vos también volváis a París. Es tiempo de que frecuentéis la sociedad y que recibáis, como no es posible que dejéis de hacerlo, el número infinito de visitas que os esperan.

La señora de Cleves consintió en regresar, y volvió al día siguiente. Se sintió más tranquila que antes respecto al señor de Nemours: todo lo que le había dicho la señora de Chartres al morir, y el dolor de su muerte, habían amortiguado de tal manera sus sentimientos que creyó que se habían borrado por completo.

La misma tarde que llegó, la Delfina la fue a ver, y, después de haberle demostrado lo que había compartido su aflicción, le dijo que, para apartarla de esas ideas tristes, la iba a contar todo lo que ha-

bía pasado en la Corte durante su ausencia, y en seguida le refirió varias cosas particulares. «Pero lo que más deseo haceros saber -agregó, -es que es indudable que el señor de Nemours está apasionadamente enamorado, y que sus amigos más íntimos no sólo no están en el secreto, sino que no pueden adivinar quién es la persona a quien ama. Sin embargo, ese amor es lo bastante grande como para que descuide o, mejor dicho, abandone las esperanzas de una corona.»

La Delfina le contó en seguida lo ocurrido respecto de Inglaterra. «He sabido lo que acabo de contaros -prosiguió, -por el señor de Anville, y me dijo esta mañana que el rey mandó llamar ayer al señor de Nemours, a causa de las cartas de Lignerolles, quien quiere regresar y le ha escrito al rey que no puede excusar más ante la reina de Inglaterra, los retardos del señor de Nemours; que esto la está comenzando a ofender, porque si bien no hubiera comprometido positivamente su palabra, había dicho lo bastante como para arriesgar un viaje. El rey leyó esta carta al señor de Nemours, quien, en lugar de hablar seriamente, como había hecho al principio, no hizo más que reír, bromear y burlarse de las esperanzas de Lignerolles. Dijo que toda Europa

condenaría su imprudencia si se arriesgaba a ir a Inglaterra como un pretendiente a marido de la reina, sin estar seguro del éxito. «Me parece, además - agregó, -que elegiría mal el momento para hacer ese viaje, ahora que el rey de España, hace tantas instancias para casarse con esa reina. No sería quizás un rival muy temible en una galantería; pero me imagino que, tratándose de un casamiento, Vuestra Majestad no me aconsejaría que me midiese con él. -Os lo aconsejaría en este caso -repuso el rey; -pero no tendríais nada que disputarle. Se que tiene otros pensamientos, y, aun cuando no los tuviese, la reina María se encontró demasiado mal bajo el yugo de España para creer que su hermana quiera volver a aceptarlo, y que se deje deslumbrar por el brillo de tantas coronas juntas. Si no se deja deslumbrar -replicó el señor de Nemours, -es de suponer que querrá ser feliz por el amor. Amó a milord Couter-nay hace ya algunos años; también fue amado por la reina María, que se hubiera casado con el consentimiento de Inglaterra, sin que se diera cuenta de que la juventud y la belleza de su hermana Isabel lo halagaban más que la esperanza de reinar. Vuestra Majestad sabe que los violentos celos que tuvo la llevaron a hacer encarcelar al uno y a la otra, hicie-

ron desterrar después a milord Courtenay, y la determinaron al fin a casar con el rey de España. Creo que Isabel, que está ahora en el trono, hará regresar dentro de poco a ese milord, y que escogerá a un hombre a quien ha amado, que es muy amable y que ha sufrido tanto por ella, más bien que a otro a quien no ha visto nunca. -Sería de vuestra opinión -replicó el rey, -si Courtenay viviera aún; pero hace algunos días supe que ha muerto en Padua, donde estaba proscripto. Ya veo -agregó al despedirse del señor de Nemours, -que será necesario concertar vuestro casamiento como el del Delfín, mandando embajadores a casarse con la reina de Inglaterra.»

«El señor de Anville y el «vidame», que estaban junto al rey con el señor de Nemours, están persuadidos de que es la misma pasión que le domina la que lo aparta de tan alto propósito. El «vidame», que lo ve con más intimidad que nadie, le ha dicho a la señora de Martigues que ese príncipe ha cambiado tanto, que no lo reconoce; y, lo que más le sorprende, es que no le conoce ninguna relación ni tampoco tiene horas en que desaparezca, de modo que cree que no tiene inteligencias con la persona a quien ama; y lo que torna desconocido al señor de Ne-

mours, es que ame a una mujer y ésta no le corresponda.»

¡Qué veneno para la señora de Cleves, aquellas palabras de la Delfina! ¿Cómo podía no reconocerse en aquella persona de quien ignoraba el nombre, y cómo no sentirse penetrada de agradecimiento y de ternura al saber, por un conducto que no podía serle sospechoso, que aquel príncipe, que había interesado su corazón, ocultaba su pasión a todos, y desdeñaba por amor hacia ella las esperanzas de una corona? Así es que no pudo expresar lo que sintió y la turbación que se produjo en su alma. Si la Delfina la hubiera mirado con atención, fácilmente hubiera notado que las cosas que acababa de decirle no le eran indiferentes; pero, como no tenía ninguna sospecha, siguió hablando sin parar mientes. «El señor de Anville -agregó, -que, como acabo de decíroslo, me ha dicho todos estos detalles, cree que yo estoy más al cabo que él, y tiene tan grande opinión de mis encantos, que está persuadido de que yo soy la única persona que puede haber causado tan grandes cambios en el señor de Nemours.»

Estas últimas palabras de la Delfina causaron a la señora de Cleves otra turbación muy diferente de la que había sentido momentos antes. «Poco me



costaría pensar como el señor de Anville -le respondió, -pues bien se alcanza, señora, que se necesita una princesa tal como sois vos para hacer despreciar a la reina de Inglaterra. -Os lo confesaría si lo supiera -replicó la Delfina, -y lo sabría si eso fuera verdad. Esa clase de pasiones no escapan a la vista de las que las causan; son las primeras en advertirlas. El señor de Nemours no me ha demostrado nunca más que leves complacencias; pero hay, sin embargo, tan grande diferencia entre como le veía antes y la forma como vive ahora, que puedo aseguraros que no soy yo la causa de la indiferencia que tiene por la corona de Inglaterra.

»Permanezco aquí, a vuestro lado -agregó la Delfina, -sin recordar que tengo que ir a ver a la princesa real. Sabéis que la paz está casi concluida; pero ignoráis que el rey de España no quiso aceptar ningún artículo, sino a condición de ser él quien se case con esa princesa, en vez de su hijo, el príncipe don Carlos.

Al rey le costó mucho trabajo resolverse; por último consintió, y acaba de ir a hacerle saber esta noticia a la princesa. Creo que va a estar inconsolable: no es cosa que pueda ser grata casarse con un hombre de la edad y del humor del rey de España,

sobre todo para ella, que tiene junto con la belleza toda la alegría que da la primera juventud y esperaba casarse con un joven príncipe, por el que siente inclinación, sin haberlo visto. No sé si el rey encontrará en ella toda la obediencia que desea; me encargó que la viera porque sabe que ella me quiere, y porque cree que yo tendré alguna influencia sobre su espíritu. Después iré a hacer una visita muy distinta: iré a regocijarme con la princesa, hermana del rey. Todo está concertado para su matrimonio con el señor de Saboya, que vendrá aquí dentro de poco tiempo.

Jamás una persona de la edad de esa princesa ha tenido una alegría tan completa al casarse.

La Corte se va a ver más hermosa y grande de lo que ha estado nunca, y, a pesar de vuestra aflicción, será preciso que vengáis a ayudarnos a hacerles ver a los extranjeros que no tenemos mediocres bellezas.»

Después de estas palabras la Delfina dejó a la señora de Cleves, y al día siguiente el casamiento de la princesa real fue sabido por todos. En los días siguientes, el rey y las reinas fueron a ver a la señora de Cleves. El señor de Nemours, que había esperado su regreso con extremada impaciencia, y que de-

seaba ardientemente poder hablarle sin testigos, esperó para ir a su casa la hora en que todos se hubieran marchado y en que probablemente no iría nadie más. Consiguió su propósito, llegando en el momento en que se retiraban las últimas visitas.

La princesa estaba reclinada en un canapé; hacía calor y la presencia del señor de Nemours acabó por darle un sonrojo que no disminuía su belleza. Se sentó frente a ella, con ese temor y esa timidez que dan las verdaderas pasiones. Permaneció algún rato sin poder hablar; la señora de Cleves no estaba menos cohibida, de manera que permanecieron callados largo rato. Por último, el señor de Nemours tomó la palabra y la expresó sus condolencias por su aflicción. La señora de Cleves, muy deseosa de proseguir la conversación sobre este tema, habló durante un rato bastante largo de la pérdida que había sufrido; y por fin dijo que, cuando el tiempo hubiera disminuido la violencia del dolor, siempre le quedaría una impresión tan fuerte que su humor cambiaría. «Las grandes aflicciones y las pasiones violentas -replicó el señor de Nemours, - causan grandes cambios en los espíritus, y, por lo que hace a mí, no me reconozco desde que volví de Flandes. Muchas personas han notado este cambio, y hasta la

Delfina me hablaba de eso ayer. -Es cierto que lo he notado -replicó la señora de Cleves, -y creo haberle oído decir algo al respecto. -No me desagrada, señora, que elle lo haya notado -replicó el señor de Nemours, -pero desearía que no fuese ella sola quien lo notara. Hay personas a quienes uno no se atreve a darles muestras de la pasión que se siente por ellas si no por medio de las cosas que no les interesan; y, no atreviéndonos a hacerles ver que las amamos, quisiéramos que al menos notaran que no queremos ser amados de nadie. Quisiéramos que supieran que no hay belleza, en cualquier rango que pueda hallarse, que no miremos con indiferencia, y que no hay corona que quisiéramos comprar al precio de no verlas más. Las mujeres -prosiguió, -juzgan generalmente la pasión que sentimos por ellas de acuerdo con el empeño que ponemos en agradarlas y en buscarlas; pero eso es cosa fácil, bastando con que sean un poco agradables. Lo difícil es no abandonarse al placer de seguirlas, es evitarlas, por temor de dejar traslucir al público y a ellas mismas los sentimientos que nos inspiran; lo que más demuestra un verdadero afecto, es volverse enteramente opuesto a lo que se era, y no tener am-

bición ni placeres después de no haber pensado toda la vida en otras cosas.»

La señora de Cleves comprendía perfectamente la parte que le correspondía en aquellas palabras. Le parecía que debía responderlas y no consentirlas. Le parecía también que no debía entenderlas, ni demostrar que las tomaba para sí; creía que debía hablar y que no debía decir nada. El discurso del señor de Nemours le agradaba y la ofendía casi igualmente; veía en él todo lo que le había hecho pensar la Delfina, encontraba en él algo de galante y de respetuoso, pero también algo de atrevido y de demasiado inteligible. La inclinación que sentía por aquel príncipe le causaba una turbación que no podía dominar. Las palabras más obscuras de un hombre que agrada causan más agitación que las declaraciones abiertas de un hombre que no gusta. Permanecía, pues, callada y el señor de Nemours se hubiera dado cuenta de su silencio, del que quizás no hubiera sacado un mal presagio, si la llegada del señor de Cleves no hubiera puesto término a la conversación y a su visita.

Este príncipe iba a darle a su mujer noticias de Sancerre; pero ella tenía poca curiosidad por conocer la continuación de aquella aventura. Estaba tan

preocupada por lo que acababa de pasar, que apenas podía disimular la distracción de su espíritu. Cuando estuvo en libertad de meditar, se dio clara cuenta de que se había engañado al pensar que ya sólo sentía indiferencia por el señor de Nemours. Lo que le había dicho habíale causado toda la impresión que él podía desear, persuadiéndola por completo de su pasión. Los actos de aquel príncipe estaban demasiado de acuerdo con sus palabras para que le quedara la menor duda a la princesa. Ya no pudo abrigar más la esperanza de no amarlo, y pensó solamente en no darle ninguna muestra de ello. Era una empresa difícil, de la que ya conocía los trabajos; sabía que el único medio de triunfar era evitar la presencia del príncipe, y, como su duelo le permitía vivir más retirada que de costumbre, se sirvió de este pretexto para no ir a los sitios donde pudiera verle. La dominaba una tristeza profunda, la muerte de su madre parecía ser la causa, y nadie le atribuía otra.

El señor de Nemours estaba desesperado de casi no verla más; y, sabiendo que no la encontraría en ninguna reunión y en ninguna de las diversiones de la Corte, no podía resolverse a concurrir a ellas; fingió una gran pasión por la caza, y salía al campo los

mismos días en que las reinas celebraban reuniones. Una ligera enfermedad le sirvió largo tiempo de pretexto para eludir el ir a los sitios donde sabía bien que la señora de Cleves no estaría.

El señor de Cleves estuvo también enfermo por esa misma época. La señora de Cleves no salió de su alcoba mientras duró la dolencia; pero, cuando estuvo mejor, recibió visitas, y entre otras la del señor de Nemours, que, con el pretexto de que aquél aún estaba débil, pasaba allí la mayor parte del día. La princesa resolvió no permanecer más en la alcoba de su marido; sin embargo, no pudo retirarse las primeras veces que Nemours concurrió: hacía demasiado tiempo que no le veía para resolverse a privarse de su compañía. El príncipe halló el medio de decirle, valiéndose de frases que parecían naturales, pero que ella, porque se relacionaba con lo que antes le dijera, sin embargo, entendía, que salía a cazar para soñar, y que no iba a las reuniones porque ella no concurría.

Por último, puso por obra la resolución que había tomado de retirarse de la sala de su marido cuando Nemours estuviera en ella; lo hizo sin embargo con extremada violencia. El príncipe vio que ella lo huía y esto lo afectó sensiblemente.

El señor de Cleves no reparó en un principio en la conducta de su mujer; pero por último se dio cuenta de que ella no quería estar en su cuarto cuando había gente.

El le habló de esto, y ella le respondió que no le parecía que estuviese bien que se encontrara todas las tardes con los hombres más jóvenes de la Corte; que le suplicaba que consintiera en que hiciera una vida más retirada que de costumbre; que la virtud y la presencia de su madre autorizaban muchas cosas que una mujer de su edad no podía consentir.

El señor de Cleves, que era siempre muy bondadoso y complaciente con su mujer, no lo fue esta vez, y le dijo que no quería absolutamente que cambiara de conducta. La señora de Cleves estuvo a punto de decirle que corría el rumor de que el señor de Nemours estaba enamorado de ella; pero no tuvo el valor de nombrarlo. Sintió también vergüenza de decirle alguna mentira y disimularle la verdad a un hombre que tenía tan buena opinión de ella.

Algunos días después, estaba en las habitaciones de la reina, a la hora del círculo; se habló de horóscopos y predicciones. Las opiniones estaban divididas sobre el crédito que se les debía dar. La reina les prestaba mucha fe; sostuvo que, después de tantas



cosas como habían sido predichas y que se había visto acontecer, no se podía dudar de que alguna certidumbre había en esa ciencia.. Otros sostenían que, entre el número infinito de predicciones, las pocas que resultaban ciertas eran sólo efecto de la casualidad.

«Yo tuve en un tiempo -dijo el rey, -mucho curiosidad sobre el porvenir; pero se me dijeron tantas cosas falsas y tan pocas verosímiles, que me convencí de que no se puede saber nada exacto. Hace años vino aquí un hombre de gran reputación en astrología. Todo el mundo fue a verlo. Yo fui como los demás, pero sin decirle quién era, y llevé conmigo a los señores de Guisa y Descars; los hice pasar primero. El astrólogo, sin embargo, se dirigió primero a mí, como si me hubiera juzgado el señor de los otros dos; quizás me reconociera; sin embargo, me dijo una cosa desacertada si es que, en efecto, me conoció. Me predijo que sería muerto en duelo. Le dijo en seguida al señor de Guisa que sería muerto por la espalda, y a Descars que un caballo le partiría la cabeza de una coz. El señor de Guisa casi se ofendió con la predicción como si lo hubiera acusado de que iba a huir. Descars no quedó satisfecho de decirsele que iba a concluir en un accidente

tan desgraciado. En fin, los tres nos retiramos muy descontentos de casa del astrólogo. No sé lo que les sucederá al señor de Guisa y a Descars; pero no me parece creíble que yo muera en un duelo. Acabamos de hacer la paz el rey de España y yo; y aunque no la hubiésemos hecho, dudo de que nos batiéramos, y de que yo le desafiase, como el rey mi padre desafió a Carlos V.»

Después que el rey contó la desgracia que el astrólogo le había predicho, los que habían sostenido la astrología la abandonaron y convinieron en que no debía dársele crédito. «En cuanto a mí -dijo en voz alta el señor de Nemours, -soy el hombre que menos fe puede tenerle.» Y volviéndose hacia la señora de Cleves, junto a quien estaba: «Me han predicho -le dijo en voz baja, -que sería feliz con las bondades de la persona por quien tuviera la más violenta y respetuosa pasión. Ya podéis ver, señora, si puedo creer en las predicciones.»

La Delfina que creyó por lo que el señor de Nemours había dicho en voz alta, que lo que decía quedo era alguna falsa predicción que le habían hecho, le preguntó al príncipe qué era lo que le decía a la señora de Cleves. Si hubiera tenido menos presencia de espíritu, lo hubiera desconcertado aquella

pregunta; pero, tomando la palabra, sin vacilar, dijo: «Le decía, señora -respondió, -que me predijeron que sería elevado a tan alta fortuna, que no me hubiera ni atrevido a pretenderla. -Si no os han hecho más que esa predicción -replicó la Delfina sonriendo, y pensando en el asunto de Inglaterra, -no os aconsejo que desacreditéis a la astrología, pues quizás tengáis razones para sostenerla.» La señora de Cleves comprendió muy bien lo que quería decir la Delfina; pero comprendió también que la felicidad a que se refería el señor de Nemours no era ser rey de Inglaterra.

Como hacía ya bastante tiempo de la muerte de su madre, era necesario que comenzara a aparecer en sociedad y a concurrir a la Corte, como tenía costumbre. Veía al señor de Nemours en casa de la Delfina; lo veía de visita al señor de Cleves, a quien iba a ver a menudo con otras personas de calidad de su edad, a fin de no hacerse notar; pero ya no lo veía sin una turbación que él advertía fácilmente.

Por más que tratara de evitar sus miradas y de hablarle menos que a los otros, se le escapaban impulsos incontenibles, que le hacían comprender al príncipe que no le era indiferente. Un hombre menos penetrante que él quizás no lo hubiera notado;

pero Nemours ya había sido amado tantas veces que le era difícil no conocer cuando era amado. Se daba cuenta de que el caballero de Guisa era su rival, y este príncipe comprendía que el señor de Nemours lo era el suyo. Él era el único caballero de la Corte que hubiera puesto en claro esta verdad: su interés lo había hecho más clarividente que los demás. El conocimiento que tenían de sus sentimientos les daban recíprocamente una acritud que se les notaba en todo, pero sin estallar, sin embargo, en disputas; pero en todo estaban en disidencia. Siempre se afiliaban en distinto bando en las corridas de sortija, en los combates con vallas, en todos los entretenimientos preferidos del rey, y su rivalidad era tan grande que no la podían ocultar.

El asunto de Inglaterra volvía con frecuencia al espíritu de la señora de Cleves: le parecía que el señor de Nemours no resistiría a los consejos del rey y a las instancias de Ligherolles. Veía con disgusto que éste no estaba aún de regreso, y lo esperaba con impaciencia. Si hubiera seguido sus impulsos, habría sido informado con frecuencia de la marcha de aquella negociación; pero el sentimiento que le causaba aquella curiosidad la obligaba a ocultarla, y sólo pedía datos sobre el ingenio, la belleza y el ca-

rácter de la reina de Inglaterra. Llevaron a palacio un retrato de ella, que le pareció más bello de lo que hubiera deseado, y no pudo dejar de decir que Isabel debía estar en él mejorada. -No pienso como vos -repuso la Delfina; -esta princesa tiene reputación de ser muy bella, de poseer un talento muy superior al común, y sé muy bien que siempre se me la ha indicado como un modelo. Debe ser simpática si se parece a Ana Bolena, su madre. Jamás tuvo una mujer tanto encanto y tanta seducción en su persona y en su carácter. He oído decir que su rostro tiene algo de vivo y de singular y que no tiene ningún parecido con las otras bellezas inglesas. -Me parece también -dijo la señora de Cleves, -que se ha dicho que nació en Francia. -Los que lo han creído así se han equivocado -respondió la Delfina, -y voy a contaros su historia, en dos palabras:

«Era de una buena casa de Inglaterra. Enrique VIII había estado enamorado de su hermana y de su madre, y hasta se ha sospechado que fuera su hija. Vivió aquí con la hermana de Enrique VII, que casó con el rey Luis XII. Esta princesa, que era joven y galante, abandonó con mucho pesar la corte de Francia, después de la muerte de su marido; pero Ana Bolena, que tenía las mismas inclinaciones que

su señora, no se resignó a partir. El finado rey estaba enamorado de ella, y Ana quedó como doncella de honor de la reina Claudia. Esta reina murió, la señora Margarita, hermana del rey, duquesa de Alencon, y después reina de Navarra, de la que habéis leído los cuentos, la tomó consigo, y junto a esa princesa fue iniciada en la nueva religión. Volvió después a Inglaterra y fue el encanto de todos; tenía los modales de Francia que gustan en todas las naciones; cantaba bien, bailaba admirablemente. Se la hizo doncella de la reina Catalina de Aragón, y Enrique VIII se enamoró perdidamente de ella.

»El cardenal de Volsey, su favorito y su primer ministro, había pretendido el pontificado, y descontento con el emperador, que no había sostenido aquella pretensión, resolvió vengarse y unir al rey su señor con Francia. Convenció a Enrique VIII que su casamiento con la tía del emperador era nulo, y le aconsejó se casara con la duquesa de Alencon, cuyo marido acababa de morir. Ana Bolena, que era ambiciosa, miró aquel divorcio como un camino que podía conducirla al trono. Comenzó a darle al rey de Inglaterra nociones de la religión de Lutero, e incitó al finado rey a que favoreciera en Roma el divorcio de Enrique, con la esperanza de que se reali-

zaría el casamiento con la duquesa de Alençon. El cardenal Volsey se hizo diputar a Francia con otros pretextos para tratar ese negocio; pero su señor no pudo resolverse ni a que se hiciera la proposición y mandó una orden de Calais de que no se hablara de ese matrimonio.

»Al volver de Francia, el cardenal Volsey fue recibido con honores análogos a los que se tributaban al mismo rey: jamás favorito alguno llevó a tal grado el orgullo y la vanidad. Concertó una entrevista entre los dos reyes, que se celebró en Boulogne. Francisco I dio la mano a Enrique VIII, que no lo quería recibir; se trataron sucesivamente con una magnificencia extraordinaria, se regalaron trajes iguales a los que habían mandado hacer para ellos mismos. Me acuerdo de haber oído decir que el que el finado rey le envió al rey de Inglaterra era de raso carmesí, entorchado con triángulos de perlas y diamantes, y el jubón de terciopelo blanco, bordado de oro. Después de haber estado algunos días en Boulogne, fueron a Calais. Ana Bolena estaba alojada con Enrique VIII, llevando el tren de una reina, y Francisco I le hizo los mismos presentes y le rindió los mismos honores que si lo fuera. En fin, después de una pasión de nueve años, Enrique casó con ella sin es-

perar la anulación de su primer matrimonio, que pedía a Roma hacía mucho tiempo. El papa pronunció fulminaciones contra él con precipitación; y Enrique se irritó de tal modo que se declaró jefe de la religión, y arrastró a toda Inglaterra en el desgraciado cambio en que la veis.

»Ana Bolena no gozó mucho tiempo de su grandeza; porque, cuando la creía más asegurada por la muerte de Catalina de Aragón, un día que asistía con toda la Corte a una corrida de sortija que daba el vizconde de Rechfort, su hermano, el rey tuvo tal acceso de celos, que abandonó bruscamente el espectáculo, se marchó a Londres, y dejó orden de arrestar a la reina, al vizconde de Rochefort y a varios otros que creía amantes o confidentes de aquella princesa. Aunque aquellos celos parecieron cosa nacida en aquel momento, hacía ya tiempo que se los había hecho nacer la vizcondesa de Rochefort, quien no pudiendo sufrir la vinculación estrecha de su marido con la reina, se la hizo ver al rey como una amistad criminal, de modo que aquel príncipe, que por otra parte estaba enamorado de Juana Seimer, no pensó más que en deshacerse de Ana Bolena. En menos de tres semanas hizo procesar a la reina y a su hermano, les hizo cortar la cabe-



za, y casó con Juana Seimer. Después tuvo varias mujeres que repudió o hizo morir, entre otras Catalina Hovart, de quien era confidente la condesa de Rochefort, a quien cortaron la cabeza junto con la de aquella. Así fue castigada por los crímenes que había imputado a Ana Bolena, y Enrique VIII murió habiéndose vuelto de una obesidad prodigiosa.»

Todas las damas que estaban presentes durante el relato de la Delfina, le agradecieron que las hubiera informado tan minuciosamente sobre la corte de Inglaterra, y entre ellas la señora de Cleves, que no pudo dejar de hacerle algunas otras preguntas sobre la reina Isabel.

La Reina Delfina mandaba hacer pequeños retratos de todas las hermosas damas de la Corte para mandarlos a la reina, su madre. El día en que debían concluir el de la señora de Cleves la Delfina fue a pasar la tarde a casa de ésta. El señor de Nemours no faltó: no dejaba escapar una ocasión de ver a la señora de Cleves, pero sin dar a entender que la buscaba. Estaba tan bella aquel día, que se hubiera enamorado de ella si ya no lo hubiese estado; no se atrevía, sin embargo, a tener los ojos fijos en la señora de Cleves mientras la retrataban temeroso de que se le notara el placer que tenía en mirarla.

La Delfina le pidió al señor de Cleves un pequeño retrato que tenía de su mujer para compararlo con el que estaban acabando. Todos ponderaron el uno y el otro, y la señora de Cleves le ordenó al pintor que arreglara un detalle del tocado del que acababan de llevar.

El pintor, obedeciéndola, sacó el retrato de la caja en que estaba y, después de haber trabajado en él, lo dejó sobre la mesa.

Hacía tiempo que el señor de Nemours deseaba tener el retrato de la señora de Cleves. Cuando vio el que pertenecía al marido de ésta, no pudo resistir al deseo de sustraerlo a un hombre que creía tiernamente amado, y pensó que, siendo tantas las personas reunidas, no se lo sospecharía con preferencia a él.

La Delfina estaba sentada en el canapé, y le hablaba en voz baja a la señora de Cleves, que estaba de pie frente a ella. La señora de Cleves vio, por una cortina que estaba a medio correr, al señor de Nemours, de espaldas, ante la mesa que estaba junto al canapé, tomando furtivamente algo que había sobre dicha mesa. No le costó trabajo adivinar que era su retrato, y se turbó de tal modo, que la Delfina notó que no la escuchaba y le preguntó en voz alta qué

estaba mirando. El señor de Nemours se volvió al oír aquellas palabras; se encontró con los ojos de la señora de Cleves que estaban aún fijos en él, y le pareció que era imposible que no hubiese visto lo que acababa de hacer.

La señora de Cleves no estaba poco cohibida: la razón exigía que reclamara su retrato; pero pedirlo públicamente era dar a conocer a todos los sentimientos que aquel príncipe tenía por ella; y, reclamarlo en privado, era casi alentarle a que le hablase de su pasión; por último creyó más conveniente dejárselo, y se alegró de poder hacerle un favor sin que él mismo supiera que se lo había acordado. El señor de Nemours, que notó su confusión y que adivinaba la causa, se acercó a ella y le dijo en voz baja: «Si habéis visto lo que me he atrevido a hacer, tened la bondad, señora, de dejarme creer que lo ignoráis; no me atrevo a pedirlos nada más.» Y dichas estas palabras se retiró sin esperar la respuesta.

La Delfina salió para dar un paseo, seguida de todas las damas. El señor de Nemours fue a encerrarse en su casa, no pudiendo contener en público la alegría de poseer un retrato de la señora de Cleves. Sentía todo lo que la pasión pueda hacer sentir de más agradable; amaba a la persona más bella de

la Corte; se hacía amar de ella a pesar suyo, y veía en todos sus actos esa especie de turbación y timidez que causa el amor en la inocencia de la primera juventud.

Por la noche se buscó aquel retrato con ahínco; como la caja estaba allí no se sospechó que hubiera sido robado, y se creyó que había caído por casualidad. El señor de Cleves estaba afligido por aquella pérdida, y, cuando se convenció de que era inútil seguir buscando, dijo a su mujer, pero en tono de broma, que tenía sin duda algún enamorado oculto a quien ella había dado su retrato, o él lo había hurtado, porque otro que no fuera un amante no se hubiera limitado a llevarse el retrato sin la caja.

Estas palabras, aunque dichas riendo, hicieron gran impresión en el espíritu de la señora de Cleves; le dieron remordimiento, pensó en la violencia de la inclinación que la arrastraba hacia el señor de Nemours; le pareció que ya no era dueña de sus palabras y de su expresión; pensó que Lignerolles había regresado, que ya no temía más el asunto de Inglaterra, que ya no tenía sospechas de la Delfina, que, en fin, ya no había nada que pudiera defenderla, y que sólo en la fuga había seguridad para ella. Pero, como no era dueña de alejarse, se encontraba en un ex-

tremo fatal y pronta a caer en lo que le parecía la mayor de las desgracias, que era dejarle conocer al señor de Nemours la inclinación que sentía por él. Recordaba todo lo que la señora de Chartres le había recomendado al morir, y el consejo que le había dado de tomar cualquier resolución, por difícil que pudiera ser, antes que embarcarse en una galantería. Lo que el señor de Cleves le había dicho sobre la sinceridad, refiriéndose a la señora de Tournón, le volvió a la memoria; creyó que debía confesarle la inclinación que tenía por el señor de Nemours. Este pensamiento la preocupó largo rato; después se sorprendió de haberlo tenido; le pareció una locura y volvió a caer en la indecisión de no saber qué partido adoptar.

La paz estaba firmada. La princesa Isabel se había resuelto, aunque con grande repugnancia, a obedecer al rey su padre. El duque de Alba había sido delegado a casarse con ella en nombre del Rey Católico, y pronto debía llegar. Se esperaba al duque de Saboya, que venía a casarse con la princesa hermana del rey, y cuyas bodas se debían celebrar al mismo tiempo. El rey sólo pensaba en hacer que esas bodas fueran célebres por medio de diversiones en que pudiera hacer lucir la destreza y la magnificencia de

su Corte. Se propuso todo lo más grande que podía hacerse, como bailes y comedias; pero el rey encontró esas diversiones muy vulgares, y quiso otras de mayor brillo. Resolvió hacer un torneo en que los extranjeros serían recibidos, y en que el pueblo sería espectador. Todas las jóvenes y los jóvenes señores recibieron con alegría el proyecto del rey y sobre todo el duque de Ferrara, el señor de Guisa y el señor de Nemours, que sobrepujaban a todos los otros en esta clase de ejercicios. El rey los escogió para que fueran, junto con él, los cuatro mantenedores del torneo.

Se hizo publicar por todo el reino, que en la ciudad de París estaba abierto un concurso para el 15 de junio, por Su Majestad Muy Cristiana, y por los príncipes Alfonso de Este, duque de Ferrara, Francisco de Lorena, duque de Guisa, Santiago de Saboya y el duque de Nemours, que se mantendría contra todo el que se presentara; comenzando el primer combate a caballo en liza, por dobles piezas, cuatro botes de lanza, y uno para las damas; el segundo combate a espada, uno contra uno o dos contra dos, a voluntad de los mariscales de campo; el tercer combate a pie, tres golpes de pica y seis golpes de espada; los mantenedores proporcio-

narían las lanzas, espadas o picas a elección de los concurrentes, y que si, al correr, se hería al caballo, sería descalificado el combatiente que lo hiciera; que había cuatro mariscales de campo para dar las órdenes; y que a los competidores que más lucharan y mejor se condujeran se les daría un premio cuyo valor establecería la discreción de los jueces; que todos los concurrentes, tanto franceses como extranjeros, estarían obligados a ir a tocar uno de los escudos colgados al pie del estrado, en el extremo de la liza, o a varios, según su elección; que allí encontrarían un heraldo de armas que los recibiría para enrolarlos según su rango y según los escudos que hubieran tocado; que los concurrentes estarían obligados a hacer tener por un gentilhombre su escudo con sus armas, para colgar en el estrado tres días antes del comienzo del torneo; que de otro modo no serían recibidos sin el permiso de los mantenedores.

Se hizo construir una gran liza próxima a la Bastilla, que empezaba en el castillo de Tournelles, atravesaba la calle San Antonio e iba a terminar en las caballerizas reales. A ambos lados había palcos y anfiteatros, que formaban galerías abiertas de muy bonito aspecto y que podían contener un número

crecidísimo de personas. Todos los príncipes y señores no se ocuparon más que del hacer ordenar todo lo que les hacía falta para aparecer con brillo, y en mezclar en sus armas y divisas algo galante que tuviera relación con las personas a quienes amaban.

Pocos días antes de la llegada del duque de Alba, el rey jugó una partida de pelota con el señor de Nemours, el caballero de Guisa y el «vidame» de Chartres. Las reinas fueron a verlos jugar, seguidas de todas las damas, y, entre otras, la señora de Cleves.

Terminado el partido, y en el momento que salían de la cancha de pelota, Chastelart se acercó a la Reina Delfina, y le dijo que la casualidad acababa de poner en sus manos una carta de amores que se le había caído del bolsillo al señor de Nemours. La Delfina, que siempre tenía curiosidad por saber las cosas de aquel príncipe, le dijo a Chastelart que se la diera; tomó la esquila y siguió tras la reina, su suegra, que se iba con el rey a ver trabajar en la liza. Al poco rato de estar reunidos, el rey hizo llevar los caballos que acababan de llegar. Aunque no estuvieran adiestrados, los quiso montar, o hizo que los distribuyeran a todos los que lo habían seguido. Al rey y al señor de Nemours les tocaron los más fogo-



sos y tuvieron que hacer poderosos esfuerzos para no dar con sus cuerpos en tierra. El señor de Nemours, por temor de lastimar al rey, se apartó bruscamente y dio con el caballo un golpe tan violento contra un poste del picadero que lo hizo vacilar. Se acudió a él, creyéndole gravemente herido. La señora de Cleves le creyó más herido aún que los demás. El interés que se tomó le causó una aprensión y un susto que no pensó en ocultar; se aproximó a él junto con las reinas, y su rostro estaba tan demudado que un hombre menos interesado que el caballero de Guisa lo hubiera notado; así es que lo observó fácilmente, y puso mucha más atención en el estado en que se hallaba la señora de Cleves que en el del señor de Nemours.

El golpe que este príncipe se había dado le causó tal aturdimiento, que permaneció algún rato con la cabeza inclinada entre los que lo sostenían. Cuando la irguió, fijó sus ojos en la señora de Cleves; notó en su rostro la piedad que sentía por él, y la miró con tal expresión que ella pudo apreciar hasta qué punto estaba emocionado. En seguida dio gracias a las reinas por las bondades que le demostraban, y se excusó del estado en que estaba delante de ellas. El rey le ordenó que fuera a descansar.

La señora de Cleves, después de haberse re-  
 puesto del susto que había recibido, reparó en se-  
 guida en las muestras de interés que había dado. El  
 caballero de Guisa, no le dejó largo rato la esperan-  
 za de que nadie las hubiera notado. Le dio la mano  
 para conducirla fuera de la liza. «Yo soy más digno  
 de lástima que el señor de Nemours, señora -le dijo;  
 -perdonadme si me aparto del profundo respeto que  
 tengo siempre por vos, y si os manifiesto el vivo  
 dolor por lo que acabo de ver; es la primera vez que  
 me atrevo a hablaros, y será también la última. La  
 muerte, o por lo menos un alejamiento eterno, me  
 apartarán de un sitio en que no puedo seguir vi-  
 viendo, porque acabo de perder el triste consuelo de  
 creer que todos los que se atreven a miraros, son tan  
 desgraciados como yo.»

La señora de Cleves no respondió más que al-  
 gunas palabras mal hilvanadas, como si no hubiese  
 comprendido lo que significaban las del caballero  
 de Guisa. En otro tiempo se hubiera ofendido de  
 que le hablara de los sentimientos que ella le inspi-  
 raba; pero en aquel momento sólo sintió la aflicción  
 de ver que había notado los que ella tenía por el se-  
 ñor de Nemours.

El caballero de Guisa quedó tan convencido y tan penetrado de dolor que, desde ese día, tomó la resolución de no pensar jamás en ser amado por la señora de Cleves. Pero, para abandonar aquella empresa que le había parecido tan difícil y tan gloriosa necesitaba alguna otra cuya grandeza pudiera distraerlo: se le puso en la mente tomar a Rodas, cosa en que ya había pensado alguna vez, y, cuando la muerte le quitó de la tierra en la flor de la juventud y en el momento en que había adquirido la fama de uno de los más grandes príncipes de su siglo, el único pesar que demostró al dejar la vida fue no haber podido llevar a cabo tan bella resolución, cuyo éxito creía infalible por todas las medidas que había tomado.

Al salir de la liza la señora de Cleves, fue a las habitaciones de la reina, muy preocupada con lo que le había pasado. El señor de Nemours se presentó poco después, magníficamente ataviado y como si no sintiera rastros del accidente; hasta parecía más alegre que de costumbre, y la alegría de lo que creía haber visto le daba una expresión que aumentaba aún su seducción. Todos quedaron sorprendidos al verle entrar, y no hubo nadie que no se interesara por su estado, excepto la señora de Cleves, que

permaneció junto a la chimenea, aparentando no verlo. El rey salió del gabinete en que estaba, y al verlo entre las damas, lo llamó para hablarle de su aventura. El señor de Nemours pasó junto a la señora de Cleves y le dijo muy quedo: «He recibido hoy muestras de vuestra piedad señora; pero no son ésas de las que soy más digno.» La señora de Cleves sospechaba que el príncipe se había dado cuenta de sus sentimientos hacia él, y sus palabras la convencieron de que no se había equivocado. Fue para ella un gran dolor ver que ya no era dueña de ocultarlos y de haberlos dejado traslucir ante el caballero de Guisa. También deploraba mucho que éste los conociera, pero este dolor no era tan completo, y no estaba exento de cierta dulzura.

La Reina Delfina, que tenía la más viva impaciencia por saber lo que decía la carta que Chastelart le había dado, se aproximó a la señora de Cleves. «Id a leer esta carta -le dijo, -está dirigida al señor de Nemours, y, según todas las apariencias, es de la querida por la que ha abandonado a todas las demás. Si no la podéis leer ahora, guardadla; venidme a ver esta noche en el momento de acostarme, para devolvérmela y para decirme si conocéis la letra.» La Delfina se separó de la señora de Cleves

después de decirle estas palabras, y la dejó tan sorprendida y tan desconcertada, que estuvo un rato inmóvil. La impaciencia y la turbación que la dominaban no le permitieron permanecer en las salas de la reina, y se marchó a su casa aunque no era la hora en que tenía costumbre de retirarse. Guardaba la carta en la mano trémula; sus pensamientos eran tan confusos, que no acertaba a discernir ninguno y la embargaba un dolor desconocido que había experimentado. En seguida que estuvo en su gabinete, abrió la carta, que decía así:

«Os he amado demasiado para poder dejaros creer que el cambio que notáis en mí sea un resultado de mi ligereza; quiero haceros saber que la causa es vuestra infidelidad. Os sorprenderá mucho que os hable de vuestra infidelidad; me la habíais ocultado tan hábilmente, y yo puse tanto empeño en ocultaros que la conocía, que tenéis razón de sorprenderos al saber que yo no la ignoro. Me sorprende a mí misma haber podido no demostrároslo. Jamás ha habido dolor igual al mío: creía que teníais por mí una pasión violenta; no os ocultaba la que sentía por vos; y en el tiempo en que os la demostraba por completo, supe que me engañabais, que amabais a otra, y que, según todas las apariencias,

me sacrificabais a esa nueva amante. Lo supe el día de la corrida de sortija; por esa causa es que no asistí. Fingí estar enferma para ocultar el desorden de mi espíritu; pero lo estuve de veras porque mi cuerpo no pudo soportar tan violenta agitación. Cuando comencé a sentirme mejor, fingí estar aún muy mal, a fin de tener un pretexto para no veros ni escribiros. Quise disponer de tiempo para pensar cómo debía proceder para con vos; tomé y abandoné veinte veces las mismas resoluciones; pero, por último, os juzgué indigno de contemplar mi dolor, y resolví no dejároslo advertir. Quise herir vuestro orgullo, haciéndoos creer que mi pasión se iba debilitando por sí sola. Creí disminuir de ese modo el poco sacrificio que le hacíais; no quise que tuvierais el placer de notar cuánto os amaba para que os juzgarais más atrayente. Resolví escribiros cartas tibias y lánguidas, para convencer a aquella a quien las dabais que había cesado de amaros. No quise que tuviera el placer de saber que triunfaba de mí, ni aumentar su triunfo con mi desesperación y mis reproches. Pensé que no os castigaría lo bastante rompiendo con vos, y que no os daría más que un leve dolor al cesar de amaros cuando vos ya no me amabais. Me pareció que era preciso que me amarais

para sentir el mal de no ser más amado, que yo sentía tan cruelmente. Creí que si algo podía despertar los sentimientos que habíais tenido por mí, era hacerlos creer que los míos habían cambiado, pero haciéndoolos ver fingiendo que lo ocultaba, y como si no hubiese tenido el valor de confesároslo. Adopté esta resolución; ¡pero qué difícil me fue tomarla y qué imposible de ejecutar me pareció al volver a veros! Cien veces estuve a punto de estallar en reproches y lágrimas. El estado de salud en que todavía me encontraba me sirvió para disimularos mi turbación y mi pena. Me sostuvo en seguida el placer de disimular para con vos, como vos disimulabais conmigo; sin embargo, tenía que hacer una violencia tan grande para deciros y para escribiros que os amaba, que visteis en seguida que mi objeto era hacerlos creer que mis sentimientos habían cambiado. Aquello os ofendió y os quejasteis. Traté de tranquilizaros, pero fue de manera tan forzada, que os acabasteis de persuadir de que ya no os amaba. En fin, hice todo lo que me había propuesto hacer. La extravagancia de vuestro corazón os hizo volver a mí a medida que veíais que yo me apartaba de vos. He gozado de todo el placer que puede dar la venganza: me pareció que me amabais más que nunca, y

os hice creer que ya no os quería. Tuve razón para pensar que habíais abandonado por completo a aquella por quien me abandonasteis. Tengo también motivos para creer que no le hablasteis jamás de mí. Pero vuestra vuelta y vuestra discreción no han podido reparar vuestra ligereza: vuestro corazón ha sido repartido entre otra mujer y yo; me habéis engañado y eso me quita el placer de ser amada por vos como creía merecerlo, y para hacerme persistir en esta resolución de no volver a veros nunca y que tanto os ha sorprendido.»

La señora de Cleves leyó aquella carta y la releyó varias veces, pero sin saber lo que leía; veía solamente que el señor de Nemours no la amaba como ella creía, y que amaba a otras a quienes engañaba como a ella. ¡Qué cuadro y qué impresión para una persona de su carácter, que tenía una pasión tan violenta, que acababa de dar indicios de ella a un hombre a quien juzgaba indigno de tal cosa, y a otro a quien maltrataba por amor de aquél! Jamás su aflicción fue tan punzante y viva; le parecía que lo que constituía la actitud de aquella aflicción era lo que había acontecido aquel día, y que, si el señor de Nemours no hubiera tenido motivos para creer que ella lo amaba, no la hubiera preocupado que amara a



otra; pero se engañaba a sí misma, y aquel mal que le parecía tan insoportable eran los celos con todos los horrores que pueden acompañarlos. Veía por aquella, carta que el señor de Nemours mantenía unos amores desde hacía tiempo. Reconocía que la que había escrito la carta tenía ingenio y talento; le parecía digna de ser amada; le encontraba más valor del que tenía ella misma, y le envidiaba la energía que había tenido para ocultarle sus sentimientos al señor de Nemours. Veía, por el final de la carta, que aquella persona se creía amada; pensaba que la discreción que el príncipe le había demostrado, y que tanto la había impresionado, no era quizás más que el efecto de la pasión que tenía por aquella otra persona a quien temía desagradar; en fin, pensaba todo lo que podía aumentar su aflicción y su desesperación. ¡Qué exámenes no hizo de sí misma! ¡Qué reflexiones sobre los consejos que su madre le había dado! ¡Cómo se arrepintió de no haberse empecinado en retirarse de la frecuentación del mundo, a pesar del señor de Cleves, o de no haber seguido el pensamiento que tuvo de confesarle la inclinación que sentía por el señor de Nemours! Le parecía que hubiera hecho mejor en revelársela a su marido, cuya bondad conocía, y que hubiera tenido interés en

ocultarla, en vez de dejársela advertir a un hombre indigno de ella, y que no pensaba en amarla más que por un sentimiento de orgullo y de vanidad; en fin, le pareció que todos los males que le podían acontecer y todas las contrariedades a que podía llegar eran menos graves que haberle dejado ver al señor de Nemours que lo amaba, y venir a saber que él amaba a otra. Lo único que la consolaba era pensar que, al menos, después de lo que había descubierto, no tenía nada que temer de sí misma; y que curaría por completo de la inclinación que sentía por aquel príncipe.

No se acordó de la orden que la Delfina le había dado de ir a verla por la noche; se acostó y fingió estar enferma, de modo que cuando el señor de Cleves volvió de palacio, se le dijo que la princesa estaba durmiendo. Pero ella estaba bien ajena a la tranquilidad que conduce al sueño. Pasó la noche sin hacer otra cosa más que afligirse y releer la carta que tenía en las manos.

La señora de Cleves no era la única persona a quien aquella carta turbaba el reposo. El «vidame» de Chartres, que era quien la había perdido y no el señor de Nemours, estaba extremadamente inquieto. Había pasado toda la velada en casa del señor de

Guisa, que había dado una gran comida al duque de Ferrara, su cuñado, y a toda la juventud de la Corte. La casualidad quiso que, durante la cena, se hablara de lindas cartas. El «vidame» de Chartres dijo que tenía en su poder la más bella que se hubiera escrito. Se le instó para que la hiciera conocer; no quiso acceder. El señor de Nemours sostuvo que la carta no existía y que el «vidame» había hablado por vanidad. El «vidame» le contestó que ponía a su discreción en un aprieto; que, sin embargo, no mostraría la carta, pero que leería algunos trozos de ella y haría ver que pocos hombres las habían recibido parecidas. Dicho esto, buscó la carta y no la encontró; la buscó inútilmente. Se pusieron a darle bromas; pero pareció tan inquieto, que no le hablaron más de aquello. Se retiró más temprano que los demás y se marchó con impaciencia a su casa para ver si había dejado allí la carta que le faltaba. Estaba buscándola aún cuando un primer camarero de la reina se presentó para decirle que la vizcondesa de Usey había creído necesario advertirlo con urgencia que habían dicho en el círculo de la reina que se le había caído una carta galante del bolsillo mientras que estaba en la cancha de pelota; que había contado gran parte de lo que decía la carta; que la reina había demostrado

mucha curiosidad por verla; que le había mandado a uno de sus gentileshombres, pero que éste había respondido que la había dejado en manos de Chastelart.

El primer camarero dijo además muchas otras cosas al «vidame» de Chartres que acabaron de darle una gran turbación. Salió al instante para ir a casa de un gentilhomme que era íntimo amigo de Chastelart. Lo hizo levantar, aunque la hora fuera avanzada, para ir a reclamar aquella carta, sin decir quién la pedía y la había perdido. Chastelart, que pensaba que era del señor de Nemours, y que creía que este príncipe estaba enamorado de la Delfina, no dudó que fuera él quien la hacía pedir. Respondió con maligna alegría que había dejado la carta en manos de la Reina Delfina. El gentilhomme fue a darle esta respuesta al «vidame» de Chartres; esto aumentó aún más las inquietudes que ya tenía. Después de haber estado largo rato irresoluto sobre lo que debía hacer, le pareció que solamente el señor de Nemours podía sacarlo del mal paso en que se encontraba.

Se fue a verlo a su casa, y entró en su alcoba en el momento en que comenzaba a amanecer. El príncipe dormía con un sueño tranquilo; lo que había notado el día anterior en la señora de Cleves no le

había dado más que ideas agradables. Se sorprendió mucho al verse despertar por el «vidame» de Chartres, y le preguntó si era para vengarse de lo que le había dicho en la cena, que iba a turbar su reposo. El «vidame» le demostró con la expresión de su rostro que no tenía nada de alegre el motivo que lo llevaba. «Vengo a confiaros el asunto más grave de mi vida -le dijo. -Sé muy bien que no me exigiréis explicaciones, puesto que vengo a pedir os ayuda; pero sé también que hubiera perdido algo de vuestra estima si os hubiera contado todo lo que voy a deciros sin que la necesidad me obligara. He extraviado la carta de que hablaba anoche; tengo el mayor interés en que nadie sepa que me está dirigida. Muchos la vieron en la cancha de pelota donde la perdí ayer; vos os encontrabais también allí, y os pido la gracia de que digáis que fuisteis vos quien la perdió. -Es preciso que creáis que no tengo una amante -respondió el señor de Nemours sonriendo, -para que me hagáis semejante proposición, y para que os imaginéis que no haya nadie con quien pueda reñir haciendo creer que recibo semejantes cartas. -Os lo ruego -dijo el «vidame», -escuchadme seriamente. Si tenéis una amante, como no lo dudo, aunque no sepa quién es, os será fácil justificaros, y yo os pro-

porcionaré para ello medios infalibles. Aun cuando no os justificaraís para con ella, sólo os costaría eso estar peleado con ella pocas hora; pero yo, con esta aventura, deshonro a una persona que me ha amado apasionadamente, y que es una de las mujeres más estimables del mundo, y, por otra parte, me atraigo un odio implacable que me costará mi fortuna y quizás algo más. -No puedo entender todo lo que me decís -respondió el señor de Nemours; -pero me hacéis entrever que los rumores que han corrido respecto del interés que tiene por vos una gran princesa no son enteramente falsos. No lo son -replicó el «vidame» de Chartres, -y quisiera Dios que no lo fuesen. No me encontraría en el atolladero en que estoy. Pero es preciso que os cuente todo lo ocurrido para que veáis todo lo que tengo que temer.

»Desde que estoy en la Corte, la reina me ha tratado con mucha distinción y amabilidad, y hasta tuve derecho para pensar que yo le agradaba; sin embargo, no había nada de eso, y yo no había pensado en tener otros sentimientos para ella que los del respeto. Yo estaba muy enamorado de la señora de Themines; fácil es darse cuenta que se debe amarla mucho cuando se es amado por ella, y yo lo era. Hace dos años que estando la corte en Fontai-

nebleau, me encontré dos o tres veces en conversación con la reina a horas en que había muy pocas personas. Me pareció que mi modo de pensar la agradaba y que encontraba bien todo lo que yo decía. Un día, entre otros, hablamos de la confianza. Yo dije que no había nadie en quien la tuviese completa; que siempre se arrepentía uno de tenerla, y que sabía muchas cosas de las que no había hablado nunca. La reina me dijo que eso aumentaba la estimación que me tenía; que no había encontrado a nadie en Francia, capaz de guardar un secreto, y que eso era lo que más le molestaba, porque le quitaba el placer de tener con quien confiarse; que era una cosa necesaria en la vida tener alguien con quien poder hablar, y sobre todo para las personas de su rango. Los días siguientes volvió varias veces sobre el mismo tema, y hasta me contó varias cosas bastante curiosas que estaban pasando. En fin, me pareció que deseaba estar segura de mi discreción, y confiarme sus secretos. Este pensamiento hizo que le fuera más adicto; aquella distinción me halagó y la agasajó con más asiduidad que antes. Una tarde que el rey y todas las damas habían ido a pasear a caballo al bosque, porque se había encontrado algo indispuesta, me quedé junto a ella. Bajó al borde del

estaque y dejó la mano de sus escuderos para caminar con más libertad. Después que hubo dado algunas vueltas, se me aproximó y me dio orden de que la siguiera. «Quiero hablaros -me dijo, -y vais a ver por lo que voy a deciros que soy amiga vuestra.» Se detuvo después de decir estas palabras y luego, mirándome fijamente, agregó: «Estáis enamorado, y quizás porque no os confiáis a nadie creéis que vuestro amor es ignorado; pero es conocido, y hasta de las personas interesadas. Se os observa; se saben los sitios en que os veis con vuestra amante, y se tiene el propósito de sorprenderos. Yo sé quién es ella; no os lo pregunto y quiero sólo libraros de las desgracias en que vais a caer.» Ya veis qué lazo me tendía la reina, y qué difícil era no caer en él. Quería saber si yo estaba enamorado, y, al no preguntarme de quién lo estaba, no expresándome más que el deseo de servirme, me quitaba la sospecha de que me hablase por curiosidad o con otro fin.

»Sin embargo, a pesar de todas esas apariencias, puse en claro la verdad. Yo estaba enamorado de la señora de Themines; pero, aunque ella me amara, no era tan feliz como para tener sitios particulares en que verla y donde pudiera temer ser sorprendido, y de este modo me di cuenta de que ésa no podía ser



la dama de que hablaba la reina. Yo tenía relaciones galantes con otra mujer menos bella y menos severa que la señora de Themines; y no era imposible que hubiesen descubierto el sitio en que la veía; pero, como ésta me interesaba poco, podía ponerme a salvo de toda suerte de peligros, cesando de verla. De modo que resolví no decir nada a la reina y asegurarle, por el contrario, que hacía mucho tiempo que había abandonado el deseo de hacerme amar de las mujeres de las que podía esperar el serlo, porque las encontraba a casi todas indignas de merecer el afecto de un hombre honesto, y que no había más que algo que estaba muy por encima de ellas que pudiera incitarme. «No me respondéis sinceramente -replicó la reina, -me consta lo contrario de lo que decís. La manera de que os hablo tiene que obligaros a no ocultarme nada. Quiero que seáis uno de mis amigos prosiguió, -pero no quiero, al concederos ese puesto, ignorar cuáles son vuestras vinculaciones. Ved si queréis conquistar mi amistad al precio de hacérmelas conocer: os concedo dos días para que lo penséis; pero después de ese plazo pensad en lo que vais a decirme y acordaos que si más adelante me doy cuenta de que me habéis engañado, no os lo perdonaré jamás.»

»La reina se apartó de mí después de decirme estas palabras, sin esperar respuesta. Podéis imagináros lo preocupado que quedé con lo que acababa de decirme. Los dos días que me había dado para pensar en aquello, no me parecieron plazo bastante para determinarme. Yo me daba cuenta que quería saber si estaba enamorado, y que deseaba que no lo estuviese. Veía las consecuencias de la resolución que iba a tomar. Mi vanidad no se halagaba poco con tener una relación particular con una reina, y con una reina cuya persona es todavía extremadamente agradable. Por otra parte, amaba a la señora de Themines; y aunque le hiciese una especie de infidelidad con aquella otra mujer de que os he hablado, no podía resolverme a romper con ella. Veía también el peligro a que me exponía engañando a la reina, y cuán difícil era poder engañarla; no pude resolverme a rechazar lo que la fortuna me ofrecía, y me expuse a las consecuencias de lo que mi mala conducta podía atraerme. Rompí con la mujer aquella cuya relación podía descubrirse, y esperé poder ocultar la que tenía con la señora de Themines.

»Al cabo de los dos días que la reina me había concedido, al entrar en la estancia en que todas las

damas estaban reunidas, me dijo en voz alta, con una gravedad que me sorprendió: «¿Os habéis ocupado de aquel asunto de que os encargué y sabéis la verdad al respecto?» -Sí, señora, y es tal cual la dije a Vuestra Majestad. -«Venid esta noche a la hora en que escribo, y acabaré de daros mis órdenes.» Hice una profunda reverencia sin responder palabra, y no dejé de presentarme a la hora que me había fijado. La encontré en la galería acompañada de su secretario y de algunas de sus damas. Cuando me vio, se dirigió hacia mí y me llevó al otro extremo de la galería. «Y bien me dijo, -¿es después de haberlo pensado bien que no tenéis nada que decirme, y la manera como procedo con vos no merece que me habléis sinceramente?» -Es porque os hablo sinceramente, señora, que no tengo nada que deciros; y juro a Vuestra Majestad, con todo el respeto que le debo, que no tengo relaciones con ninguna dama de la Corte. -«Quiero creerlo -me dijo la reina, -porque lo deseo, y lo deseo porque quiero que me estéis completamente dedicado y no lo podríais estar si estuvieseis enamorado. No es posible fiarse de los que lo están; no es posible contar con su secreto. Están demasiado distraídos y demasiado compartidos, y sus queridas constituyen para ellos una pri-

mera ocupación que no se aviene con la manera como quiero que estéis vinculado conmigo. Acordaos, pues, de que es basada en la palabra que me dais de que no tenéis ningún compromiso, que os escojo para depositar en vos toda mi confianza. Acordaos de que quiero contar con la vuestra por entero, que quiero que no tengáis ni amiga ni amigo sino aquellos que me sean agradables, y que abandonéis todo cuidado que no sea el de agradarme. No quiero que desatendáis vuestra fortuna, yo me preocuparé de ella más que vos mismo, y, haga lo que hiciera por vos, me daré por bien recompensada si sois para conmigo tal como lo espero. Os elijo para confiaros todas mis penas y para que me ayudéis a mitigarlas. Podéis creer que no son leves. Soporto en apariencia sin mucho pesar las relaciones del rey con la duquesa de Valentinois; pero me es insoportable. Maneja al rey, lo engaña; me desprecia; cuantos me rodean le pertenecen. La reina, mi madre, orgullosa con su belleza y con el crédito de sus tíos, no me tiene consideración alguna. El condestable de Montmorency es dueño del rey y del reino; me odia y me ha dado pruebas de su odio que no puedo olvidar. El mariscal de Saint-André es un joven favorito audaz que no se conduce conmigo mejor que

los demás. El detalle de mis desgracias os dará lástima. Hasta aquí no me he atrevido a confiar en nadie: me fío en vos; haced que no me arrepienta de ello y sed mi único consuelo.» Los ojos de la reina se enrojecieron al decir estas palabras; pensé arrojarme a sus pies, tanto me impresionó la bondad que me demostraba. Desde ese día tuvo en mí entera confianza, no hizo nada sin consultármelo, y mantengo con ella una relación que todavía dura.»

**TERCERA PARTE**

Sin embargo, por mucho que me halagara y preocupara aquella vinculación con la reina, seguía interesado por la señora de Themines, no consiguiendo vencer esta inclinación natural por ella. Me parecía que iba dejando de amarme, y en vez de servirme juiciosamente del cambio que notaba en ella para acabar de amarme, mi amor redobló, y me conduje tan mal, que la reina tuvo alguna noticia de esta relación. Los celos son naturales en las personas de su nación, y quizás esta princesa sienta por mí un afecto más vivo del que ella misma piensa. En fin, el rumor de que yo estaba enamorado le dio tan grandes inquietudes y tan grandes disgustos, que me pareció estar completamente perdido para con ella. La tranquilicé a fuerza de halagos, de atenciones, de falsos juramentos; pero no hubiera podido enga-

ñarla mucho tiempo si el cambio de la señora de Themines no me hubiera apartado, a pesar mío, de ella. Me demostró que ya no me amaba, y tanto me persuadí de esto, que me vi obligado a no mortificarla más y a dejarla tranquila. Algún tiempo después me escribió la carta que he perdido. Supe por ella que había sabido la relación que yo había tenido con aquella otra mujer de que os he hablado, y que ésa fue la causa de su cambio. Como yo no tenía entonces nada que me distrajera, la reina estaba bastante contenta conmigo; pero como los sentimientos que tengo por ella no son de naturaleza que me vuelva incapaz de todo otro afecto, y como uno no se enamora por su voluntad, me prendé de la señora de Martigues, por quien había tenido ya mucha inclinación cuando era Villemontais y doncella de la Reina Delfina. Tengo motivos para creer que no me odia; la discreción que observo con ella, y cuyas causas ignora, le es agradable. La reina no sospecha nada a su respecto; pero tiene otra que no me es menos molesta. Como la señora de Martigues está siempre con la Reina Delfina, voy allí con más frecuencia que de costumbre. La reina se ha imaginado que es de esta princesa de quien estoy enamorado. El rango de la Reina Delfina que es igual al

suyo y la belleza y la juventud con que la supera, le dan unos celos que llegan hasta el furor, y un odio contra su nuera que no puede disimular. El cardenal de Lorena, que me parece aspira desde hace algún tiempo a los favores de la reina, y ve muy claro que yo ocupo un puesto que él ambiciona, so pretexto de reconciliar a la Delfina con ella, se ha mezclado en las desavenencias habidas entre ambas. No dudo que ha puesto en claro la verdadera razón de los enojos de la reina, y temo que me esté haciendo todo el daño posible, sin dejarle advertir que tiene tal empeño. Tal es el estado de las cosas en este momento. Juzgad qué efecto puede hacer la carta que he perdido, y que por desgracia me había echado en el bolsillo para devolvérsela a la señora de Themines. Si la reina ve esa carta, conocerá que la he engañado y que casi a la vez que yo la engañaba a ella por la señora de Themines, engañaba a la señora de Themines con otra; juzgad qué idea le puede dar eso de mí, y si se fiará jamás de mi palabra. ¿Si ve esa carta, qué le diré? Sabe que ha sido puesta en manos de la Delfina; creerá que Charstelart reconoció la letra de esta reina, y que la carta es de ella; se imaginará que la persona por quien demuestra celos es quizás ella misma; en fin, no hay cosa que no pueda



pensar ni que yo no pueda temer de sus pensamientos. Agregad a esto que estoy muy interesado por la señora de Martigues, que seguramente la Delfina le mostrará esa carta, que se imaginará escrita hace poco tiempo. De manera que quedaré peleado con la persona a quien quiero más en el mundo, y también con la persona a quien más debo temer. Decidme, después de esto, si no tengo razón en suplicaros que vayáis a retirarla de manos de la Delfina.

-Ya veo -dijo el señor de Nemours, -que no se puede estar en situación más difícil que la en que os encontráis, y hay que confesar que lo merecéis. A mí se me ha acusado de no ser un amante fiel y de tener varias amantes a la vez; pero vos me sobrepasáis de tal modo, que ni me hubiera atrevido a imaginar las cosas que vos habéis hecho. ¿Podíais pretender conservar a la señora de Themines al comprometeros con la reina, y esperabais comprometeros con la reina y poder engañarla? Es italiana y reina, y por lo tanto está llena de sospechas, de celos y de orgullo. Cuando vuestra buena estrella, más que vuestra buena conducta, os libró de los compromisos que teníais, adquiristeis otros, y os imaginasteis que en medio de la Corte podríais amar a la señora de

Martigues sin que la reina lo notara. Toda precaución era poca para ahorrarle la vergüenza de haber dado ella los primeros pasos: tiene por vos una pasión violenta. Vuestra discreción os impide decírmelo y la mía preguntároslo; pero, en fin, os ama, desconfía, y la verdad está en vuestra contra. -¿Os toca a vos abrumarme a reproches -interrumpió el «vidame», -y vuestra experiencia no os debe tomar indulgente con mis faltas? Quiero, sin embargo, reconocer que he hecho mal; pero tratad, os lo suplico, de sacarme del abismo en que estoy. Me parece que convendría que vieseis a la Reina Delfina, cuando ésta despertara, para pedirle esa carta, diciéndole que la perdisteis. -Ya os he dicho -repuso el señor de Nemours, -que la proposición que me hacéis es algo extraordinaria, y que mi interés particular puede oponerle tropiezos; por otra parte, si han visto caer esa carta, de vuestro bolsillo, me parece difícil que yo pueda persuadir a nadie que ha caldo del mío. -Creía haberos dicho -respondió el «vidame», -que le han dicho a la Reina Delfina, que cayó del vuestro... -¡Cómo! -repuso bruscamente el señor de Nemours, que vio en aquel instante el mal juego que aquella equivocación podía hacerle con la señora de Cleves. -¿Le han dicho a la Reina Delfina que soy yo

el que perdió esa carta? -Sí -prosiguió el «vidame», -se lo han dicho, y lo que hizo incurrir en esa equivocación es que había varios gentileshombres del séquito de las reinas en una de las piezas de la cancha de pelota donde estaban nuestras ropas, y que vuestros servidores y los míos las fueron a buscar a la vez. Entonces cayó la carta y aquellos gentileshombres la recogieron y leyeron en voz alta. Unos creyeron que era vuestra y otros que era mía. Chastelart que la tomó y a quien acabo de mandársela pedir, dijo que se la había entregado a la Reina Delfina como vuestra; y los que han hablado con la reina han dicho, por desgracia, que era mía; de manera que nada os cuesta hacer lo que os pido y sacarme de la dificultad en que estoy.

El señor de Nemours siempre había querido mucho al «vidame» de Chartres, y el parentesco que tenía con la señora de Cleves lo hacía aún más caro. Sin embargo, no se resolvía a arriesgarse a que ella oyese hablar de aquella carta como de algo en que él tenía interés. Se puso a meditar profundamente y sospechando el «vidame» el objeto de su cavilación le dijo: «Veo bien que teméis pelearos con una querida, y hasta me hacéis pensar que es la Reina Delfina, sí los pocos celos que le demostráis al señor de

Anville no me quitase esa idea; pero, sea como fuere, es justo que no sacrificuéis vuestra tranquilidad a la mía, y quiero daros los medios de hacerle ver a aquella a quien amáis que esa carta está dirigida a mí y no a vos. Aquí tenéis una carta de la señora de Amboise, que es amiga de la señora de Themines, y a quien ella ha confiado todos los sentimientos que tuvo por mí. En esta esquila me pide la carta de su amiga, que he perdido. Mi nombre está en la esquila, y lo que ésta contiene demuestra, sin duda posible, que la carta que se me pide es la misma que ha sido hallada. Pongo esta esquila en vuestras manos, y consiento en que la mostréis a vuestra amante para justificaros. Os suplico que no perdáis un momento y que vayáis esta mañana a hablarle a la Reina Delfina.»

El señor de Nemours se lo prometió al «vidame» de Chartres, y tomó la esquila de la señora de Amboise; sin embargo, su propósito no era ver a la Reina Delfina, pareciéndole que había que hacer algo más urgente. No dudaba que aquella le hubiera ya hablado de la carta a la señora de Cleves y no podía soportar que una persona de quien estaba tan perdidamente enamorado pudiera creer que tenía un enredo con otra.

Fue a casa de ella a la hora en que creyó que podía estar despierta, y le hizo decir que no solicitaría el honor de verla a hora tan extraordinaria si un asunto importante no lo obligara a ello. La señora de Cleves estaba todavía en el lecho, con el espíritu agriado y agitado por los tristes pensamientos que habla tenido durante la noche. Quedó muy sorprendida cuando le dijeron que el señor de Nemours deseaba verla. La acritud que la dominaba hizo que no vacilara en responder que estaba enferma y que no podía hablarle.

El príncipe no se ofendió con la negativa; una demostración de frialdad en un momento en que podía estar celosa no era de mal augurio. Se dirigió al departamento del señor de Cleves y le dijo que acababa de estar en el de su señora; que sentía mucho no haber podido conversar con ella porque tenía que hablarle de un asunto importante para el «vidame» de Chartres. Le hizo comprender al señor de Cleves la importancia del asunto, y aquél lo condujo al instante a las habitaciones de su mujer. Si no hubiera estado a oscuras le hubiera costado ocultar su turbación y su sorpresa al ver entrar al señor de Nemours llevado por su marido. El señor de Cleves lo dijo que se trataba de una carta que reclamaba su

ayuda en favor del «vidame»; que viera con el señor de Nemours qué era lo que podía hacer, y que, en cuanto a él se marchaba a ver al rey, que acababa de mandarle llamar.

El señor de Nemours quedó sólo con la señora de Cleves, como lo deseaba. «Vengo a preguntaros, señora, si la Reina Delfina os ha hablado de una carta que Chastelart puso ayer en sus manos. -Algo me habló -dijo la señora de Cleves, -pero no veo qué relación pueda tener esa carta con los intereses de mi tío, y puedo aseguraros que no se le nombra en ella. -Es cierto, señora, no se le nombra -replicó el señor de Nemours; -sin embargo, está dirigida a él, y tiene mucho interés en que vos la retiréis de las manos de la Delfina. -No acierto a comprender -repuso la señora de Cleves, -qué interés tiene en que esa carta no sea vista, y por qué hay que pedirla en su nombre. -Si consentís en escucharme, señora -dijo el señor de Nemours, -en seguida os haré ver la verdad, y sabréis cosas tan importantes para el señor «vidame», que no se las habría confiado ni aún al señor príncipe de Cleves si no hubiese tenido necesidad de su ayuda para conseguir hablaros. -Creo que todo cuanto os molestéis en decirme sería inútil -respondió la señora de Cleves con acento

bastante seco, -y vale más que vayáis a ver a la Reina Delfina, y que, sin apelar a subterfugios, le digáis que tenéis interés en esa carta, puesto que, por otra parte, le han dichos que procede de vos.»

La acritud que el señor de Nemours notaba en el espíritu de la señora de Cleves le causaba el más grato placer que hubiera sentido nunca y compensaba su impaciencia por justificarse. «Yo no sé, señora, qué ha podido decir la Delfina; pero yo no tengo ningún interés en esa carta que está dirigida al señor «vidame». -Así lo creo -replicó la señora de Cleves; -pero le han dicho lo contrario a la Delfina, y no le parece verosímil que las cartas del «vidame» caigan de vuestro bolsillo: es por esta razón que, a menos que tengáis algún interés en ocultarle la verdad a la Delfina, os aconsejo que se la confeséis. -No tengo nada que confesar -repuso el príncipe; -la carta no está dirigida a mí, y si hay alguien a quien desee persuadir de esto no es a la Delfina; pero, como en este asunto, señora, está envuelta la fortuna del señor «vidame», tolerad que os cuente cosas que, por otra parte, son dignas de vuestra curiosidad.» La señora de Cleves demostró con su silencio que estaba pronta a escucharle, y el señor de Nemours le contó lo más sucintamente que pudo todo lo que

acababa de decirle el «vidame». Aunque fueran cosas capaces de causar sorpresa y dignas de ser escuchadas con atención, la señora de Cleves las oyó con una frialdad tan grande, que parecía que no las creyera verdaderas o que le fuesen indiferentes. Su espíritu permaneció en la misma situación hasta que el señor de Nemours le habló de la carta de la señora de Amboise, dirigida al «vidame» de Chartres y que era la prueba de todo lo que acababa de decirle. Como la señora de Cleves sabía que aquella dama era amiga de la señora de Themines, encontró una apariencia de verdad en lo que le decía el señor de Nemours, haciéndole pensar que, en efecto, la carta no estaba dirigida a él. Esta idea la sacó de pronto y a pesar suyo de la frialdad que había demostrado hasta entonces. El príncipe, después de haberle leído aquel billete, que era su justificación, se lo presentó para que lo leyera y reconociese la letra; no pudo dejar de temarlo, de mirar el encabezamiento para ver si estaba dirigida al «vidame» de Chartres, y de leerlo todo para juzgar si la carta que le pedían era la misma que ella tenía entre sus manos. El señor de Nemours le dijo cuanto pensó que concurriría a persuadirla; y como siempre persuade con



facilidad una verdad agradable, convenció a la señora de Cleves de que la carta no era para él.

Entonces comenzó a conversar con el príncipe de la dificultad y del peligro en que estaba el «vidame», a censurarlo por su mala conducta y a buscar los medios de ayudarle. Se sorprendió de la conducta de la reina; le confesó al señor de Nemours que tenía la carta en su poder, y, en fin, cuando lo creyó inocente aceptó con tranquilidad y franqueza las mismas cosas que antes no había querido oír. Convinieron en que no se le debía devolver la carta a la Reina Delfina, por temor de que se la mostrara a la señora de Martigues, que conocía la letra de la señora de Themines y que a causa del interés que tenía por el «vidame», en seguida comprendería que le estaba dirigida a éste. Convinieron también en que no se debía confiarle a la Reina Delfina todo lo que se refería a la reina, su suegra. La señora de Cleves, so pretexto del interés por los asuntos de su tío, se comprometía gustosa a guardar todos los secretos que le confiaba el señor de Nemours.

Este príncipe no se hubiese limitado a hablarle de los intereses del «vidame», y la oportunidad de hallarse a solas había acabado por darle el atrevimiento de hacerlo, si no hubieran venido a decirle a

la señora de Cleves que la Reina Delfina le ordenaba que fuera a verla. El señor de Nemours se vio obligado a retirarse. Fue a ver al «vidame» para decirle que, después de haberlo dejado, había pensado que era más acertado dirigirse a la señora de Cleves, que era sobrina suya, que ir directamente a ver a la Delfina. No le faltaron razones para hacerle esperar un buen éxito.

Mientras tanto, la señora de Cleves se vistió apresuradamente para ir a ver a la Reina Delfina. Apenas apareció en su alcoba, la princesa la hizo aproximarse, y le dijo en voz baja: «Hace dos horas que os estoy esperando, y nunca me he visto en mayor apuro para disimular la verdad como esta mañana. La reina ha oído hablar de la carta que os di ayer, cree que es el «vidame» de Chartres el que la dejó caer: ya sabéis que tiene algún interés por él. Ha hecho buscar esa carta; se la ha hecho pedir a Chastelart; éste dijo que me la había dado; han venido a pedírmela so pretexto de que es una linda carta que la reina tenía curiosidad de leer. No me he atrevido a decir que la teníais vos; pensé que se imaginaría que la había puesto en vuestras manos a causa del «vidame», vuestro tío, y que estuviéramos en estrecha inteligencia él y yo. Ya me ha parecido no-

tar que le causaba desagrado el que él me viera con frecuencia, de modo que dije que la carta estaba en las ropas que vestí ayer y que la persona que tiene las llaves había salido. Dadme en seguida, esa carta -agregó, -a fin de que se la mande, y de que antes la lea yo para ver si reconozco la letra.»

La señora de Cleves se encontró en una situación más difícil de lo que pensara. «Yo no sé, señora, qué podréis hacer -le respondió, porque el señor de Cleves, a quien se la di para que la leyera, se la devolvió al señor de Nemours, quien fue a verlo esta mañana para rogarle que os la pidiera a vos. El señor de Cleves tuvo la imprudencia de decirle que la tenía en su poder, y además incurrió en la debilidad de ceder a las súplicas del señor de Nemours para que se la devolviera. -Me ponéis en la situación más difícil en que es posible encontrarse -replicó la Delfina, -y habéis hecho mal en devolverle esa carta al señor de Nemours; puesto que era yo quien os la había dado, no podíais devolverla sin mi permiso. ¿Qué queréis que le diga a la reina y qué podrá imaginar ésta? Creerá, y con alguna razón, que esa carta me pertenece, y que algo hay entre el «vidame» y yo. Jamás se la convencerá de que esa carta sea para el señor de Nemours. -Estoy muy afligida -respondió

la señora de Cleves, del disgusto que os causa: comprendo toda su importancia; pero es culpa del señor de Cleves y no mía. - Es culpa vuestra, - replicó la Delfina, -porque le disteis la carta; vos sois la única mujer del mundo que le confíe cuanto sabe a su marido.-Creo que, hice mal -replicó la señora de Cleves, -pero pensad en remediar mi falta en vez de examinarla. -¿No recordáis más o menos lo que decía esa carta? -dijo entonces la Reina Delfina. -Sí, señora -le respondió, -la recuerdo bien, porque la leí más de una vez. -Si es así -replicó la señora Delfina, -es preciso que vayáis en seguida a hacerla escribir por una mano desconocida: yo se la enviaré a la reina; ella no se la mostrará a los que la han visto, y aún cuando lo hiciera yo sostendría siempre que fue la que Chastelart me entregó y él no se atreverá a decir lo contrario.»

La señora de Cleves aceptó aquel expediente, tanto más cuanto que pensó que mandaría llamar al señor de Nemours para que le diera la carta y hacerla copiar palabra por palabra, imitando con más o menos perfección la letra y pensó que la reina sería infaliblemente engañada. Cuando hubo llegado a su casa le contó a su marido el trance en que estaba la Reina Delfina, y le rogó que mandara buscar al

señor de Nemours. Le buscó y éste acudió en seguida. La señora de Cleves le dijo todo lo que ya le había dicho a su marido, y le pidió la carta; pero el señor de Nemours contestó que se la habla devuelto al «vidame» de Chartres, que se alegró tanto al recuperarla y verse fuera del peligro que había corrido y que en el acto se la mandó a la amiga de la señora de Themines. La señora de Cleves se vio otra vez en gran aprieto, pero, después de haberlo pensado bien, resolvieron escribir la carta de memoria. Se encerraron para trabajar; se dio orden a la portería de no dejar entrar a nadie, y se despidió a la servidumbre del señor de Nemours. Este aire de misterio y de confidencia no tenía poco encanto para este príncipe, y hasta para la señora de Cleves. La presencia de su marido y los intereses del «vidame» de Chartres tranquilizaban hasta cierto punto sus escrúpulos; sólo sentía el placer de ver al señor de Nemours; sentía una alegría pura y sin mezcla que nunca había experimentado; esta alegría le daba una libertad y amenidad de espíritu que el señor de Nemours no le había visto nunca y que duplicaban su amor. Como todavía no había pasado tan agradables momentos, su vivacidad era aún mayor, y cuando la señora de Cleves quiso recordar la carta y es-

cribirla, el príncipe, en vez de ayudarla seriamente, no hacía más que interrumpirla y decirle cosas graciosas. La señora de Cleves también se puso de buen humor, de manera que ya hacía rato que estaban encerrados, y ya habían ido dos veces de parte de la Reina Delfina a decirle a la señora de Cleves que se apresurara, cuando aún no había escrito la mitad de la carta.

El señor de Nemours estaba muy contento con hacer durar un momento que le era tan agradable, y se olvidaba de los intereses de su amigo. La señora de Cleves tampoco se aburría y olvidaba los intereses de su tío. En fin, solamente a las cuatro estuvo la carta terminada; pero estaba tan mal hecha, y la letra conque se la hizo copiar se parecía tan poco a la que se había querido imitar, que hubiera sido preciso que a la reina no se le ocurriera esclarecer la verdad para que no la llegara a conocer: así fue que no se engañó. Por más empeño que se pusiera en persuadirla que aquella carta estaba dirigida al señor de Nemours, quedó convencida, no sólo de que era para el «vidame» de Chartres, sino que creyó que la Reina Delfina tenía que ver en ella, y que existía alguna inteligencia entre los dos. Esta idea aumentó de tal modo el odio que le tenía a esta princesa, que

no la perdonó jamás, y la persiguió hasta que consiguió hacerla salir de Francia.

En cuanto al «vidame» de Chartres quedó perdido para ella, y sea que el cardenal de Lorena dominara ya en su espíritu, o que la aventura de aquella carta, que le demostró que era engañada, le ayudara a poner en claro las otras confidencias del «vidame», lo cierto es que éste no pudo jamás reconciliarse seriamente con la reina. Su relación se rompió, y ella lo perdió en seguida en la conspiración de Amboise, en la que se vio mezclado.

Después que le hubieron mandado la carta a la Delfina, el señor de Cleves, y el señor de Nemours se marcharon. La señora de Cleves quedó sola, y cuando no se sintió sostenida por esa alegría que da la presencia de aquel a quien se ama, le pareció despertar de un sueño; consideró con sorpresa la prodigiosa diferencia del estado en que se había hallado por la noche con aquél en que se hallaba; evocó la acritud y la frialdad que le había demostrado al señor de Nemours mientras creyó que la carta de la señora de Themines era dirigida a él; qué calma, y qué dulzura habían sucedido a aquella acritud cuando se persuadió de que aquella carta no le interesaba. Cuando pensaba que el día precedente se había

reprochado como un crimen el haberle dado muestras de sensibilidad que la compasión por sí sola podía haber originado, y que con su acritud le había dado muestras de celos que eran pruebas indudables de pasión, no se reconocía a sí misma. Y cuando pensaba que el señor de Nemours veía muy bien que ella conocía su amor; que, a pesar de ese conocimiento, no lo trataba peor por eso ni aun en presencia de su marido; que, por el contrario, nunca lo había mirado tan favorablemente; que ella era causa de que el señor de Cleves lo hubiese mandado llamar, y que acababan de pasar toda una tarde juntos, le parecía que estaba en inteligencia con el señor de Nemours; que engañaba al marido que menos lo merecía en el mundo; y se sentía avergonzada de parecer tan poco digna de estima ante los propios ojos de su amante. Pero lo que podía soportar menos que todo lo demás era el recuerdo del estado en que había pasado la noche, y los punzantes dolores que le había causado el pensamiento de que el señor de Nemours amaba a otra y la engañaba.

Había ignorado hasta entonces las inquietudes mortales de la desconfianza y de los celos; no había pensado hasta entonces más que en defenderse de



amar al señor de Nemours, y todavía no había comenzado a temer que amara a otra.

Aunque las sospechas que le había dado aquella carta estuviesen borradas, no dejaron de abrírle los ojos sobre la posibilidad de ser engañada, y de darle impresiones de desconfianza y de celos que no había tenido nunca. Se sorprendió al ver que nunca había pensado que un hombre como el señor de Nemours, que siempre se había mostrado tan ligero con las mujeres, fuera capaz de un amor sincero y durable. Le pareció que era casi imposible que ella pudiera estar contenta con su pasión. «Pero, aún cuando pudiera estarlo, se decía, ¿para qué me serviría? ¿Quiero soportarla? ¿Quiero corresponderla? ¿Quiero comprometerme en una galantería? ¿Quiero faltarle al señor de Cleves? ¿Quiero faltarme a mí misma? ¿O quiero, en fin, exponerme a los crueles arrepentimientos y a los mortales dolores que causa el amor? Estoy vencida y dominada por una inclinación que me arrastra a pesar mío, todas mis resoluciones son inútiles; pensaba ayer todo lo que pienso hoy y hago hoy todo lo contrario de lo que resolví hacer ayer. Es preciso que huya de la presencia del señor de Nemours; es preciso que me vaya al campo, por extraño que pueda parecer mi viaje; y si el

señor de Cleves se empeñaba en impedirlo o en querer saber mis razones, quizás le haga a él, y a mí también, el daño de decírselas.» Adoptó esta resolución, y pasó toda la tarde en su casa, sin ir a saber, por la Reina Delfina, qué había sucedido con motivo de la carta fatal del «vidame».

Cuando el señor de Cleves volvió, le dijo que quería ir al campo, que se sentía mal, y que tenía necesidad de tomar aire. El señor de Cleves, a quien la belleza de su aspecto no lo persuadía de que sus males fueran considerables, se burló al principio de aquella proposición de viaje, y le respondió que olvidaba que iban a realizarse las bodas de las princesas y el torneo, y que no le quedaba mucho tiempo para prepararse a fin de comparecer con la misma magnificencia que las otras damas. Las razones de su marido no la hicieron cambiar de resolución; le rogó consintiese que mientras él iba a Compiègne con el rey, ella fuese a Colomiers, que era una hermosa casa a una legua de París, que estaba haciendo edificar con esmero. El señor de Cleves consintió. Ella fue allá con el propósito de no volver muy pronto y el rey partió para Compiègne, donde no debía permanecer más que pocos días.

El señor de Nemours sufría mucho por no haber vuelto a ver a la señora de Cleves desde aquella tarde que pasó tan agradablemente con ella, y que había hecho aumentar sus esperanzas. Tenía una impaciencia por volver a verla que no le daba descanso, de modo que, cuando el rey regresó a París, resolvió ir a casa de su hermana, la duquesa de Mercoeur, que estaba en el campo, bastante cerca de Colomirs. Le propuso al «vidame» que fueran juntos, éste aceptó sin dificultad la proposición, y el señor de Nemours lo hizo con la esperanza de ver a la señora de Cleves, y de ir a su casa con el «vidame».

La señora de Mercoeur los recibió con mucha alegría, y no pensó más que en divertirlos y proporcionarles todos los placeres del campo. Habiendo salido a cazar al ciervo, el señor de Nemours se extravió en el bosque. Averiguando el camino que tenía que tomar para volverse, supo que estaba cerca de Colomiers. Al oír este nombre, sin reflexión previa y sin saber qué iría a hacer allí, se dirigió a galope al sitio que le indicaran. Llegó por el bosque y se dejó llevar por caminos bien cuidados y que pensó con acierto que conducirían al castillo. Encontró al final de aquellos caminos un pabellón, cuyo piso bajo lo formaban un gran salón acompañado de dos

piezas, una de las cuales estaba abierta sobre un jardín que sólo le separaba del bosque una cerca, y la segunda daba sobre una gran avenida del parque. Entró al pabellón, y se hubiera puesto a contemplar su belleza, si no hubiese visto llegar por aquella avenida del parque al señor y a la señora de Cleves, acompañados de gran número de sirvientes. Como no contaba encontrarse con el señor de Cleves, a quien había dejado junto al rey, su primer impulso fue ocultarse; entró en el gabinete que daba al jardín, con la idea de salir por una puerta que estaba abierta sobre el bosque; pero, viendo que la señora de Cleves y su marido se habían sentado bajo el pabellón, que los sirvientes permanecían en el parque, y que no podía llegar hasta él sin pasar por el sitio en que estaban el señor y la señora de Cleves, no pudo resistir al placer de ver a esta princesa ni a la curiosidad de oír la conversación que sostenía con un marido que le daba más celos que todos sus rivales.

Oyó que el señor de Cleves le decía a su mujer: «¿Pero por qué no queréis volver a París? ¿Qué os puede retener en el campo? Tenéis, desde hace algún tiempo, un amor a la soledad que me sorprende, y que me aflige porque nos separa. Os noto, además, más triste que de costumbre y temo que tengáis al-

gún motivo de aflicción. -No tengo nada que me apene -le respondió ella, con expresión confusa; -pero el tumulto de la Corte es tan grande, y hay siempre tanta gente junto a vos, que es imposible que el cuerpo y el espíritu no se fatiguen y no se busque el reposo. -El reposo -le replicó él, -no es propio para una persona de vuestra edad. Estáis en la Corte y en vuestra casa en una forma que no puede cansaros, y más bien temo que lo que deseáis es estar separada de mí. -Me haríais una gran injusticia al pensar así -le replicó ella con una confusión que iba en aumento; -pero os suplico que me dejáis aquí. Si vos quisierais quedaros me daríais gran alegría, con tal de que os quedarais solo y sin ese número infinito de personas que no se os separan casi nunca. -¡Oh! Señora -exclamó el señor de Cleves, -vuestra expresión y vuestras palabras me demuestran que tenéis razones, que ignoro, para desear estar sola, y os ruego que me las digáis.» La instó largo rato para que se las dijera, sin conseguir que accediera; y después que se hubo resistido de una manera que aumentaba aún más la curiosidad del marido, permaneció en un profundo silencio, la vista baja; luego, de pronto, tomando la palabra y mirándole: «No me obliguéis -le dijo, -a confesaros una cosa

que no me atrevo a deciros, aunque varias veces haya tenido este propósito. Pensad solamente que una mujer de mi edad y dueña de su conducta, está expuesta en medio de la Corte. -¡Qué me queréis dar a entender, señora -exclamó el señor de Cleves; -no me atreveré a decíroslo por temor de ofenderos!» La señora de Cleves no respondió, y su silencio acabó de confirmar a su marido en lo que había pensado. -«No me contestáis nada -repuso, -y eso es decirme que no me equivoco. -Pues bien, señor -le respondió ella postrándose de rodillas, -voy a haceros una confesión que jamás se ha hecho a un marido; pero la inocencia de mi conducta y de mis intenciones me dan fuerzas para ello. Es cierto que tengo razones para alejarme de la Corte, y que quiero evitar los peligros en que a veces se encuentran las personas de mi edad. Jamás he dado una prueba de debilidad, y no temería darla nunca, si me permitierais retirarme de la Corte, o si aún contara con la señora de Chartres para ayudarme a conducirme. Por peligrosa que sea la resolución que adopto, la tomo con alegría para conservarme digna de ser vuestra esposa. Os pido mil perdones si abrigo sentimientos que os desagradan, pero al menos no os desagradaré nunca con mis actos. Pensad que para hacer lo que hago,

es preciso tener por un marido más amistad y estima de las que se han visto nunca. Guiadme, tened piedad de mí, y amadme aún si lo podéis.»

El señor de Cleves había permanecido, mientras su mujer le decía aquellas palabras, con la cabeza apoyada en las manos, fuera de sí, y no había pensado siquiera en hacerla alzar.

Cuando ella cesó de hablar y la miró y la vio a sus pies, la cara cubierta de lágrimas y de una belleza tan admirable, pensó morir de dolor y al hacerla erigir la besó. «Tened piedad vos misma de mí, señora; soy digno de ella, y perdonadme si en los primeros momentos de una aflicción tan honda como es la mía, no respondo como debo a una actitud como la vuestra. Me parecéis más digna de estima y de admiración que todas las mujeres que han existido en el mundo; pero también me siento el más desdichado de los hombres. Me aprisionasteis desde el primer momento en que os vi; vuestros rigores y vuestra posesión no han podido apagar ese fuego, que todavía dura; no he podido inspiraros amor y veo que teméis sentirlo por otro. ¿Y quién es, señora, ese hombre dichoso que os inspira ese temor? ¿Desde cuándo os gusta? ¿Qué ha hecho para agradaros? ¿Qué camino ha encontrado para llegar hasta

vuestro corazón? Yo me había consolado hasta cierto punto de no haberlo interesado, pensando que era incapaz de ello; sin embargo, otro ha hecho lo que yo no pude; siento a la vez los celos del marido y los del amante; pero es imposible sentir los del marido después de una conducta como la vuestra. Es demasiado noble para no dar una seguridad completa, y hasta me consuela como vuestro amante. La confianza y la sinceridad que habéis tenido conmigo son de un valor infinito; vos me estimáis lo bastante para comprender que yo no abusaré de esta confesión. Tenéis razón, señora, no abusaré de ella, no os amaré menos tampoco. Me hacéis desgraciado con la mayor prueba de fidelidad que una mujer haya dado a su marido; pero, concluid, señora, y decid quién es el hombre a quien queréis evitar. -Os suplico que no me lo preguntéis -le contestó ella; -estoy resuelta a no decíroslo, y creo que la prudencia exige que no os lo nombre. -No temáis nada, señora -repuso el señor de Cleves; -conozco demasiado el mundo para ignorar que la consideración a un marido no impide que uno se enamore de su mujer. Se debe odiar a los que lo están, pero no quejarse; y otra vez más, señora, os suplico que me digáis lo que deseo saber. -Me instaríais inútilmente



-le replicó ella; -tengo la energía necesaria para no decirlo lo que creo que no debo confiaros. La confesión que acabo de haceros no es una prueba de debilidad, y se necesita más valor para confesar esa verdad que para empeñarse en ocultarla.»

El señor de Nemours no perdía una palabra de aquella conversación; y lo que acababa de decir la señora de Cleves no le daba menos celos que a su marido. Estaba tan perdidamente enamorado de ella que creía que a todos inspiraba los mismos sentimientos. Era verdad, además, que tenía varios rivales; pero él se imaginaba que eran más todavía, y su espíritu se extraviaba buscando a aquel de quien la señora de Cleves quería hablar. Le había parecido notar varias veces que no le era desagradable, pero había fundado su juicio sobre cosas que le parecían tan fútiles en este momento, que no podía imaginarse que había causado una pasión tan violenta como para que obligara a recurrir a un remedio tan heroico. Estaba tan exaltado que casi no se daba cuenta de lo que veía, y no le perdonaba al señor de Cleves que no instase con más energía a su mujer para que le dijese el nombre que le ocultaba.

El señor de Cleves hacía, sin embargo, el mayor esfuerzo para saberlo, y, después de instarla inútil-

mente, ella le dijo: «Me parece que debéis estar satisfecho de mi sinceridad; no me preguntéis más, y no me deis lugar a arrepentirme de lo que acabo de hacer; contentaos con la seguridad que os doy, además, de que mis acciones no han dejado traslucir nunca mis sentimientos, y que jamás se me ha dicho nada que me pudiera ofender. -¡Ah! señora -repuso de pronto el señor de Cleves, -no me es posible creer eso. Recuerdo la confusión que tuvisteis el día en que se perdió vuestro retrato. Habéis dado, señora, habéis dado, ese, retrato que estimaba tanto, y que me pertenecía tan legítimamente. No pudisteis ocultar vuestros sentimientos; vos amáis, eso es indudable; vuestra virtud os ha preservado hasta aquí de lo demás. -¿ Es posible que creáis que puede haber algún disimulo en una confesión como la mía, que ningún motivo me obligaba a hacerlos? Fiaos de mis palabras: es por un precio bien alto que compro la confianza que os pido. Creedme, os lo juro, yo no di vuestro retrato; es cierto que vi cuando lo tomaban; pero no quise demostrar que lo veía, por temor de exponerme a que se me dijeran cosas que aún no me han sido dichas. -¿De qué modo se os ha hecho ver que se os amaba -repuso el señor de Cleves, -y qué muestras de pasión se os han dado? -Evitadme

el disgusto -replicó la princesa, -de repetir detalles que me da vergüenza a mí misma haberlos notado, y que bastante me han persuadido de mi debilidad. -Tenéis razón, señora, soy injusto; negadme tales cosas toda vez que os las pida; pero no os ofendáis si os las pido.»

En ese momento, varios de los sirvientes que habían quedado en los senderos, vinieron a advertir al señor de Cleves que un gentilhombre venía a buscarle de parte del rey, para que a la tarde estuviera en París. El señor de Cleves se vio obligado a partir, y no pudo decirle nada a su mujer sino que le suplicaba fuese a reunírsele al día siguiente, y que le rogaba creyese que, aunque estuviese muy afligido, tenía por ella una ternura y una estimación de que debía estar satisfecha.

Cuando el príncipe se hubo ido y la señora de Cleves quedó sola, consideró lo que acababa de hacer y le causó tal impresión de espanto, que apenas podía creer que fuera cierto. Le pareció que ella misma se había desprendido del corazón y de la estima de su marido y que se había sumido en un abismo del que no saldría jamás. Se preguntaba por qué había dado paso tan azaroso, y le pareció que había sido casi sin proponérselo. La singularidad de

semejante confesión, de la que no conocía ejemplo, le hacía ver todo su peligro.

Pero cuando pensaba que ese remedio, por violento que fuera, era el único que podía defenderla del señor de Nemours, le parecía que no debía de arrepentirse, y que no había arriesgado demasiado. Pasó toda la noche llena de incertidumbre, de turbación y de temor; pero por último la calma volvió al espíritu y hasta encontró un consuelo en haber dado aquel testimonio de fidelidad a un marido que tanto lo merecía, que tenía tanta estimación y amistad por ella, y que acababa de darle nuevas pruebas de esto por la manera cómo recibió lo que ella le confesara.

Por su parte, el señor de Nemours salió del sitio en que había oído una conversación que lo afectaba tan sensiblemente, y se internó en el bosque. Lo que dijera la señora de Cleves de su retrato le devolvió la vida, haciéndole ver que era él a quien no odiaba. Se entregó primero a aquella alegría; pero no fue larga, pues pensó que a la vez que acababa de saber que había interesado el corazón de la señora de Cleves, debía de persuadirse que nunca recibiría ninguna prueba del ello, ya que no era posible esperar nada de una persona que había recurrido a remedio tan extraordinario. Sintió, sin embargo, un hondo

placer al haberla reducido a tal extremo. Se enorgulleció por haberse, hecho amar de una mujer tan diferente de todas las de su sexo; y, por fin, se encontró a la vez muy feliz y muy desgraciado. La noche lo sorprendió en el bosque, y le costó mucho trabajo encontrar el camino que lo llevara a casa de la señora de Mercoeur. Llegó al clarear el día. Se vio en apuros para explicar su tardanza, salió del paso lo mejor que pudo y ese mismo día regresó a París con el «vidame».

El príncipe estaba tan preocupado con aquella pasión, y tan sorprendido por lo que había oído, que cayó en una imprudencia bastante común, que es hablar en términos generales de los sentimientos particulares, y contar sus propias aventuras con nombres de convención. Al regreso encaminó la conversación hacia el amor, exageró el placer de estar enamorado de una persona digna de ser amada; habló de los extraños efectos de esa pasión, y en fin, no pudiendo ocultar la sorpresa que le causaba la conducta de la señora de Cleves, se la contó al «vidame» sin nombrar a nadie, y sin decirle que él tuviera nada que ver en aquello; pero lo contó con tanto calor y con tanta admiración, que el «vidame» sospechó sin dificultad que aquella historia se refe-

ría al propio príncipe. Lo instó mucho para que se lo confesara; le dijo que hacía tiempo había comprendido que tenía alguna pasión violenta, y que era injusto desconfiara de un hombre que le había revelado el secreto de su vida. El señor de Nemours estaba demasiado enamorado para confesar su amor; siempre lo había ocultado al «vidame», aunque fuese el hombre de la Corte a quien más quería. Le respondió que un amigo suyo le había contado aquella aventura, que le había prometido no repetirla y le pedía que él también guardara el secreto. El «vidame» le prometió no decir palabra; pero, sin embargo, el señor de Nemours se arrepintió de haberle hablado tanto.

Entretanto, el señor de Cleves había ido a ver al rey, con el corazón traspasado por un dolor mortal. Jamás un marido había tenido pasión más violenta por su mujer, ni la había estimado tanto. Lo que acababa de saber no le quitaba la estima; pero ésta no era de la misma especie que la que le había profesado hasta entonces. Lo que más le preocupaba era el deseo de saber quién era el que había conseguido agradarle. Lo primero que se le ocurrió pensar fue en el señor de Nemours, como en lo más atrayente que había en la Corte, y en el caballero de

Guisa y en el mariscal de Saint-André, como en dos hombres que habían tratado de gustarle, y que siempre eran muy atentos con ella; de modo que pensó que debía ser uno de los tres. Llegó al Louvre, y el rey lo condujo a su gabinete para decirle que lo había escogido para acompañar a la princesa Isabel a España; que había pensado que nadie desempeñaría mejor que él aquel encargo, y que nadie tampoco haría más honor a Francia que la señora de Cleves. El señor de Cleves recibió el honor de la elección como debía, y lo consideró también como algo que alejaría a su mujer de la Corte, sin que hubiera cambio aparente en su conducta; sin embargo, la fecha de la partida era demasiado remota para servir de solución a la dificultad en que se hallaba.. Le escribió en seguida a la señora de Cleves para hacerle saber lo que el rey acababa de decirle, y agregaba que quería decididamente que ella volviese a París. Ella volvió cómo se lo ordenaba; y, cuando se vieron los dos, eran presa de una tristeza extraordinaria.

El señor de Cleves le habló como el hombre más caballero del mundo, y el más digno de lo que ella había hecho. «No tengo ninguna inquietud respecto de vuestra conducta -le dijo; -tenéis más ener-

gía y virtud de lo que pensáis, de modo que no es el temor del porvenir lo que me aflige: lo único que me apena es que sintáis por otro los sentimientos que no he podido inspiraros. -No sé qué responderos -le dijo ella; -me muero de vergüenza al hablaros: ahorradme, os lo suplico, tan crueles conversaciones; disponed mi conducta, haced que no vea a nadie; eso es todo lo que os pido; pero consentid que no os hable de una cosa que me hace aparecer tan poco digna de vos, y que encuentro tan indigna de mí. -Tenéis razón, señora -replicó el príncipe: -abuso de vuestra bondad y de vuestra confianza; pero tened también alguna compasión por el estado en que me habéis puesto, y pensad que, a pesar de lo que me habéis dicho, me ocultáis su nombre que me da una curiosidad con la cual no puedo vivir. No os pido, sin embargo, que la satisfagáis; pero no puedo dejar de deciros que creo que aquel a quien tengo que envidiar es el mariscal de Saint-André, el señor de Nemours o el caballero de Guisa. -No os responderé -dijo ella sonrojándose, -ni os daré motivo con mis respuestas de que disminuáis ni fortifiquéis vuestras sospechas; pero si tratáis de ponerlas en claro observándome, me pondréis en una confusión que será notada por todos. En nombre de Dios



-prosiguió, -consentid en que con el pretexto de una enfermedad no vea a nadie. -No, señora -replicóle él; -en seguida se descubriría que es algo fingido, y además, no quiero fiarme sino de vos misma; ése es el camino que mi corazón me aconseja tomar, y el que la razón me aconseja también; dado vuestro carácter, al dejaros en libertad, os fijo los límites más estrechos que os podría prescribir.»

El señor de Cleves no se equivocaba: la confianza que atestiguaba a su mujer la fortificaba contra el señor de Nemours, y le hacía tomar resoluciones más austeras de lo que hubiera conseguido ninguna opresión. Fue, pues, al Louvre a ver a la Reina Delfina, como de costumbre, pero evitaba la presencia y los ojos del señor de Nemours con tanto empeño, que le quitó casi toda la alegría de saber que era amado por ella. Todo en sus actos lo persuadía de lo contrario. Casi pensaba que lo que había oído era un sueño, tan poco verosímil le parecía. La única cosa que lo convencía de que no se había equivocado era la extremada tristeza de la señora de Cleves, por más esfuerzos que hiciera por ocultarla. Quizás las miradas y palabras amables no hubieran aumentado tanto el amor del señor de Nemours como aquella austera conducta.

Una tarde en que el señor y la señora de Cleves estaban junto a la reina, alguien dijo que corría el rumor de que el rey nombraría además a otro gran señor de la Corte para conducir a la princesa real a España. El señor de Cleves tenía los ojos puestos en su mujer en el momento en que agregara que sería el caballero de Guisa o el mariscal de Saint-André. Notó que aquellos dos nombres no le habían causado impresión, ni la probabilidad de que hicieran el viaje junto con ella. Eso le hizo pensar que ninguno de los dos era aquel cuya presencia ella temía; y queriendo poner en claro sus sospechas entró en el gabinete de la reina donde se encontraba el rey. Después de haber permanecido allí algún tiempo volvió junto a su mujer y le dijo en voz muy baja que acababa de saber que sería el señor de Nemours quien los acompañaría a España.

El nombre del señor de Nemours y la idea de estar expuesta a verle todos los días durante un largo viaje, en presencia de su marido, causó tal turbación a la señora de Cleves que no pudo ocultarla, tratando de atribuirle otras causas. «Es una elección bien desagradable para vos la de ese príncipe -le respondió; -compartirá todos los honores y me parece que debierais de tratar que nombrasen a otro.

-No es la vanidad, señora, lo que os hace temer que el señor de Nemours me acompañe. El disgusto que eso os causa procede de otro motivo. Ese disgusto me hace saber lo que en otra mujer que vos me hubiera revelado la alegría. Pero no temáis nada; lo que acabo de deciros no es verdad, y lo inventé para estar seguro de una cosa de que quizá estaba convencido.» Después de decir estas palabras se marchó, no queriendo aumentar con su presencia la extremada confusión en que veía a su mujer.

El señor de Nemours entró en aquel instante, y observó en seguida el estado en que se hallaba la señora de Cleves. Se aproximó a ella y le dijo en voz baja que no se atrevía, por respeto, a preguntarle qué era lo que la ponía más cavilosa que de costumbre. La voz del señor de Nemours la sacó de su ensimismamiento, y, mirándole sin haber entendido lo que le decía, llena aún por sus propios pensamientos y por el temor de que su marido no le viese junto a ella, le dijo: «Por Dios os lo pido, dejadme en paz. -¡Ay! Señora -exclamó el príncipe, -demasiado os dejo así. ¿De qué podéis quejaros? No me atrevo a hablaros, no me atrevo a miraros; no me acerco a vos sino temblando. ¿Qué he hecho para que me tratéis así y por qué me demostráis que

tengo alguna culpa en la pena que veo os domina? La señora de Cleves sintió mucho haberle dado lugar al señor de Cleves para explicarse más claramente de lo que lo había hecho hasta entonces. Se apartó de él sin responderle, y se marchó a su casa más agitada de lo que había estado nunca. Su marido advirtió fácilmente que su confusión había aumentado y que temía le hablara de lo que había pasado. La siguió a su gabinete al que ella había penetrado. «No me huyáis, señora -le dijo; -no os diré nada que pueda desagradaros. Os pido perdón por la sorpresa que os hice; bastante castigado estoy por lo que he sabido. El señor de Nemours era de todos los hombres al que temía más. Veo el peligro en que estáis; tened dominio sobre vos misma, por amor a vos, y, si es posible, por amor a mí. No os lo pido como un marido, sino como un hombre de quien formáis toda la felicidad, y que tiene por vos una pasión más tierna y más violenta que aquél a quien vuestro corazón prefiere.» El señor de Cleves se enterneció al pronunciar estas últimas palabras y le costó trabajo terminarlas. Su mujer se conmovió, y deshaciéndose en lágrimas lo besó con una ternura y un dolor que lo pusieron en un estado poco distinto del de ella.

Permanecieron un momento sin decirse nada, y se separaron sin tener el valor de hablarse.

Los preparativos para el casamiento de la princesa real estaban terminados. El duque de Alba llegó para casarse con ella. Fue recibido con toda la magnificencia y todas las ceremonias que podían hacerse con tal ocasión. El rey envió a que lo recibieran al príncipe de Condé, a los cardenales de Lorena y de Guisa, a los duques de Lorena, de Ferrara, de Aumale, de Bomillón, de Guisa, y de Nemours. Iban acompañados de muchos gentileshombres, y de gran número de pajes que vestían sus libreas. El propio rey esperó al duque de Alba en la primera puerta del Louvre con los doscientos gentileshombres de su cámara y el condestable a su cabeza. Cuando el duque estuvo próximo al rey, quiso abrazarle las rodillas, pero el rey se lo impidió y le hizo caminar a su lado hasta las estancias de la reina y de la princesa, a quien el duque entregó un presente magnífico de parte de su señor. Fue en seguida a saludar a la princesa Margarita, hermana del rey, para cumplimentarla por el señor de Saboya y asegurarle que llegaría dentro de pocos días. Se celebraron grandes reuniones en el Louvre para hacerle ver

al duque de Alba y al príncipe de Orange, que lo acompañaba, las bellezas de la Corte.

La señora de Cleves no se atrevió a faltar, a pesar de las ganas que tuviera de hacerlo, temerosa de disgustar a su marido que le había ordenado que fuera. Lo que más la determinó fue la ausencia del duque de Nemours. Había ido a recibir a monseñor de Saboya, y, una vez que este príncipe llegó, se vio obligado a permanecer casi constantemente a su lado para ayudarlo en todas las cosas concernientes a las ceremonias de sus bodas; esto hizo que no encontrara al príncipe con tanta frecuencia como de costumbre, lo que le producía cierto descanso.

El «vidame» de Chartres no había olvidado la conversación que había tenido con el señor de Nemours. Se le había puesto en la cabeza, que la aventura que este príncipe le había contado era la suya propia, y lo observaba con tanto empeño que quizás hubiera descubierto la verdad si la llegada del duque de Alba y del señor de Saboya, que produjeron un cambio, y una ocupación en la Corte, no le impidieran ver lo que hubiera podido informarlo. El deseo de poner las cosas en claro, o más bien la disposición natural de contar todo lo que se sabe a quien se ama, hizo que le repitiera a la señora de Martigues la

acción extraordinaria de aquella dama que le había confesado a su marido la pasión que sentía por otro. Le aseguró que el señor de Nemours era quien había inspirado aquella violenta pasión, y le rogó que lo ayudara a observar al príncipe. La señora de Martigues oyó complacida el relato: del «vidame», y la curiosidad que siempre había notado que le inspiraba a la Delfina todo lo que se refería al señor de Nemours le dio aún más deseos de penetrar el secreto de aquella aventura.

Pocos días antes del que se había fijado para la ceremonia del casamiento, la Reina Delfina invitó a comer al rey, su suegro, y a la duquesa de Valentinois. La señora de Cleves, ocupada en ataviarse, llegó al Louvre más tarde que de costumbre. Al dirigirse a palacio, encontró a un gentilhomme que iba a buscarla, de parte de la Delfina. Cuando entró en la alcoba, esta princesa, que estaba reclinada en un canapé, le gritó que la estaba esperando con gran impaciencia. «Creo, señora -le respondió, -que no debo agradeceros esa impaciencia, y que es causada, si duda, por alguna otra cosa que el deseo de verme. -Tenéis razón -le replicó la Reina Delfina, -pero, sin embargo, debéis estarme grata, porque quiero que

conozcáis una aventura que estoy cierta os agradará saber.»

La señora de Cleves se puso de rodillas ante el canapé, y por suerte para ella, la luz no le daba en el rostro. «Ya sabéis -le dijo la Delfina, -el deseo que teníamos de adivinar qué era lo que causaba el visible cambio del duque de Nemours; pues creo saberlo y es algo que os sorprenderá. Está locamente enamorado y es muy amado por una de las más bellas damas de la Corte.» Estas palabras, que la señora de Cleves no podía pensar que la aludieran, pues no creía que alguien supiese que ella amaba a aquel príncipe, le causaron el dolor que se puede imaginar. «No veo en eso -dijo, -nada que pueda, sorprender en un hombre de la edad y las prendas del señor duque de Nemours. -No es eso, por lo mismo -repuso la Reina Delfina, -lo que os ha de sorprender; pero sí el saber que esa mujer que ama a Nemours nunca le ha dado muestras del ello, y que el miedo que ha tenido de no ser siempre dueña de su pasión ha hecho que se la confesara a su marido a fin de que éste la retirara de la Corte. Y es el propio señor de Nemours quien ha contado lo que os digo.»



Si la señora de Cleves había sentido en un principio dolor al pensar que ella no tenía nada que ver en aquella aventura, las últimas palabras de la Delfina le causaron desesperación, por la certidumbre de que demasiado se refería a ella. No pudo responder y permaneció con la cabeza inclinada sobre el lecho, mientras la princesa proseguía hablando, tan preocupada con lo que decía, que no reparaba en su confusión. Cuando la señora de Cleves se repuso un tanto, díjole: «Esa historia no me parece verosímil, señora, y me gustaría saber quién os la ha contado. -Ha sido la señora de Martigues -replicó la Delfina, -quien la supo por el «vidame» de Chartres. Ya sabéis que está enamorado de ella: se la confió como un secreto, y a él se la dijo el propio duque de Nemours. Es cierto que éste no le ha dicho el nombre de la dama, ni siquiera le ha confesado que fuera él a quien ella ama, pero esto el «vidame» de Chartres no lo pone en duda.»

Acababa de decir estas palabras la Reina Delfina cuando alguien se aproximó al canapé. La señora de Cleves estaba vuelta de modo que no podía ver quién era; pero no le cupo duda cuando la Delfina exclamó con acento de alegría y de sorpresa: «Aquí le tenemos en persona y voy a preguntarle, la ver-

dad.» La señora de Cleves se dio cuenta de que era el príncipe de Nemours, como lo era en efecto. Sin volverse hacia él, se dirigió precipitadamente hacia la Reina Delfina, y le dijo en voz baja que no hablase de aquella aventura; que él se la había confiado al «vidame» de Chartres y que eso sería capaz de pelearlos para siempre. La Delfina le respondió riendo que era demasiado prudente, y se volvió hacia el señor de Nemours. Este estaba vestido para la reunión de la noche, y tomando la palabra con la gracia que le era peculiar, dijo: «Creo, señora, que puedo pensar sin temeridad que hablabais de mí cuando entré, que teníais la intención de preguntarme algo, y que la señora de Cleves se ha opuesto. -Es cierto -respondió la Delfina; -pero no tendré con ella la complacencia que acostumbro. Quiero que me digáis si una historia que me han contado es verdadera y si sois vos el que está enamorado y es amado de una dama de la Corte que os oculta con esmero su pasión, y que se la ha confesado a su marido.»

La turbación y malestar de la señora de Cleves eran superiores a todo lo que se pueda imaginar, y si la muerte se hubiese presentado para sacarla de aquella situación, la hubiera encontrado agradable. Pero el señor de Nemours estaba más confuso aún

si es posible: las palabras de la Delfina, de quien tenía motivo para creer que no era odiado, en presencia de la señora de Cleves, que era la persona de la Corte en quien ella tenía más confianza, y que también tenía mucha en ella, le produjo tal enredo de ideas extrañas, que le fue imposible dominar su expresión. La dificultad en que veía a la señora de Cleves por su culpa, y la idea del motivo que le daba para odiarlo, le causaron una impresión que no le permitió responder. La Delfina, viendo hasta qué punto estaba cohibido, le dijo a la señora de Cleves: «Miradle, miradle y veréis cómo esa aventura es suya.»

Entretanto, el señor de Nemours, reponiéndose de su primera impresión, y viendo la importancia que tenía el salir de un paso tan peligroso, se hizo dueño de golpe de su espíritu y de su rostro. «Confieso, señora -dijo, -que no puedo estar más sorprendido ni más apenado por la infidelidad que me ha hecho el «vidame» de Chartres, contando la aventura de un amigo mío que yo le confiara. Podría vengarme -prosiguió sonriendo, con una expresión tranquila que le quitó casi a la Delfina las sospechas que acababa de tener; -me ha confiado cosas que no son de poca importancia. Pero no sé, señora, por

qué me hacéis el honor de mezclarme en esa aventura. El «vidame» no puede decir que es mía, puesto que le he dicho lo contrario. La calidad de hombre enamorado puede convenirme; pero en cuanto a la de hombre amado, creo, señora, que no me la podéis atribuir.» El príncipe se alegró mucho con haberle dicho a la Delfina alguna cosa que aludiera a lo que él le había demostrado en otros tiempos, a fin de apartar su espíritu de las ideas que había podido tener. Ella también creyó comprender lo que él decía; pero sin responderle siguió atacando por su confusión. «Me sentí confundido, señora -respondió, -por el interés que me inspira mi amigo, y por los justos reproches que podría hacerme por haber repetido una cosa que le es más cara que la vida. Sin embargo, sólo me la confió a medias; no me nombró a la persona a quien ama; sólo sé que es el hombre más enamorado y más digno de lástima. -¿Os parece tan digno de lástima, sabiendo que es amado? -replicó la Delfina. -¿Creéis que lo sea, señora, y que una persona que sintiera una verdadera pasión se la descubriría a su marido? Esa persona no conoce sin duda el amor, y ha venido a tener alguna idea de lo que es por el afecto que ha inspirado. Mi amigo no puede halagarse de tener nin-

guna esperanza; pero, por desgraciado que se sienta, siempre se juzga feliz por haber inspirado al menos el miedo de amarle, y no cambiaría su situación por la del enamorado más feliz del mundo. -Vuestro amigo tiene una pasión bien fácil de satisfacer -dijo la Delfina, -y comienzo a creer que habláis de vos mismo. Poco me falta -agregó, -para que opine como la señora de Cleves que esa aventura no puede ser verdadera. -No creo, en efecto, que lo pueda ser -repuso la señora de Cleves, que todavía no había hablado; -y dado caso que lo fuese, ¿cómo la habría podido saber? No es creíble que una mujer capaz de acto tan extraordinario tuviera la debilidad de contarle. Tampoco es verosímil que el marido lo contara, o sería un marido bien indigno de la conducta observada con él.» El señor de Nemours, que vio las sospechas de la señora de Cleves respecto de su marido, se apresuró a confirmarlas; sabía que era el más terrible rival que tuviera que destruir. «Los celos -respondió, -y la curiosidad de saber algo más de lo que se le había confiado, pueden haber hecho cometer muchas imprudencias al marido.»

La señora de Cleves sentía que sus fuerzas y su valor se estaban agotando, y no pudiendo sostener por más tiempo la conversación, iba a decir que se

sentía indispueta, cuando por suerte para ella entró la duquesa de Valentinois y le dijo a la Delfina que el rey iba a llegar. La princesa pasó a su gabinete para vestirse. Como la señora de Cleves se disponía a seguirla, el señor de Nemours se le aproximó y le dijo: «Daría mi vida, señora, por hablaros un momento; pero de todo lo importante que tendría que deciros nada me lo parece tanto como suplicaros que creáis que si he dicho algo en que la Reina Delfina pareciera aludida, lo hice por razones ajenas a ella.» La señora de Cleves fingió no haber oído al señor de Nemours; se apartó de él sin mirarle y se puso a seguir al rey que acababa de entrar. Como la concurrencia era mucha se enredó con la falda y dio un tropezón; se valió de aquel pretexto para salir del sitio en que ya no tenía fuerzas para permanecer más, y, fingiendo hallarse indispueta, se marchó a su casa.

El señor de Cleves llegó al Louvre y le sorprendió no encontrar a su mujer; le contaron el accidente que le había ocurrido. Se fue en el acto a ver cómo estaba; la encontró en cama y supo que su malestar no tenía importancia. Cuando hubo estado un rato junto a ella vio que la dominaba una tristeza tan excesiva, que se sorprendió. «¿Qué tenéis, seño-

ra? -le dijo; -me parece que sufrís algún otro dolor que el de que os quejáis. -Tengo la más honda aflicción de que podía quejarme -le respondió ella. ¿Qué uso habéis hecho de la confianza extraordinaria, o más bien dicho loca, que puse en vos? ¿No merecía que me guardarais el secreto? Y cuando no lo hubiera merecido, ¿vuestro propio interés no os lo aconsejaba? ¿Era preciso que la curiosidad de saber un nombre que no debo deciros os llevara a confiaros a alguien para tratar de descubrirlo? Sólo esa curiosidad puede haberos hecho cometer tan cruel imprudencia. Las consecuencias son tan deplorables como tenían que serlo; esta aventura es conocida y me la acaban de contar, no sabiendo que yo fuera la principal interesada. -¿ Qué me decís, señora? -exclamó el príncipe. -Me acusáis de haber contado lo que pasó entre vos y yo, y me decís que la cosa es sabida. No me justifico de haberla repetido: no podéis creer tal cosa, y es preciso sin duda que hayáis creído veros aludida en lo que se decía de otra persona. -¡Oh! Señor -replicó ella, -no hay en el mundo otra aventura igual a la mía. La casualidad no ha podido inventarla; no ha podido ser imaginada y esa idea no ha brotado jamás en otro espíritu que el mío. La Delfina acaba de contarme toda esta aven-

tura; la ha sabido por el «vidame» de Chartres, a quien se la contó el señor de Nemours. -¡El señor de Nemours! -exclamó el señor de Cleves haciendo un ademán que denotaba rabia y desesperación. -¡Cómo! ¡El señor de Nemours sabe que vos lo amáis y qu, yo lo sé! -Siempre queréis elegir al señor de Nemours en vez de otro -le replicó ella; -ya os he dicho que no responderé jamás a vuestras sospechas. Yo ignoro si el señor de Nemours conoce esta aventura, y la parte que en ella le habéis atribuído; pero éste se la contó al «vidame» de Chartres, y le dijo que se la había contado un amigo, sin nombrarle la persona. Ese amigo del señor de Nemours debe serlo también vuestro, y vos debéis de haberos fiado en él para tratar de informaros. -¿Existe un amigo en el mundo a quien se quisiera hacer tal confianza repuso el señor de Cleves, -y se querría aclarar una sospecha al precio de decirle a alguien lo que uno desearía ocultarse a sí propio? Pensad más bien, señora, con quien habéis hablado. Es más verosímil que sea a vos y no a mí a quien se le haya escapado ese secreto. No habéis podido soportar sola la situación penosa en que os encontrabais y buscasteis un alivio quejándoos ante alguna confidente que os ha traicionado. -No acabéis de abru-



marme -exclamó la princesa, -y no tengáis la crueldad de acusarme de una falta que habéis cometido. No podéis sospecharme de eso, puesto que el haber sido capaz de haceros tal confesión demuestra que no lo soy de hablar de ella con nadie.»

La confesión que la señora de Cleves le había hecho a su marido era una prueba tan grande de sinceridad, y negaba con tal energía haberse confiado a nadie, que el señor de Cleves no sabía qué pensar. Por otra parte estaba seguro de no haber dicho nada; era una cosa que no podía haber sido adivinada y era sabida, de modo que esto tenía que saberse por uno de los dos. Pero lo que le causaba un dolor violento era saber que aquel secreto estaba en poder de alguien y que probablemente pronto sería divulgado.

La señora de Cleves pensaba las mismas cosas; le parecía igualmente imposible que su marido hubiera hablado y que no lo hubiese hecho: lo que había dicho el señor de Nemours de que la curiosidad podía hacer cometer imprudencias a un marido, le parecía convenir tan exactamente al estado del señor de Cleves, que no podía creer que aquella frase hubiera sido dicha por casualidad; y esta verosimilitud la llevaba a creer que el señor de Cleves había abu-

sado de la confianza depositada en él. Estaba tan preocupado el uno y la otra con sus pensamientos, que estuvieron largo rato callados, y no salieron de aquel silencio más que para repetir las mismas cosas que ya habían dicho varias veces, y permanecieron con el corazón y el espíritu más sedientos y apartados que nunca.

Es fácil imaginar en qué estado pasaron la noche. El señor de Cleves había agotado toda su constancia en soportar la desgracia de ver a una mujer que adoraba apasionada por otro. No le restaba valor y hasta le parecía no deber encontrarle para algo en que su gloria y su honor eran tan cruelmente heridos. No sabía qué pensar de su mujer; no veía qué conducta debía hacerla seguir, ni cómo debía conducirse él mismo; no encontraba por todas partes más que precipicios y abismos. En fin, después de una agitación y una incertidumbre muy largas, viendo que pronto tenía que partir para España, resolvió no hacer nada que pudiese aumentar las sospechas o el conocimiento de su desgraciada situación. Fue a ver a la señora de Cleves y le dijo que no se trataba de averiguar cuál de los dos había faltado al secreto; pero que se trataba de hacer ver que la historia que habían contado era una fá-

bula en la que ella no tenía parte alguna; que de ella dependía persuadir de esto al señor de Nemours y a los demás; que debía proceder para con éste con la severidad y la frialdad adecuadas para con un hombre que le demostraba amor; que con esta actitud le quitaría fácilmente el convencimiento de que tuviera inclinación por él; que no debía afligirse por todo lo que él hubiera podido pensar, porque, si en adelante ella no incurría en ninguna debilidad, todas sus ideas se destruirían fácilmente, y que, sobre todo, era preciso que concurriera al Louvre y a las reuniones como de costumbre.

Después de decir estas palabras, el señor de Cleves se retiró sin esperar respuesta. Le pareció muy sensato cuanto le había dicho, y la cólera que le ocasionara el señor de Nemours le hizo creer que le sería fácil ponerlo en obra; pero le pareció difícil concurrir a todas las ceremonias del casamiento, y comparecer con el rostro tranquilo y el espíritu sereno. Sin embargo, como debía llevar el traje de la Delfina, y esto era una preferencia sobre otras princesas no había medio de renunciar a ello sin hacer ruido y dar motivo a buscar las causas. Resolvió, pues, hacer un esfuerzo; pero dedicó a ello el resto del día así como para abandonarse a todos los sen-

timientos que la agitaban. Se encerró sola en su gabinete. De todos sus males, el que la acometía con mayor violencia era el de tener motivos de queja contra el señor de Nemours y no encontrar ningún medio de justificarle. No podía dudar que le había contado aquella aventura al «vidame» de Chartres; lo había confesado, y no podía tampoco dudar, por la forma en que había hablado, que la aventura se refería a ella. ¿Cómo disculpar tan grande imprudencia, y qué se había vuelto la extrema discreción de aquel príncipe, que tanto la había impresionado? «Fue discreto -se decía, -mientras creyó que era desgraciado; pero una idea, aunque vaga, de felicidad acabó con su discreción. No ha podido pensar que era amado sin querer que se supiera. Si hubiera tenido certidumbres hubiera procedido del mismo modo. He hecho mal en creer que hubiera un hombre capaz de ocultar lo que halaga su vanidad. Es, sin embargo, por ese hombre, que creí tan distinto del resto de los hombres, que me veo puesta al igual de las demás mujeres siendo, sin embargo, tan diferente. He perdido la estima y el corazón que debían hacer mi felicidad; pronto seré considerada por todo el mundo como una persona que siente una loca y violenta pasión. Aquel que me la inspira no lo ig-

nora; y es por evitar esas desgracias que he comprometido mi tranquilidad y hasta mi vida.» Estas tristes reflexiones eran acompañadas de un torrente de lágrimas; pero por grande que fuese el dolor que la abrumaba, comprendía que hubiera tenido la fuerza de soportarlo si hubiera estado satisfecha del señor de Nemours.

Este príncipe no estaba en un estado más tranquilo. La imprudencia había sido hablarle al «vidame» de Chartres; las crueles consecuencias de esta imprudencia le causaban un disgusto mortal. No podía recordar la confusión, el desasosiego y la aflicción en que había visto a la señora de Cleves sin sentirse abrumado. Estaba inconsolable de haberle dicho cosas sobre aquella aventura que bien que galantes en sí mismas, le parecían en aquel momento groseras y poco discretas, puesto que le habían dado a entender a la señora de Cleves que ella era la mujer que sentía una pasión violenta, y que él era por quien la sentía. Todo lo que deseaba era tener una conversación con ella; pero comprendía que más debía temerla que desearla. «¿Qué le diría? exclamaba -¿Iré a demostrarle otra vez lo que ya bastante le he hecho saber? ¿Le haré ver que sé que ella me ama, yo que no me he atrevido nunca a decírselo?

¿Comenzaré a hablarle sin rodeos de mi pasión, a fin de parecerle un hombre alentado por esperanzas? ¿Puedo siquiera pensar en acercármele, y me atreveré a darle la confusión de sostener mi vista? ¿De qué modo podría justificarme? No tengo disculpa, soy indigno de ser mirado por la señora de Cleves, y por esto tampoco espero que me mire nunca. Le he dado, por culpa mía, mejores medios de defenderse de mí que todos los que ella buscaba, y que quizás hubiera buscado inútilmente. Pierdo por mi imprudencia la felicidad y la gloria de ser amado por la más amable y la más estimable mujer del mundo; pero, si hubiera perdido esa felicidad sin que ella sufriese, y sin haberle causado un dolor mortal, sería para mí un consuelo, y siento más en este momento el daño que le he causado que el que sufro a causa de ella.»

El señor de Nemours estuvo largo tiempo afligiéndose y pensando las mismas cosas. El deseo de hablar con la señora de Cleves le volvía siempre al espíritu. Pensó en buscar los medios para ello; quiso escribirle; pero por último comprendió que después de la falta que había cometido, y dado el humor en que ella estaba, lo mejor que podía hacer era demostrarle un profundo respeto por medio de su

aflicción y su silencio; hacerle ver que no se atrevía a presentarse delante de ella, y esperar lo que pudieran hacer en su favor el tiempo, la casualidad y la inclinación que ella sentía por él. Resolvió, además, no hacerle reproches al «vidame» de Chartres por la infidelidad que le había hecho, temeroso de fortificar sus sospechas.

Los esponsales de la princesa, que se celebraban al día siguiente, y el casamiento, que se haría al subsiguiente, ocupaban de tal modo a toda la Corte, que la señora de Cleves y el señor de Nemours ocultaron fácilmente al público su tristeza y malestar. La Delfina sólo habló, al pasar, a la señora de Cleves de la conversación que habían tenido con el señor de Nemours, y el señor de Cleves afectó no hablarle a su mujer de todo lo que había pasado, de manera que no se encontró en tan grave apuro como se había imaginado.

Los esponsales se hicieron en el Louvre, y, después del festín y el baile toda la casa real fue a dormir al obispado, como era costumbre. Por la mañana el duque de Alba, que siempre vestía muy sencillamente, se puso una casaca de brocado de oro, con dibujos color fuego, amarillo y negro, toda recamada de brillantes, y una corona cerrada en la

cabeza. El príncipe de Orange, vestido también magníficamente, con sus libreas y todos los españoles seguidos por las suyas, fueron a buscar al duque de Alba al hotel de Villeroy, donde estaba alojado, y partieron, caminando de a cuatro en fila para ir al obispado. Cuando hubo llegado, se marchó en el orden establecido a la iglesia; el rey conducía a la princesa real, que ostentaba una corona, cerrada y su traje era llevado por las señoritas de Montpensier y Longueville; la reina iba en seguida, pero sin corona; después de ella, seguían la Reina Delfina, la princesa hermana del rey, la señora de Lorena, y la reina de Navarra. Las reinas y las princesas iban acompañadas de sus doncellas magníficamente vestidas con los mismos colores que ellas, de manera que se conocía de quiénes eran las doncellas por el color de sus trajes. Se subió al estrado que estaba preparado en la iglesia, y se hicieron las ceremonias matrimoniales. En seguida se regresó al obispado, y, a eso de las cinco, se partió para el palacio, donde se celebraba el festín, y al que estaban invitados el Parlamento, las Cortes soberanas y la Casa de la Ciudad. El rey, las reinas, los príncipes y las princesas comieron en la mesa de mármol de la gran sala del palacio, estando sentado el duque de



Alba junto a la nueva reina de España. Al pie de las gradas de la mesa de mármol, y a la derecha del rey, había una mesa para los embajadores, los arzobispos y los caballeros de la orden, y del otro lado una mesa para los señores del Parlamento.

El duque de Guisa, vestido con un traje de brocado de oro, servía al rey de gran maestresala; el señor príncipe de Condé de panadero y el duque de Nemours de somellier. Cuando las mesas hubieron sido alzadas, comenzó el baile; éste fue interrumpido por los intermedios y diversiones extraordinarias; luego se reanudó y, por último, después de media noche, el rey, con toda la Corte, volvió al Louvre. Por triste que estuviera la señora de Cleves, no dejó por esto de parecer a los ojos de todos, y sobre todo a los ojos del señor de Nemours, de una belleza incomparable. No se atrevió a hablarle, aunque la aglomeración de aquella fiesta le diera más de una ocasión; pero le demostró tanta tristeza, un temor tan respetuoso de acercársele, que no lo encontró ya tan culpable, aunque no le hubiese dicho nada para justificarse. Observó la misma conducta los días siguientes, y esto produjo el mismo efecto sobre el corazón de la señora de Cleves.

Por fin llegó el día del torneo. Las reinas se dirigieron a las galerías y estrados que les estaban destinados. Los cuatro mantenedores aparecieron en el extremo de la liza, con tal cantidad de caballos y libreas, que formaban el espectáculo más magnífico que se hubiera visto nunca en Francia.

El rey no llevaba más colores que el blanco y el negro, que usaba siempre a causa de la señora de Valentinois, que era viuda. Monseñor de Ferrara y todo su séquito vestían de rojo y amarillo. El señor de Guisa apareció de encarnado y blanco; no se comprendió en un principio por qué llevaba esos colores; pero luego se recordó que eran los de una hermosa dama que había amado de soltera y que amaba aún, bien que no se atreviera a demostrarlo. El señor de Nemours estaba de amarillo y negro; inútilmente se buscó la razón. A la señora de Cleves no le costó adivinarla: recordó haber dicho delante de él que le gustaba el amarillo, y que sentía ser rubia porque no podía usarlo. El príncipe creyó que podía aparecer con aquel color, pues no usándolo la señora de Cleves, no se podía sospechar que fuera el que prefería.

Jamás se ha demostrado más destreza de la que lucieron los cuatro mantenedores. Aunque el rey

fuera el mejor jinete de su reino, no se sabía a quién darle la superioridad. El señor de Nemours tenía una gracia en todos sus movimientos que podía hacer inclinar en su favor a personas menos interesadas que la señora de Cleves. Cuando lo vio aparecer en el extremo de la liza, sintió una emoción extraordinaria; y en todas las carreras de este príncipe le costaba gran trabajo ocultar su alegría cuando salía vencedor de la prueba.

A la tarde, cuando todo había concluido, y ya se iba a emprender la retirada, la desgracia del Estado quiso que el rey decidiera romper una lanza más. Ordenó al conde de Montgomery, que era extraordinariamente hábil, que se pusiera en la liza. El conde suplicó al rey que lo dispensara de ello, y alegó todas las razones que pudo imaginar; pero el rey, casi colérico, le hizo decir que lo exigía absolutamente. La reina le envió decir al rey que le suplicaba que no corriera más, que se había lucido tanto que debía de estar satisfecho, y que le suplicaba volviera a su lado. Respondió que era por amor a ella que iba a correr otra vez y entró en la pista. La reina le mandó al señor de Saboya para pedirle por segunda vez que desistiera, pero todo fue inútil. Corrió, las lanzas se rompieron, y una astilla de la del conde de

Montgomery le dio en el ojo y allí quedó clavada. Sus escuderos y el señor de Montgomery, que era uno de los mariscales de campo, acudieron a él. Se sorprendieron al verle tan herido, pero el rey no se alarmó; dijo que era poca cosa, y que perdonaba al conde de Montgomery. Se puede imaginar qué aflicción produjo accidente tan funesto en un día dedicado a la alegría. Cuando fue conducido el rey a su lecho y los cirujanos reconocieron la herida, vieron que era muy grave. El señor condestable recordó en aquel momento la predicción que le habían hecho al rey de que sería muerto en combate singular, y no dudó de que la predicción se había cumplido.

El rey de España, que estaba entonces en Bruselas, habiéndosele advertido el accidente, mandó a su médico, que era un hombre de gran reputación; pero opinó que no había esperanza de salvar al rey.

Una Corte tan dividida y tan llena de intereses opuestos no estaba poco agitada la víspera de tan grave acontecimiento; sin embargo, todas las impresiones eran disimuladas, y parecía que la única inquietud era por la salud del rey. Las reinas, los príncipes y las princesas casi no salían de su antecámara.

La señora de Cleves, sabiendo que estaba obligada a permanecer allí y que vería al señor de Nemours, que no podía ocultarle a su marido la confusión que le causaría la vista de aquél, sabiendo también que la sola presencia de aquel príncipe lo justificaba ante sus ojos y destruía todas sus resoluciones, tomó el partido de fingirse enferma. La Corte estaba demasiado preocupada para reparar en su conducta y para averiguar si su enfermedad era falsa o verdadera. Sólo su marido podía conocer la verdad; pero no le disgustaba que la supiera; así fue que permaneció en su casa, poco preocupada con el gran cambio que se preparaba; y llena de sus propios pensamientos, podía entregarse a ellos con plena libertad. Todos estaban cerca del rey. El señor de Cleves iba a darle noticias a ciertas horas del día. Tenía para con ella el mismo trato de siempre, salvo cuando estaban solos, en que se mostraba algo más frío y menos libre. No le había vuelto a hablar de todo lo que había pasado, y ella no había tenido valor ni tampoco le había parecido oportuno reanudar aquella conversación.

El señor de Nemours, que había esperado que hallaría algunos momentos en que poder hablar con la señora de Cleves, quedó muy sorprendido y dis-

gustado al no tener siquiera el placer de verla. La enfermedad del rey resultó tan grave, que el séptimo día lo desahucieron los médicos. Recibió la certidumbre de su muerte con extraordinaria firmeza, tanto más admirable cuanto que perdía la vida por un accidente desgraciado, en la flor de la edad, feliz, adorado de su pueblo y querido por una amante que idolatraba. La víspera de su muerte hizo celebrar el matrimonio de su hermana con el señor de Saboya, sin pompa. Se puede imaginar en qué estado se hallaba la duquesa de Valentinois. La reina no permitió que viera al rey, y le mandó pedir los sellos de este príncipe y las pedrerías de la corona que tenía en su poder. La duquesa preguntó si el rey había muerto, y, como se le respondiera que no, dijo: «No tengo todavía amo, y nadie puede obligarme a devolver lo que su confianza depositó entre mis manos.» Cuando el rey expiró en el castillo de Tournelles, el duque de Ferrara, el duque de Guisa, y el duque de Nemours condujeron al Louvre a la reina madre, al rey y a la reina su mujer. En el momento que se ponían en marcha, aquélla retrocedió algunos pasos y le dijo a su nuera que a ella le tocaba ir delante, pero fue fácil ver que había más acritud que atención en aquel cumplimiento.

LA PRINCESA DE CLÈVES

**CUARTA PARTE**

El cardenal de Lorena se había hecho dueño absoluto de la voluntad de la reina madre; el «vidame» de Chartres no tenía ninguna influencia sobre ella, y el amor que profesaba a la señora de Martigues y a la libertad le había impedido sentir aquella pérdida como lo merecía. El cardenal, durante los días de la enfermedad del rey, pudo formar sus planes sin apremio y hacerle tomar a la reina resoluciones conformes con lo que había proyectado; de modo que así que el rey hubo muerto, la reina le ordenó al condestable que permaneciera en Tournelles junto al cuerpo del rey, para dirigir las ceremonias del caso. Aquella comisión lo alejaba de todo y le impedía proceder. Se envió un correo al rey de Navarra para que viniera con urgencia a fin de impedir la gran elevación a que iban a llegar los señores de Guisa.



Se le dio el comando de los ejércitos al duque de Guisa, y al cardenal de Lorena; la duquesa de Valentinois fue eliminada de la Corte; se hizo regresar al cardenal de Tournón, enemigo declarado del condestable, y al canciller Olivier, enemigo declarado de la duquesa de Valentinois; en fin, la Corte cambió por completo de faz. El duque de Guisa ocupó el mismo rango que los príncipes reales al llevar el manto del rey en las ceremonias de los funerales; él y sus hermanos eran absolutamente los amos, no sólo por el ascendiente que el cardenal tenía sobre la reina, sino porque esta princesa, creyó que podría alejarlos si le causaban recelo, mientras que no podría alejar al condestable, que se apoyaba en los príncipes de sangre real.

Cuando las ceremonias de duelo hubieron concluido, el condestable, fue al Louvre, y el rey lo recibió con mucha frialdad. Quiso hablarle privadamente; pero el rey hizo llamar a los señores de Guisa, y le dijo delante de ellos que le aconsejaba descansase; que las finanzas y el comando de los ejércitos estaban dados y que, cuando necesitara de sus consejos, le llamaría junto a su persona. Fue recibido por la reina madre aún más fríamente que por el rey, y hasta le reprochó que le hubiese dicho

al finado rey que sus hijos no se le parecían. Llegó el rey de Navarra y no fue mejor recibido. El príncipe de Condé, menos tolerante que su hermano, se quejó sin reparos; sus quejas fueron inútiles, se le separó de la Corte so pretexto de enviarle a Flandes para firmar la ratificación de la paz. Se le mostró al rey de Navarra una carta falsa del rey de España que lo acusaba de tener pretensiones sobre sus plazas; en fin, se le inspiró el propósito de marcharse al Bearn. La reina le proporcionó el medio, confiándole la conducción de la princesa Isabel, y hasta lo obligó a partir delante de esa princesa, de modo que no quedó nadie en la Corte que pudiera contrarrestar el poder de la causa de Guisa.

Aunque fuese una cosa molesta para el señor de Cleves el no conducir a la princesa Isabel, sin embargo no pudo quejarse a causa de la grandeza del que se le prefería; pero sintió menos aquella misión por el honor que le hubiera hecho que por la ocasión que le ofreciera para alejar a su mujer de la Corte sin que pareciera que tenía el propósito de apartarla.

Pocos días después de la muerte del rey, se resolvió ir a Reims para la consagración. Cuando se habló de aquel viaje, la señora de Cleves, que siem-

pre había permanecido en su casa fingiéndose enferma, le rogó a su marido que consintiera no acompañase a la Corte, y la dejara ir a Colomiers a tomar aire y cuidar su salud. El marido le respondió que no quería averiguar si era por razón de su salud que deseaba no hacer el viaje, pero que consentía en que no lo hiciese. No le costó esfuerzo consentir una cosa que ya había resuelto. Por buena opinión que tuviera de la virtud de su mujer, veía bien que la prudencia le aconsejaba que no la expusiese por más tiempo a la vista de un hombre a quien amaba.

El señor de Nemours supo en seguida que la señora de Cleves no seguiría a la Corte; no pudo resignarse a partir sin verla, y la víspera de su partida fue a su casa todo lo tarde que podía consentir la discreción, a fin de hallarla sola. La fortuna favoreció su intento. Al entrar en el patio encontró a las señoras de Nevers y de Martigues que salían y que le dijeron que la habían dejado sola. Subió con una agitación y una turbación tales, que sólo pueden compararse a las que dominaron a la señora de Cleves cuando le dijeron que el señor de Nemours deseaba verla. El temor que tenía de que le hablara de su pasión, la aprensión de responderle demasiado favorablemente, la inquietud que aquella visita podía

causar a su marido, el disgusto de contarle aquellas cosas u ocultárselas, se presentaron en un momento a su espíritu y la pusieron en tal aprieto, que tomó la resolución de evitar la cosa que más deseaba en el mundo. Le mandó a una de sus doncellas al señor de Nemours, que estaba en la antecámara, para decirle que acababa de sentirse mal y que lamentaba no poder corresponder al honor que quería hacerle. ¡Qué dolor fue para aquel príncipe no poder ver a la señora de Cleves, y no poder verla porque ella no quería que la viese! Se ausentaba al día siguiente, y no podía esperar nada del ayer; no le había hablado desde la conversación tenida en las estancias de la Reina Delfina, y se inclinaba a pensar que el error de haberle hablado al «vidame» destruía todas sus esperanzas; en fin, se iba a marchar llevando consigo todo lo que puede enconar un dolor.

Así que la señora de Cleves se repuso un tanto de la turbación que le había causado la idea de la visita de aquel príncipe, todas las razones que se la habían hecho evitar desaparecieron, y si se hubiese atrevido, y todavía hubiera sido tiempo lo hubiera hecho pasar.

Al salir de casa de ella, las señoras de Nevers y de Martigues fueron a ver a la Reina Delfina; el se-

ñor de Cleves estaba allí. La princesa les preguntó de dónde venían; ellas le dijeron que de casa del señor de Cleves, donde habían pasado parte de la tarde con muchas otras personas, y que no habían dejado allí más que al señor de Nemours. Estas palabras, que ellas creían tan indiferentes, no lo eran para el señor de Cleves, aunque debía imaginarse que el señor de Nemours podía tener a menudo ocasión de hablar con su mujer. Sin embargo, el pensamiento de que estaba en su casa, que estaba allí sólo, y que podía hablarle de su amor, le pareció en aquel momento una cosa tan nueva y tan insoportable, que los celos se encendieron en su corazón con más violencia que nunca. Le fue imposible seguir junto a la reina, volvió a su casa, no sabiendo a qué volvía, y si tenía el propósito de interrumpir al señor de Nemours. Así que se acercó a su hotel, miró por si veía algo que le denunciara si aquel príncipe estaba allí aún; sintió alivio al ver que ya no estaba y más aún al pensar que no podía haber permanecido largo rato. Se imaginó que quizás no era del señor de Nemours de quien debía estar celoso, y aunque no lo dudara, trataba de dudar; pero tantas cosas lo habían convencido, que no persistía mucho rato aquella incertidumbre que deseaba. Fue prime-

ro a la alcoba de su mujer y, después de haberle hablado de distintas cosas indiferentes, no pudo dejar de preguntarle qué había hecho y a quién había visto: ella lo satisfizo. Como viera que no le nombraba al señor de Nemours, le preguntó temblando si aquellas eran todas las personas que había visto, a fin de darle ocasión de nombrar a aquel príncipe, y no tener el dolor de ver que le decía un engaño. Como ella no lo había visto, no lo nombró, y el señor de Cleves, volviendo a hablar con un tono que denotaba su aflicción, le dijo: «¿Y al señor de Nemours no lo visteis, o lo habéis olvidado? -No lo he visto, en efecto -le respondió la princesa; -me sentía mal, y mandé a una de mis camareras a que me excusara.-No os encontraríais mal sino para él -replicó el señor de Cleves, -porque recibisteis a todas las otras personas. ¿Por qué esa excepción para con el señor de Nemours? ¿Por qué no lo tratáis como a los demás? ¿Por qué teméis su vista? ¿Por qué le dejáis ver que la teméis? ¿Por qué le dejáis darse cuenta de que os servís del poder que la pasión os da sobre él? ¿Os atreveríais a negaros a verle si no supierais que distingue vuestros rigores de la descortesía? ¿Pero por qué tenéis que usar de rigores con él? En una persona como vos, señora, todo es

favor menos la indiferencia -No creía -repuso la señora de Cleves, -que por el hecho de que tengáis sospechas del señor de Nemours, pudierais hacerme reproches por no haberle recibido. -Os los hago, sin embargo, señora -replicó el príncipe, y son bien fundados. ¿Por qué no le queréis ver si no os ha dicho nada? Pero, señora, os ha hablado; si sólo su silencio os hubiera demostrado su pasión, ella no os hubiera causado impresión tan grande; no habéis podido decirme toda la verdad, me la habéis ocultado en gran parte; os habéis arrepentido hasta de lo poco que me contasteis, y no tuvisteis el valor de proseguir. Soy más desgraciado de lo que creía, y soy el más desgraciado de todos los hombres. ¡Sois mi mujer, os amo como si fuerais mi querida y amáis a otro! Ese otro es el más amable de la Corte, y os ve todos los días, ¡sabe que lo amáis! Y he podido creer -exclamó, -que podríais dominar la pasión que sentís por él. Es preciso que haya perdido el juicio para que creyera eso posible. -No sé -respondió tristemente la señora de Cleves, -si habéis hecho mal al juzgar favorablemente una conducta tan extraordinaria como la mía; no sé por mi parte si me equivoqué al pensar que me haríais justicia. -No lo dudéis, señora -replicó el señor de Cleves; -os equi-

vocasteis; habéis esperado de mí cosas tan imposibles como las que yo esperaba de vos. ¿Cómo podíais esperar que yo conservase la razón? ¿Os habéis olvidado de que os amaba locamente y de que era vuestro marido? Una y otra cosa pueden impulsar a cometer excesos, ¿qué no podrían, pues, las dos cosas juntas? ¡Y qué no hacen! -exclamó. - Sólo tengo sentimientos violentos o indecisos de que no soy dueño; ya no me encuentro digno de vos; vos no me parecéis más digna de mí; os ofendo y os pido perdón; os admiro y tengo vergüenza; en fin, ya no hay en mí ni calma ni razón. No sé cómo he podido vivir desde que me hablasteis en Colomiers, y desde el día en que supisteis por la Delfina que vuestra aventura era conocida. No puedo acertar cómo llegó a ser sabida, ni lo que ha pasado entre el señor de Nemours y vos a este respecto; vos no me lo explicaréis nunca, ni yo os pido que me lo expliquéis; os pido sólo que os acordéis de que me habéis hecho el hombre más desgraciado del mundo.»

El señor de Cleves salió de la alcoba de su mujer después de estas palabras, y partió al día siguiente sin verla; pero le escribió una carta llena de aflicción, de afecto y de dulzura. Ella le contestó en



forma tan sentida y tan segura de su conducta pasada y de la por venir, que, como esas seguridades estaban fundadas sobre la verdad, y éstos eran en efecto sus sentimientos, esta carta hizo impresión en el señor de Cleves, y le dio alguna calma; si a esto se une que el señor de Nemours iba a ir como él junto con el rey, esto le permitía tener la seguridad de que no estaría en el mismo punto que la señora de Cleves. Todas las veces que esta princesa hablaba con su marido, la pasión que él le demostraba, la sinceridad de sus pareceres y la amistad que ella le tenía, así como la que le debía, causaban en su corazón impresiones que amortiguaban la idea del señor de Nemours; pero eso no duraba más que poco tiempo, y aquella idea volvía luego más viva y más presente que antes.

Los primeros días de la partida de este príncipe, no sintió casi su ausencia; después le pareció cruel; desde que lo amaba no había pasado día sin que temiera o esperara encontrarle, y le causó gran pena pensar que ya no estaba en poder del azar el hacer que lo encontrara.

Se fue a Colomiers, y al ir allá, hizo que llevaran unos grandes cuadros que había hecho copiar de los originales que hiciera pintar la señora de Valentinois

para su hermosa casa de Anet. Todos los hechos notables que habían ocurrido bajo el reinado del rey estaban en aquellos cuadros. Había entre otros el sitio de Metz, y todos los que figuraban en él estaban muy parecidos; el señor de Nemours figuraba allí, y eso era quizás lo que le había dado deseo a la señora de Cleves de tener aquellos cuadros.

La señora de Martigues, que no había podido partir con la Corte, le prometió ir a pasar algunos días a Colomiers. El compartir el favor de la reina no les había dado celos ni las había alejado a la una de la otra; eran amigas, aunque no se confiaran sus sentimientos. La señora de Cleves sabía que la señora de Martigues amaba al «vidame»; pero la señora de Martigues no sabía que la señora de Cleves amaba al señor de Nemours ni que fuera amada por él. La calidad de sobrina del «vidame» hacía que la señora de Martigues quisiera aún más a la señora de Cleves, y la señora de Cleves la quería especialmente porque estaba enamorada como ella y de un hombre que era el amigo íntimo de aquel a quien ella quería.

La señora de Martigues fue a Colomiers como se lo había prometido a la señora de Cleves; la encontró haciendo vida solitaria. Aquella princesa había hasta buscado el medio de hallarse en una

completa soledad y pasar las tardes en los jardines sin ser acompañada por sus sirvientes. Iba a aquel pabellón en que el señor de Nemours la había oído y entraba al gabinete abierto sobre el jardín. Sus doncellas y sus sirvientes permanecían en otro gabinete, o bajo el pabellón, y no iban adonde ella estaba a menos que los llamara. La señora de Martigues no había visitado nunca a Colomiers; la sorprendieron todas las bellezas que allí encontró, y sobre todo lo agradable de aquel pabellón; la señora de Cleves y ella pasaban allí las tardes. La libertad de encontrarse solas, de noche, en el más bello sitio del mundo, hacía que no tuvieran término las conversaciones entre aquellas dos mujeres jóvenes que tenían pasiones violentas en el corazón; y, aunque no se hiciesen confidencias, tenían gran placer en hablarse. A la señora de Martigues le hubiese costado abandonar a Colormers si al dejarlo, no hubiera debido ir a un sitio donde estaba el «vidame»; partió para ir a Chambord, donde la Corte se encontraba entonces.

La consagración había sido hecha en Reims por el cardenal de Lorena, y se pasaría el resto del verano en el castillo de Chambord, que estaba recién construído. La reina demostró gran alegría en vol-

ver a ver a la señora de Martigues; y después de haberle dado algunas pruebas de esto, le preguntó noticias de la señora de Cleves y de lo que hacía en su casa de campo. El señor de Nemours y el señor del Cleves estaban en ese momento junto a la reina. La señora de Martigues, que había encontrado a Colomiers admirable, contó todas sus bellezas, y se extendió extraordinariamente sobre aquel pabellón del bosque, y el placer que tenía la señora de Cleves en pasar en él parte de la noche. El señor de Nemours, que conocía el sitio lo bastante para comprender lo que decía la señora de Martigues, pensó que no sería imposible que viera en él a la señora de Cleves, sin ser visto de ella. Le hizo algunas preguntas a la señora de Martigues para informarse mejor, y el señor de Cleves, que no le había quitado los ojos de encima mientras hablaba la señora de Martigues, creyó adivinar en aquel momento lo que maquinaba su espíritu. Las preguntas que hizo el príncipe lo confirmaron en su idea, de manera que no dudó que tuviera el propósito de ir a ver a su mujer. No se engañaba en sus sospechas; aquel propósito dominó de tal modo al señor de Nemours, que después de haber pasado la noche en pensar cómo lo llevaría a

cabo, al día siguiente por la mañana pidió licencia al rey para ir a París, con algún pretexto que inventó.

El señor de Cleves no puso en duda el motivo de aquel viaje; pero resolvió poner en claro la conducta de su mujer y no quedar en una cruel incertidumbre. Tuvo idea de partir al mismo tiempo que el duque de Nemours, o ir él mismo, oculto, a descubrir que éxito tendría aquel viaje; pero temeroso de llamar la atención, y que el señor de Nemours, advertido, tomara sus precauciones, resolvió fiarse a un gentilhombre de su confianza, cuya fidelidad e ingenio conocía. Le contó en qué dificultad se hallaba; le dijo cuánta había sido hasta entonces la virtud de la señora de Cleves, y lo ordenó que siguiera al señor de Nemours, que lo observara atentamente, que viera si iba a Colomiers y si penetraba de noche en el jardín.

El gentilhombre, que era muy capaz de desempeñar aquella comisión, la cumplió con la exactitud más completa. Siguió al señor de Nemours hasta la aldea situada a una legua de Colomiers, donde el príncipe se detuvo, y el gentilhombre comprendió sin dificultad que era para esperar allí la noche. Le pareció que no debía hacer otro tanto; no entró en la aldea, y se marchó al bosque, apostándose en el

sitio por donde creyó que debía pasar el señor de Nemours. No se engañó en sus cálculos: así que cayó la noche, oyó pasos, y aunque estuviese obscuro, reconoció fácilmente al señor de Nemours; lo vio dar la vuelta al jardín, como para escuchar si oía a alguien en él, y para escoger el sitio por donde pasara más fácilmente. Las cercas eran muy altas y lo rodeaban todo, de manera que la entrada era bastante difícil. El señor de Nemours consiguió, sin embargo, abrirse camino. Así que estuvo en el jardín no le costó trabajo darse cuenta de dónde estaba la señora de Cleves; vio mucha luz en un gabinete; todas las ventanas estaban abiertas, y, deslizándose a lo largo de las cercas, se aproximó a la habitación con la emoción y la nerviosidad que es fácil imaginar; después se escondió tras una de las hojas de las puertas para ver qué hacía la señora de Cleves. Vio que estaba sola; pero la vio tan hermosa, que apenas si pudo contener el transporte que le causó su vista. Hacía calor, y no tenía sobre la cabeza y el seno más que sus cabellos confusamente sujetos. Estaba tendida sobre un canapé y tenía por delante una mesa en la que había varios cestillos de cintas; escogió algunas de aquéllas y el señor de Nemours vio que eran de los mismos colores que él había llevado en

el torneo. Vio que le ponía lazos a una caña de la India muy rara que él había usado algún tiempo y luego regalado a su hermana, a quien la señora de Cleves se la tomara fingiendo no saber que había pertenecido al señor de Nemours. Después que hubo terminado aquel trabajo con una gracia y un agrado que expresaron en su rostro los sentimientos que tenía en el corazón, tomó un candelabro, se acercó a una gran mesa situada frente al cuadro del sitio de Metz, donde estaba el retrato del señor de Nemours; se sentó y se puso a mirar aquel retrato con una atención y un encanto que sólo la pasión pueden dar.

No es posible expresar lo que sintió el señor de Nemours en aquel instante. Ver en medio de la noche, en el más bello sitio del mundo a una persona que adoraba; verla sin que ella supiera que la veía, y verla ocupada en cosas que tenían relación con él y la pasión que le ocultaba, es algo que no ha sido nunca sentido ni imaginado por ningún otro amante.

El príncipe estaba tan fuera de sí, que permanecía inmóvil mirando a la señora de Cleves, sin pensar que los momentos eran preciosos. Cuando se repuso un tanto, pensó que debía esperar para

hablarle que ella saliera al jardín; creyó que así podría hacerlo con más seguridad, porque estaría más alejada de sus doncellas; pero, viendo que no salía del gabinete, se resolvió a entrar. Cuando quiso hacerlo, ¡qué turbación sintió! ¡Qué temor de desagradarla! ¡Qué temor de hacer cambiar aquel rostro en que había tanta dulzura, y verlo llenarse de severidad y cólera!

Pensó que era una locura no el venir a ver a la señora de Cleves sin ser visto, si no el querer ser visto por ella; contempló todo lo que no había considerado aún. Le pareció que era audacia excesiva, ir a sorprender en medio de la noche a una persona a la que nunca había hablado de amor. Pensó que no debía pretender que ella lo escuchase y que se enojaría con justa razón por el peligro a que: la exponía con los accidentes que podían acontecer. Su valor lo abandonó, y se resolvía ya a tomar la resolución de volverse sin ser visto; pero, sin embargo, impulsado por el deseo del hablarle, y tranquilizado por las esperanzas que le daba todo lo que había visto, avanzó algunos pasos, pero con tal turbación que rozó la puerta de la ventana e hizo ruido. La señora de Cleves volvió la cabeza, y sea que estaba preocupada su mente por aquel príncipe o que la luz diera en el si-



tio en que éste estaba, le permitieron reconocerlo, no vaciló, y sin volverse a mirarlo otra vez, entró en la pieza en que estaban sus doncellas. Estaba tan agitada al entrar, que para disimularlo, tuvo que decir que se sentía mal, y lo dijo también para ocupar a toda su servidumbre y darle tiempo al señor de Nemours de retirarse. Después reflexionó que quizás se había equivocado y que había sido una ilusión de su espíritu el haber creído ver al señor de Nemours. Sabía que estaba en Chambord; no le parecía creíble que hubiese acometido empresa tan arriesgada; tuvo vivos deseos del volver al gabinete y ver si había alguien en el jardín. Quizá deseaba tanto como temía el encontrar al señor del Nemours; pero, al fin, vencieron la razón y la prudencia, y le pareció que valía más permanecer en la duda que estaba que arriesgarse a ponerla en claro. Estuvo largo tiempo sin resolverse a salir de un sitio muy cerca del cual pensaba que quizás estuviese el príncipe, y casi era de día cuando regresó al castillo.

El señor de Nemours permaneció en el jardín mientras vio luces; no había perdido la esperanza de ver a la señora de Cleves, aunque estuviese cierto del que ella lo había reconocido, y que no se había retirado más que para huirlo; pero, viendo que ce-

rraban las puertas, comprendió que no tenía nada que esperar. Volvió a desandar su camino y pasó muy próximo al sitio en que esperaba el gentilhomme del señor de Cleves. Este lo siguió hasta la aldea de que había partido de noche. El señor de Nemours se resolvió a pasar allí el día a fin de volver por la noche a Colomiers, para ver si la señora de Cleves volvería a tener la crueldad de huirle, o la de no exponerse a ser vista. Aunque se sintiera muy dichoso con haberla visto tan preocupada con él, lo afligía el haberle visto aquel natural movimiento de fuga.

La pasión nunca ha sido más tierna ni más violenta de lo que era en aquel instante en el príncipe. Se fue a esconder bajo unos sauces a la orilla de un pequeño arroyo que corría tras de la casa en que estaba oculto. Se alejó lo más que pudo para no ser visto ni oído; se entregó allí a los transportes de su amor, y su corazón estaba tan oprimido que tuvo que dejar correr algunas lágrimas; pero no eran lágrimas sólo engendradas por el dolor; iban mezcladas con la dulzura y el encanto que solamente se encuentra en el amor.

Se puso a rememorar todos los actos de la señora de Cleves desde que estaba enamorado de ella;

¡qué rigor honesto y modesto había tenido siempre para con él, aunque lo amara! «Por que, en fin, me ama -se decía, -me ama, no lo puedo poner en duda; las más grandes confesiones y los más grandes favores no son pruebas tan seguras como las que yo he tenido; sin embargo, soy tratado con la misma severidad que si fuera odiado. He confiado en el tiempo, ya no debo esperar nada del él; la veo siempre defenderse igualmente de ella y del mí. Si no fuera amado, trataría de agradar; pero agrado, me ama y me lo oculta. ¿Qué puedo esperar y qué cambio ha de efectuarse en mi destino? ¡Cómo! soy amado por la más amable persona del mundo y no tendré ese exceso de amor que dan las primeras certidumbres de ser amado, más que para sentir mejor el dolor de ser maltratado. Dejadme ver que me amáis, bella princesa -exclamaba, -dejadme conocer vuestros sentimientos: con tal de que me los hagáis conocer una vez en la vida, consiento en que después me tratéis para siempre con los rigores con que me abrumáis. ¡Miradme al menos con los ojos con que anoche os veía mirar mi retrato! ¿Cómo podéis haberle mirado con tanta dulzura y a mí con tanta crueldad? ¿Qué teméis? ¿Por qué os causa tanto espanto mi amor? Me amáis, me lo ocultáis inútil-

mente; vos misma me habéis dado pruebas involuntarias. Conozco mi felicidad; dejadme gozarla, y cesad de hacerme desgraciado. ¿Es posible - proseguía, -que me sepa amado de la señora de Cleves y sea desgraciado? ¡Qué hermosa estaba esta noche! ¿Cómo pude resistir al deseo de echarme a sus pies? Si lo hubiera hecho quizás le hubiera impedido que huyera; mi respeto le hubiese tranquilizado; pero quizás no me haya reconocido; me aflijo más de lo que debo, pues la vista de un hombre a hora tan extraordinaria tiene que haberla asustado.»

Estos pensamientos ocuparon todo el día al señor de Nemours. Esperó la noche con impaciencia, y cuando ésta llegó, volvió a tomar el camino de Colomiers. El gentilhombre del señor de Cleves, que se había disfrazado para que se lo notara menos, le siguió hasta el mismo sitio que la noche anterior, y lo vio entrar en el jardín. El príncipe comprendió en seguida que la señora de Cleves no había querido exponerse a que tratara de verla otra vez: todas las puertas estaban cerradas. Dio vuelta por todas partes para ver si descubría luces, pero fue inútilmente.

La señora de Cleves, sospechando que el señor de Nemours podía volver, permaneció en su cuarto;

recelaba que no tendría siempre la decisión de huirle y no quiso exponerse al riesgo de hablarle en una forma tan poco conforme con la conducta que había observado hasta entonces.

Al señor de Nemours no le quedó ninguna esperanza de verla y no pudo resolverse a retirarse en seguida de un sitio en que ella estaba con tanta frecuencia. Pasó toda la noche en él jardín y tuvo por lo menos el consuelo de ver los mismos objetos que ella miraba todos los días. El sol había salido antes de que pensara en retirarse; pero, por fin, el temor de ser descubierto lo obligó a hacerlo.

No se resolvía a volverse sin ver a la señora de Cleves, y fue a casa de la señora de Mercoeur, que estaba entonces en su residencia próxima a Colomiers. La sorprendió mucho la llegada de su hermano. Atribuyó a su viaje una causa bastante verosímil para engañarla, y, en fin, se manejó con tal habilidad que la indujo a que ella misma le propusiera ir a ver a la señora de Cleves. Esta proposición fue cumplida el mismo día, y el señor de Nemours le dijo a su hermana que la dejaría en Colomiers para irse con urgencia a ver al rey. Se había propuesto separarse de ella en Colomiers esperando que su hermana se

retiraría antes que él y de este modo, tendría un medio infalible de hablar con la señora de Cleves.

En el momento en que llegaron, la princesa se paseaba en una larga avenida que limitaba el jardín: La vista del señor de Nemours no le causó poca turbación, no dejándole duda de que era a él a quien había visto la noche precedente. Aquella, certidumbre le causó cierto enojo por el atrevimiento y la imprudencia que encontraba en su conducta. El príncipe notó una expresión de frialdad en su rostro que le causó un sensible dolor. La conversación rodó sobre asuntos indiferentes; pero, sin embargo, encontró modo de lucir en ella tanto ingenio, tanta complacencia y tanta admiración por la señora de Cleves, que disipó a pesar de ella, una parte de la frialdad con que lo había recibido.

Cuando se hubo disipado aquel primer temor, demostró muchísima curiosidad por visitar el pabellón del bosque; lo pintó como uno de los sitios más agradables del mundo y hasta lo describió tan minuciosamente, que la señora de Mercoeur le dijo que si lo había visitado varias veces para conocer tan bien todas sus bellezas. «No creo, sin embargo -repuso la señora de Cleves, -que el señor de Nemours haya estado nunca en él; es un edificio con-

cluido hace muy poco. -No hace mucho, en efecto, que estuve en él -prosiguió el señor de Nemours mirándola; -y no sé si debo felicitar me de que os hayáis olvidado de haberme visto en él.» La señora de Mercoeur, que estaba admirando la belleza de los jardines, no ponía atención en lo que decía su hermano. La señora de Cleves se sonrojó y, bajando los ojos, dijo sin mirar al señor de Nemours: «No recuerdo haberos visto allí nunca; y si habéis estado es sin que yo lo sepa. Es cierto, señora, que estuve sin vuestra orden, y pasé allí los momentos más dulces y más crueles de mi vida.»

La señora de Cleves comprendía muy bien todo lo que le decía el príncipe; pero no le respondió: pensó en impedir que la señora de Mercoeur fuera a aquel gabinete, porque estaba en él el retrato del señor de Nemours, y no quería que ella lo viese. Tan hábil fue que el tiempo pasó insensiblemente, y la señora de Mercoeur habló de retirarse; pero cuando la señora de Cleves vio que el señor de Nemours y su hermana no se iban juntos, se dio cuenta en el acto de a lo que se iba a ver expuesta: se encontró en la misma dificultad en que se había hallado en París y apeló al mismo recurso. El temor de que aquella visita no fuera a confirmar las sospechas que

tenía, contribuyó no poco a determinarla; y para evitar que el señor de Nemours quedara sólo con ella, le dijo a la señora de Mercoeur que iba a acompañarla hasta la linde del bosque y ordenó que su carroza la siguiese. El dolor que sintió el príncipe al encontrar siempre aquella misma conducta rigurosa de la señora de Cleves fue tan violento, que se puso palidísimo. La señora de Mercoeur le preguntó si se sentía malo; pero él miró a la señora de Cleves sin que nadie lo advirtiera y le hizo entender con sus miradas que lo único que sufría era desesperación. Entretanto, fue preciso que las dejara marcharse sin atreverse a seguir las; y, después de lo que había dicho, no podía volverse con su hermana. De modo que se volvió a París, y de allí partió al día siguiente.

El gentilhombre del señor de Cleves lo había observado siempre; volvió también a París, y como viera que el señor de Nemours partía para Chambord, tomó la posta para llegar antes que él y dar cuenta de su viaje. Su señor esperaba su regreso como algo que iba a decidir de la desgracia de toda su vida.

Así que lo vio juzgó por su semblante y por su silencio, que no tenía sino cosas enojosas que decirle. Permaneció algún tiempo dominado por la



aflicción, con la cabeza inclinada, sin poder hablar; por fin le hizo seña con la mano de que podía retirarse. «Idos -le dijo, -comprendo lo que tenéis que decirme; pero no tengo valor para escucharlo. -No he de deciros nada sobre lo cual se pueda basar una certidumbre le respondió el gentilhomme -Es cierto que el señor de Nemours entró dos noches seguidas en el jardín del bosque, y que al día siguiente estuvo en Colomiers con la señora de Mercoeur. Basta -le dijo el señor de Cleves, -basta -y volvió a hacerle seña de que se retirara -no tengo necesidad de más detalles.» El gentilhomme se vio obligado a dejar a su señor entregado a la desesperación. Jamás ha habido quizás otro dolor más violento, y pocos hombres de tan gran valor y de corazón tan apasionado como el señor de Cleves han sufrido al mismo tiempo la aflicción que causa la infidelidad de una amante y la vergüenza de ser engañado por su esposa.

El señor de Cleves no pudo resistir tanta pesadumbre. La fiebre lo acometió aquella misma noche y con tantas complicaciones, que desde el primer momento su enfermedad pareció muy grave. Se mandó noticia a la señora de Cleves, que se puso en viaje en seguida. Cuando llegó, el príncipe estaba

peor; lo notó tan severo y helado con ella, que quedó muy sorprendida y afligida. Hasta le pareció que recibía con disgusto las atenciones que ella le prestaba; pero pensó que aquello quizás fuera causado por la enfermedad.

Así que estuvo en Blois, donde la Corte se encontraba entonces, el señor de Nemours no pudo dejar de alegrarse al saber que ella estaba en el mismo sitio que él. Trató de verla y fue todos los días a casa del príncipe de Cleves, so pretexto de inquirir noticias suyas, pero fue inútilmente. Ella no salía del cuarto de su marido y sufría un dolor violento viéndole en aquel estado. El señor de Nemours se desesperaba al saberla tan afligida; comprendía fácilmente que aquella aflicción redoblaba la amistad que ella tenía por el señor de Cleves, y que aquella amistad era un freno peligroso para la pasión que tenía en el corazón. Este sentimiento le causó una pena mortal durante algún tiempo; pero la gravedad del estado del señor de Cleves le daba nuevas esperanzas. Vio que la señora de Cleves estaría quizás libre de poder seguir sus inclinaciones, y que podría tener en el porvenir una felicidad y placeres duraderos. No podía desechar esta idea; pero tal turbación y transportes le causaba, que la apartaba de su espí-

ritu, temeroso de encontrarse demasiado infeliz si llegaba a perder aquellas esperanzas.

Entretanto, los médicos casi habían abandonado al señor de Cleves. Uno de los últimos días de su enfermedad, después de haber pasado muy mala noche, dijo por la mañana que quería descansar. La señora de Cleves permaneció solamente en el cuarto. Le pareció que en vez de descansar estaba muy inquieto; se acercó a él y fue a ponerse de rodillas delante del lecho, con el rostro bañado en lágrimas. El señor de Cleves había resuelto no demostrarle la violenta pena que lo dominaba a causa de ella, pero los cuidados que le prodigaba y su aflicción, que ora le parecía verdadera, ora consideraba como tramas de disimulo y de perfidia, le causaban sentimientos tan opuestos y dolorosos, que no pudo contenerlos dentro de sí.

«Derramáis demasiadas lágrimas, señora -le dijo, -por una muerte que causáis y que no puede producir el dolor que demostráis. Ya no estoy en estado de haceros reproches -prosiguió con una voz debilitada por la enfermedad y por el dolor; -pero muero del cruel disgusto que me habéis dado. ¿Es creíble que una acción tan extraordinaria como la que hicisteis hablándome en Colomiers tuviera tan poco

resultado? ¿Por qué me hicisteis conocer la pasión que sentíais por el señor de Nemours si vuestra virtud no era bastante para resistirla? Yo os amaba hasta el punto de poder ser fácilmente engañado, lo confieso para vergüenza mía, y he deplorado la falsa tranquilidad de que me sacasteis. ¿Por qué no me dejasteis en esa ciega tranquilidad en que viven tantos maridos? Quizás hubiera ignorado toda mi vida que amabais al señor de Nemours. Me muero -agregó, -pero sabed que me habéis hecho agradable la muerte, pues al quitarme la estima y el cariño que os tenía, la vida me causa horror. ¿Qué sería para mí la vida -agregó, -pasándola junto a una persona que he amado tanto, y por la que he sido tan cruelmente engañado, o viviendo separado de esa misma persona, y acabar por llegar a un estallido y a violencias tan opuestas a mi carácter y a la pasión que tenía por vos? Era mucho mayor de lo que os demostraba, señora; os la he ocultado en gran parte por temor de importunaros o de perder algo de vuestra estima con actitudes impropias en un marido; en fin, merecía vuestro corazón. Os lo repito, muero sin pesar, porque no pude conseguirlo y ya no deseo obtenerlo. Adiós, señora. Algún día sentiréis a un hombre, que os amaba con una pasión verdadera y

legítima. Sentiréis el pesar que sufren las personas razonables en esos compromisos, y conoceréis la diferencia de ser amada como yo os amaba, a serlo por gentes que, al protestaros amor, sólo buscan el honor de seduciros; pero mi muerte os dejará en libertad -agregó, -y podréis hacer feliz al señor de Nemours sin que tengáis que cometer crímenes. ¡Qué importa lo que sucederá cuando yo ya no exista, y por qué he de tener la debilidad de pensar en ello!»

La señora de Cleves estaba tan lejos de imaginarse que su marido pudiera tener sospechas de ella, que escuchó aquellas palabras sin comprenderlas y sin tener otra idea sino que le reprochaba su inclinación por el señor de Nemours. Por último, saliendo de pronto de su ceguera, exclamó: «¡Yo, crímenes! Ni siquiera concibo su idea. La virtud más austera no puede inspirar otra conducta que la que he seguido, y jamás he cometido un acto de que no hubiera deseado que fueseis testigo. -¿Hubierais deseado -replicó el señor de Cleves con desdén, -que lo hubiese sido de las noches que habéis pasado con el señor de Nemours? ¡Ah, señora! ¿es de vos de quien hablo, cuando me refiero a una mujer que ha pasado noches con un hombre? -No,

señor -repuso ella; -no es de mí de quien habláis; yo no he pasado noches ni momentos con el señor de Nemours; jamás me ha visto en privado; jamás lo he tolerado ni escuchado, y haré todos los juramentos... -No digáis más -interrumpió el señor de Cleves; -los falsos juramentos o una confesión me causarían igual dolor.» La señora de Cleves no podía responder; las lágrimas y el disgusto le quitaban la palabra; por último, haciendo un esfuerzo le dijo: «Miradme al menos, escuchadme; si sólo se tratara de mí toleraría esos reproches; pero en ello va vuestra vida. Escuchadme por amor de vos mismo; es imposible que con tanta verdad no os persuada de mi inocencia. Pluguiese a Dios que me pudieseis convencer -exclamó el príncipe; - pero, ¿qué podéis decirme? ¿No estuvo el señor de Nemours en Colomiers con su hermana, y no había pasado las dos noches precedentes junto con vos en el jardín del bosque? -Si ése es mi crimen, fácil es justificarme; no os pido que me creáis; pero creed a todos vuestros sirvientes, y sabréis si fui al jardín del bosque la víspera del día que el señor de Nemours me viera en Colomiers, y si la noche anterior no me retiré dos horas antes que de costumbre.» Le contó en seguida cómo le había parecido ver a alguien en el

jardín y le confesó que había creído que era el señor de Nemours. Le habló con tanta seguridad y la verdad persuade tan fácilmente aun cuando parezca inverosímil que el señor de Cleves quedó así convencido de su sinceridad. «No sé -le dijo, -si debo inclinarme a creeros; me siento tan próximo a morir, que no quiero ver nada de lo que pudiera hacerme amar la vida. Me habéis sacado de dudas demasiado tarde; pero siempre me será un alivio el llevarme el convencimiento de que sois digna de la estima que he tenido por vos. Os ruego me hagáis tener el consuelo de creer que mi memoria os será grata y que si hubiese dependido de vos hubierais tenido por mí los sentimientos que tenéis por otro.» Quiso proseguir, pero un síncope le cortó la palabra. La señora de Cleves llamó a los médicos; lo encontraron casi exánime. Sin embargo, resistió todavía algunos días y murió con una firmeza de ánimo admirable.

La señora de Cleves sintió una aflicción tan violenta, que casi perdió la razón. La reina la fue a ver con solicitud y la condujo a un convento sin que ella supiese donde la llevaban. Sus cuñados la llevaron a París, y aún no estaba en estado de comprender distintamente su dolor. Cuando comenzó a tener las fuerzas de considerarlo, y vio qué marido

había perdido, y pensó que ella era la causa de su muerte, y que era la pasión que había tenido por otro la culpable, el horror que sintió por ella y por el señor de Nemours no puede pintarse.

Aquel príncipe no se atrevió en los primeros tiempos a hacerle otras demostraciones que las que establece la urbanidad. Conocía lo bastante a la señora de Cleves para comprender que una mayor solitud la habría desagradado; pero lo que supo después le hizo comprender que tendría que observar mucho más tiempo aquella conducta.

Un escudero que tenía le contó que el gentil-hombre del señor de Cleves, que era su amigo íntimo, le había dicho, en la aflicción de la pérdida de su señor, que el viaje del señor de Nemours a Colomiers había sido la causa de su muerte. El señor de Nemours quedó muy sorprendido al oír aquello; pero, después de pensarlo adivinó una parte de la verdad, y se dio cuenta de cuáles debían ser los sentimientos de la señora de Cleves, y qué repulsión le tendría a él si creía que la enfermedad de su marido había sido causada por los celos. Le pareció que convenía que no se acordara muy pronto de su nombre, y siguió aquella conducta por penosa que lo fuera.



Hizo un viaje a París, y no pudo, sin embargo, resistir al deseo de ir hasta su puerta a preguntar noticias suyas. Se le dijo que no veía a nadie y que ella había prohibido que le dieran cuenta hasta de las personas que la iban a ver. Quizás que aquellas órdenes tan estrictas habían sido dadas teniendo en vista al príncipe y para no oír hablar de él. El señor de Nemours estaba demasiado enamorado para vivir tan absolutamente privado de la vista de la señora de Cleves. Resolvió, pues, buscar los medios, por difíciles que pudieran ser, para salir de una situación que le parecía insoportable.

El dolor de la princesa pasaba todos los límites. Aquel marido muriendo, y muriendo por su causa queriéndola tanto, estaba siempre presente en su espíritu; rememoraba constantemente todo lo que le debía, y se acusaba como de un crimen de no haberle amado, como si eso hubiese sido cosa que hubiese estado en su poder. No encontraba consuelo si no en pensar que lo deploraba tanto como merecía ser deplorado, y en que no haría en todo el resto de su vida sino lo que él hubiera deseado que hiciese si hubiese vivido.

Varias veces pensó en cómo habría sabido que el señor de Nemours había estado en Colomiers; no

sospechaba que aquel príncipe lo hubiera contado, y hasta le parecía indiferente que lo hubiese repetido, a tal punto se creía curada y alejada de la pasión que había sentido por él. Sentía, sin embargo, un vivo dolor al imaginar que era la causa de la muerte de su marido, y recordaba con pena el temor que el señor de Cleves le había demostrado, al morir, de que fuera a casarse con él; pero todos aquellos dolores se confundían en la pena por la muerte de su marido, y le parecía que no sentía otra.

Después de transcurridos varios meses salió de aquella violenta aflicción en que estaba y pasó a un estado de tristeza y de languidez. La señora de Martigues hizo un viaje a París y la vio solícitamente durante toda su estancia allí. Le habló de la Corte, y de todo lo que pasaba en ella; y aunque la señora de Cleves pareciera no interesarse por aquellos informes, la señora de Martigues no dejaba de dárselos a fin de distraerla.

Le contó noticias del «vidame», del señor de Guisa, y de todos los demás que se distinguían por su persona o por su mérito. «En cuanto al señor de Nemours -dijo, -no sé si los asuntos ocupan ahora en su corazón el sitio de la galantería, pero está mucho menos alegre de lo que acostumbraba antes; pa-

rece muy retirado del comercio, de las mujeres; hace a menudo viajes a París y creo que está aquí actualmente.» El nombre del señor de Nemours sorprendió e hizo sonrojar a la señora de Cleves; cambió el giro de la conversación y la señora de Martigues no advirtió su turbación.

Al día siguiente la princesa, que buscaba ocupaciones de acuerdo con el estado en que se hallaba, fue cerca de su casa a ver a un hombre que hacía trabajos de seda de un tejido particular; fue allí con el objeto de encargar algunas prendas. Después que hubo mirado algunas telas vio la puerta de una pieza en que supuso había otras y mandó que la abrieran. El mercader dijo que no tenía la llave, y que la pieza estaba ocupada por un hombre que iba a veces a ella durante el día para dibujar las hermosas casas y los jardines que se veían desde las ventanas. «Es el hombre más apuesto del mundo; no tiene traza de estar reducido a tener que ganarse la vida. Toda vez que viene aquí lo veo mirar las casas y jardines, pero nunca le he visto trabajando.»

La señora de Cleves oía aquellas palabras con gran atención; lo que le había dicho la señora de Martigues, de que el señor de Nemours iba algunas veces a París se relacionó en su imaginación con

aquel hombre hermoso que venía a veces cerca de su casa, y se le ocurrió que era el señor de Nemours, y el señor de Nemours dedicado a mirarla, lo que le produjo una turbación confusa con cuya causa ni siquiera acertaba. Se acercó a las ventanas para ver dónde daban y vio que desde ellas se veía todo su jardín y el frente de su departamento, y cuando estuvo luego en su cuarto notó fácilmente la ventana a que le habían dicho que se ponía aquel hombre. La idea de que era el príncipe de Nemours cambió por completo el estado de su espíritu; ya no quedó en el triste reposo de que empezaba a gozar; se sintió inquieta y agitada; en fin, no pudiendo permanecer sola, fue a tomar aire en un jardín fuera de los arrabales, donde pensó que no habría nadie. Creyó, al llegar, que no se habría equivocado; no notó la presencia de nadie y se paseó bastante rato.

-Después de atravesar un pequeño bosque, vio en el extremo de una alameda, en el sitio más escondido del jardín, uno como gabinete abierto por todas partes y dirigió hacia él sus pasos. Cuando estuvo cerca vio a un hombre recostado sobre un banco, que parecía entregado a una profunda meditación, y reconoció que era el señor de Nemours. Su vista la detuvo de golpe, pero sus sirvientes que la

seguían hicieron algún ruido que sacó al señor de Nemours de su cavilación. Sin mirar quién había causado el ruido se levantó de donde estaba para evitar a las personas que se dirigían hacia él y dobló por otro sendero, haciendo una reverencia tan profunda que le impidió hasta ver a quien saludaba.

¡Si hubiera sabido a quién evitaba, con qué rapidez hubiera vuelto sobre sus pasos! Pero prosiguió por el otro sendero y la señora de Cleves lo vio salir por una puerta del fondo, donde lo esperaba su carruaje. ¡Qué efecto produjo aquella rápida visión en el corazón de la señora de Cleves! ¡Qué pasión adormecida despertó en su alma, y con qué violencia! Fue a sentarse en el mismo sitio en que había estado el señor de Namours y allí permaneció como abrumada. Aquel príncipe se presentó a su espíritu, amable por encima de cuanto hay en el mundo, amándola con una pasión llena de respeto y de fidelidad, despreciándolo todo por ella, respetando hasta su dolor, pensando en verla sin pretender ser visto, abandonando la Corte, de la que hacía las delicias, para ir a ver los muros que la encerraban, para venir a soñar en los sitios en que no podía esperar encontrarla, en fin, un hombre digno de ser amado aunque fuera sólo por su constancia, y por quien ella

sentía inclinación tan violenta, que lo hubiese amado aún cuando él no la amara; y que además era un hombre de condición elevada e igual a la suya. Ya no había deber ni virtud que se opusieran a sus sentimientos: todos los obstáculos estaban suprimidos, y de la situación pasada sólo quedaban la pasión del señor de Nemours por ella y la que ella tenía por él.

Todas estas ideas eran nuevas para la princesa. La aflicción por la muerte del señor de Cleves la había preocupado de un modo tal, que no había pensado en ellas. La presencia del señor de Nemours las trajo de golpe a su espíritu; pero cuando hubieron dominado a éste por completo y recordó que aquel mismo hombre a quien miraba como pudiendo ser su esposo, era el que ella había amado estando vivo su marido y que era la causa de su muerte, y que hasta al morir le había expresado el temor de que se casara con él, su austera virtud se sintió tan herida por aquella idea, que le pareció que era igual crimen casarse con el señor de Nemours que haberle amado durante la vida del su marido. Se entregó a aquellas reflexiones tan contrarias a su felicidad; las fortificó con varias razones relativas a su tranquilidad y a los males que preveía si se unía con aquel príncipe. Por último, después de haber

permanecido dos horas en el sitio en que estaba, se volvió a su casa, persuadida de que debía evitar su vista como cosa enteramente opuesta a su deber.

Pero esta persuasión, causada por su razón y su virtud, no dominaba a su corazón. Permanecía éste agregado al señor de Nemours con tal violencia, que la ponía en un estado digno de compasión y que ya no le dejó reposo. Pasó una de las noches más crueles que nunca hubiera padecido. Por la mañana su primer movimiento fue ir a ver si había alguien en la ventana que daba sobre su casa; fue y vio al señor de Nemours. Aquello la sorprendió y se retiró con una prontitud que le hizo comprender al príncipe que había sido reconocido. Había deseado serlo varias veces desde que su pasión le había hecho encontrar aquel medio de ver a la señora de Cleves; y cuando no esperaba tener ese placer se iba a meditar en el mismo jardín en que ella lo había encontrado.

Cansado al fin de un estado tan desdichado e incierto, resolvió intentar algún medio que resolviera su destino. «¿Qué puedo esperar? -decía. -Hace tiempo que me ama; está libre, ya no puede oponerme el deber. ¿Por qué me he de reducir a verla sin ser visto y a no hablarle? ¿Es posible que el

amor me haya quitado a tal punto la razón y la audacia, que me haya hecho tan diferente de lo que era en las otras pasiones de mi vida? He debido respetar el dolor de la señora de Cleves; pero lo estoy respetando demasiado tiempo y dando lugar a que se disipe la inclinación que tiene por mí.»

Después de estas reflexiones pensó en los medios de que se debía servir para verla. Creyó que ya no había nada que lo obligara a ocultarle su pasión al «vidame» de Chartres y resolvió hablarle y decirle las intenciones que tenía respecto de su sobrina.

El «vidame» estaba en ese momento en París; todos habían vuelto con objeto de preparar sus trajes y equipajes para seguir al rey, que debía acompañar a la reina de España. El señor de Nemours fue, pues, a casa del «vidame» y le confesó sinceramente todo lo que le había ocultado hasta entonces, excepto los sentimientos de la señora de Cleves, de los que no quiso aparecer sabedor.

El «vidame» oyó todo lo que le dijo con mucha alegría y le contestó que había pensado a menudo, desde que la señora de Cleves estaba viuda, que era la única persona digna da él. El señor de Nemours le rogó que le proporcionara los medios de hablarle y saber cuáles eran sus disposiciones.



El «vidame» le propuso llevarlo a casa de ella; el señor de Nemours pensó que esto le chocaría, porque aún no veía a nadie. Resolvieron que el «vidame» le rogaría que fuera a su casa con cualquier pretexto, y que el señor de Nemours entraría por una escalera excusada a fin de que no lo viera nadie. Esto se hizo como se pensó: la señora de Cleves fue, él «vidame» salió a recibirla y la condujo a un vasto gabinete en el fondo de su departamento; algún tiempo después el señor de Nemours entró, como si fuera por casualidad. La señora de Cleves se sorprendió mucho al verle; se sonrojó y trató de ocultar su rubor. El «vidame» habló de cosas indiferentes y salió, pretextando ir a dar una orden. Le dije a la señora de Cleves que hiciera los honores de su casa y que iba a volver dentro de un instante.

No se puede expresar lo que sintieron el señor de Nemours y la señora de Cleves al encontrarse solos y poder hablar así por primera vez. Permanecieron algún tiempo sin decir nada; por fin, el señor de Nemours rompió el silencio. «¿Le perdonaréis, señora, al señor «vidame» de Chartres -le dijo, -el haberme dado la ocasión de hablaros que siempre me habéis negado con tanta crueldad? -No le debo perdonar -contestó ella, -el haber olvidado el estado

en que estoy y a lo que expone mi reputación.» Al pronunciar estas palabras quiso marcharse, pero el señor de Nemours la retuvo. «No temáis nada señora, -le replicó, -nadie sabe que yo estoy aquí y no hay que temer que el azar lo descubra. Escuchadme, señora, escuchadme; si no es por bondad, que sea al menos por amor a vos misma, y para libraros de las extravagancias a que arrastraría infaliblemente una pasión de la que no soy dueño.»

La señora de Cleves cedió por primera vez a la inclinación que tenía por el señor de Nemours, y mirándole con ojos llenos de dulzura y encanto le dijo: «¿Qué esperáis de la complacencia que me pedís? Os arrepentiréis quizás de haberla obtenido, y yo me arrepentiría infaliblemente de habéroslo acordado. Vos merecéis un destino más feliz del que habéis tenido hasta aquí, y del que queréis tener en el porvenir, a menos que lo busquéis en otra parte.- ¡Yo, señora, buscar la felicidad en otra parte! -exclamó. -¿Puede haber otra que el ser amado por vos? Aunque nunca os he hablado, no puedo creer, señora, que ignoréis mi pasión, y que no la tengáis por la más verdadera y la más violenta que haya existido nunca. ¡Qué pruebas no he soportado por cosas que ignoráis, y a qué pruebas no la habéis so-

metido con vuestros rigores! -Puesto que queréis que os hable y me resuelva a ello -respondió la señora de Cleves sentándose, -lo haré con una sinceridad que encontraréis difícilmente en una persona de mi sexo. No os diré que no he notado el afecto que tenéis por mí, quizás no lo creeríais si eso os dijera; os confieso, pues, no sólo que lo he visto, sino que lo he visto tal como vos podíais desear que lo viese. -Y si lo habíais notado, señora -interrumpió el príncipe, -¿es posible que eso no os haya impresionado, y me atreveré a preguntaros si eso no produjo ninguna impresión en vuestro corazón? -Debéis de haberlo comprendido por mi conducta; pero quisiera saber qué es lo que pensáis. -Sería preciso que me sintiera más feliz para que me atreviera a decíroslo -le replicó él; -y mi destino tiene muy poca relación con lo que os diría. Todo lo que puedo haceros saber, señora, es que deseé ardentemente que no le confesarais al señor de Cleves lo que ocultabais, y que le ocultarais lo que me dejabais ver. -¿Cómo pudisteis descubrir -prosiguió ella sonrojándose, -que yo le confesé algo al señor de Cleves? -Lo supe por vos misma, señora; pero para que podáis perdonarme el atrevimiento que tuve al escucharos, acordaos de si abusé de lo que oí,

de si mis esperanzas aumentaron y de si tuve por eso más audacia para hablaros.»

Comenzó a contarle cómo había oído su conversación con el señor de Cleves; pero ella lo interrumpió antes de que terminara. «No me digáis nada más -le dijo; -ahora comprendo cómo era que estabais tan bien instruido; no me lo parecisteis estarlo poco cuando os vi en la alcoba de la Delfina, que conocía esta aventura por aquellos a quienes la habíais confiado.»

El señor de Nemours le contó entonces cómo habían ocurrido las cosas. «No os disculpéis -prosiguió ella; -hace ya mucho tiempo que os perdóné, sin que me dierais razones; pero, puesto que supisteis por mí misma aquello que tenía el propósito de ocultaros toda mi vida, os confieso que me habéis inspirado sentimientos que me eran desconocidos antes de haberos visto, y de los que tenía tan escasa idea que me causaron una sorpresa, que aumentó la turbación que siempre los acompaña. Os hago esta confesión con menos vergüenza, porque os la hago en un tiempo en que la puedo hacer sin delito, y porque vos habéis visto que mi conducta no es guiada por mis sentimientos.»

-Creed, señora -le dijo el señor de Nemours, echándose de rodillas, -que voy a expirar a vuestros pies de alegría y felicidad. -No os hago saber -respondió ella sonriendo, -sino lo que ya tanto conocíais. -¡Ah! señora, qué diferencia media entre saberlo por una casualidad, a saberlo por vos misma, y ver que queréis que lo sepa. -Es cierto -le dijo ella, -que deseo que lo sepáis, y que me es grato decíroslo. Ni sé si os lo digo más por amor de mí que por amor de vos; porque, en fin, esta confesión no tendrá consecuencias, y seguiré las reglas austeras que mi deber me impone. -No podéis pensar así, señora -respondió el señor de Nemours, -ya no hay deber que os retenga; sois libre, y, si me atreviera, os diría que depende de vos hacer que vuestro deber os obligue un día a conservar los sentimientos que tenéis por mí. -Mi deber -replicó, -me prohíbe pensar jamás en nadie, y menos en vos que en cualquier otro, por razones que os son desconocidas. -Quizás no lo sean, señora; pero no son verdaderas razones. Tengo motivos para pensar que el señor de Cleves me creyó más feliz de lo que era, y que se imaginó que vos aprobabais extravagancias que la pasión me hizo cometer sin vuestro consentimiento. -No hablemos de esa aventura -le dijo ella, -su recuerdo me

anonada; me avergüenza y además me es también muy dolorosa por las consecuencias que tuvo. Es muy cierto que vos causasteis la muerte del señor de Cleves: las sospechas que le causó vuestra conducta inconsiderada le costaron la vida como si vos se la hubieseis quitado con vuestras propias manos. Ved qué tendría yo que hacer si hubieseis llegado ambos a esos extremos, y que hubiese sucedido esa desgracia. Yo sé bien que no es lo mismo ante la opinión; pero para la mía no hay ninguna diferencia, porque sé que ha sido por vos que murió y que fue por causa mía.

¡Oh, señora -le dijo el señor de Nemours, -qué fantasma de deber oponéis a mi felicidad! ¡Cómo, señora, un pensamiento vano y sin fundamento os impedirá hacer feliz a un hombre a quien no odiáis! ¡Cómo yo habría podido concebir la esperanza de pasar mi vida junto a vos, mi destino me habría conducido a amar a la persona más estimable del mundo; habría visto en ella todo lo que puede hacer adorable a una amante; ella no me odiaría, y yo no habría encontrado en su conducta más que todo lo que puede desearse en una mujer! Porque, en fin, señora, vos sois quizás la única persona en quien estas dos cosas se hayan encontrado en el grado en

que las reunís vos; todos los que se casan con queridas tiemblan al casarse y miran con temor, con relación a los otros, la conducta que han tenido para con ellos; pero en vos, señora, nada hay que temer, y sólo hay motivos de admiración. ¿No habré contemplado -dijo, -tan gran felicidad más que para veros oponerle obstáculos? ¡Ah! señora, olvidáis que me habéis distinguido del resto de los mortales, o más bien no, no me habéis distinguido: vos os engañabais y yo me jacté de ello.

»No os habéis jactado -le respondió ella; -las razones de mi deber no me parecerían tan poderosas sin esta distinción de que dudáis, y ella es la que me hace considerar las desgracias que acarrearía el unirme a vos. -No tengo nada que responder, señora, al decirme que teméis desgracias; pero os confieso que después de todo lo que acabáis de decirme, no esperaba encontrar en vos una razón tan cruel. -Es tan poco ofensiva para vos, que hasta me cuesta mucho esfuerzo confesárosla. -¡Ay! señora -replicó el señor de Nemours, -¿qué podéis temer que me halague demasiado después de lo que acabáis de decirme? -Quiero seguir hablándoos con la misma sinceridad que convence, dijo la princesa, -y voy a pasar por encima de todas las convenciones y deli-

cadezas que debiera observar en una primera conversación; pero os pido que me oigáis sin interrumpirme.

»Creo que debo a vuestro afecto la débil recompensa de no ocultaros ninguno de mis sentimientos y de hacéroslos ver tales como son. Esta será quizás la única vez de mi vida en que me tomaré la libertad de exhibirlos; sin embargo, no podría confesaros sin rubor que la certidumbre de no ser amada por vos como lo soy me parece una desgracia tan horrible que, si no tuviera razones insalvables impuestas por el deber, dudo que pudiera exponerme a esa desgracia. Sé que sois libre, que yo lo soy y que las cosas son de tal suerte que el público no tendría quizás motivo para censuraros a vos ni a mí, si nos comprometiéramos juntos para siempre; ¿pero conservan los hombres pasión en esos compromisos eternos? ¿Debo esperar un milagro en mi favor, y puedo ponerme en el caso de ver concluir ciertamente esa pasión que sería toda mi felicidad? El señor de Cleves era quizás el único hombre capaz de conservar amor en el matrimonio. Mi destino no quiso que yo pudiera aprovechar esa felicidad; quizás también su pasión no subsistió sino porque no la había encontrado en mí. Pero yo no



tendría el mismo medio de conservar la vuestra; creo, además, que los obstáculos han engendrado vuestra constancia; habéis encontrado bastantes como para animaros a vencer, y mis actos involuntarios o las cosas que la casualidad os hizo saber os dieron bastante esperanza como para no desmayar. -¡Oh! Señora -repuso el señor de Nemours, -no puedo mantener el silencio que me imponéis; me hacéis demasiadas injusticias, y demasiado manifestáis cuán lejos os halláis de estar prevenida en mi favor. Confieso -dijo ella, -que las pasiones pueden impulsarme, pero no engeguecerme; nada puede impedir que yo conozca que habéis nacido con todas las disposiciones para la galantería, y todas las cualidades para conseguir en ella éxitos felices. Ya habéis tenido varias pasiones; tendréis otras más; yo no sería ya vuestra felicidad; os vería por otra como os he visto por mí; eso me causaría un dolor mortal, y no estaría siquiera segura de no padecer la desgracia de los celos. Os he dicho ya demasiado para ocultaros que me la habéis hecho conocer, y que sufrí tan crueles dolores la noche en que la reina me dio aquella carta de la señora de Themines, y que decían que os estaba dirigida, que me ha quedado

una impresión que me hace creer que ése es el mayor de todos los males.

»Por vanidad o por gusto, todas las mujeres desean atraeros; pocas son aquellas a quienes no agradaís; mi experiencia me hace pensar que no hay ninguna a quien no podáis gustar. Os creería siempre enamorado y amado, y no me engañaría con frecuencia. En ese estado, sin embargo, no me quedaría otro partido que tomar que el de sufrir; no sé siquiera si me atrevería a quejarme. Se le hacen reproches a un amante. ¿Pero puede hacerseles a un marido cuando sólo se lo puede acusar de no tener más amor? Y si pudiese acostumbrarme a esta suerte de desgracia, ¿podría acostumbrarme a la de creer ver siempre al señor de Cleves acusándoos de su muerte, reprocharme haberos amado, haberme casado con vos y hacerme sentir la diferencia de su afecto al vuestro? Es imposible-, prosiguió, -pasar por encima de razones tan poderosas; es preciso que siga en el estado en que estoy, e insista en las resoluciones que he tomado de no salir nunca de él. -¡Y creéis que lo podréis, señora! -exclamó el señor de Nemours. -¿Pensáis que vuestras resoluciones resistan contra un hombre que os adora y que es bastante dichoso como para gustaros? Es más difícil

de lo que pensáis, señora, el resistir a lo que nos agrada y nos ama. Vos lo habéis hecho por una virtud austera de la que no hay aquí ejemplo; pero esa virtud ya no se opone a vuestros sentimientos, y espero que los seguiréis a pesar vuestro. -Sé bien que no hay nada más difícil de lo que me propongo -replicó la señora de Cleves; -desconfío de mis fuerzas, en medio de mis razones; lo que creo deber a la memoria del señor de Cleves sería poco, si no lo sostuviera el interés de mi tranquilidad; y las razones de mi reposo necesitan ser sostenidas por las de mi deber; pero, aunque desconfíe de mí misma, creo que no vencerá nunca mis escrúpulos, como tampoco espero vencer la inclinación que siento por vos. Ella me hará desgraciada, y me privaré de vuestra vista, por duro que ello me sea. Os suplico, por todo el poder que tengo sobre vos, que no busquéis ninguna ocasión de verme. Estoy en un estado que me vuelve crímenes cosas que serían permitidas en otras circunstancias, y hasta el bien parecer prohíbe toda relación entre nosotros.» El señor de Nemours se arrojó a sus pies y se abandonó a todos los impulsos que lo agitaban. Le hizo ver con sus palabras y sus lágrimas, la más viva y la más tierna pasión que un corazón jamás albergara. El de la señora de Cle-

ves no era insensible, y mirando al príncipe con los ojos algo hinchados por las lágrimas, exclamó: «¿Por qué debo acusaros de la muerte del señor de Cleves? ¿Por qué no os comencé a conocer desde que soy libre, o por qué no os conocí antes de comprometerme? ¿Por qué nos separaría el destino por obstáculo tan invencible?

»-No existe tal obstáculo, señora -respondió el señor de Nemours; -vos solamente os oponéis a mi felicidad; vos solamente os imponéis una ley que la razón y la virtud no podrían imponeros -Es verdad -replicó ella, -que sacrifiqué mucho a un deber que no subsiste más que en mi imaginación. Esperad a ver qué puede el tiempo; el señor de Cleves acaba de expirar, y ese suceso funesto está demasiado próximo para que mis vistas puedan ser claras y distintas. Tened entretanto el placer de haberos hecho amar por una persona que no habría amado a nadie si no os hubiera visto; creed que los sentimientos que tengo por vos serán eternos, y que subsistirán igualmente haga yo lo que hiciere. Adiós -le dijo ella por fin, -no quiero prolongar una conversación que me da vergüenza; referídsela al «vidame»; consiento en ello y os lo ruego.» La princesa se retiró después de decir aquellas palabras sin que el señor de Ne-

mours consiguiera contenerla. Encontró al «vidame» en la pieza inmediata, pero éste la vio tan turbada, que no se atrevió a hablar y la acompañó hasta su carruaje, sin decirle palabra. Volvió a ver al señor de Nemours que estaba lleno de alegría, de tristeza, de sorpresa y de admiración, en fin, de todos los sentimientos de una pasión llena de temor y de esperanza, que parecía haber perdido el juicio. El «vidame» pasó largo rato sin conseguir que le diera cuenta de su conversación. Lo hizo por fin, y él señor de Chartres, sin estar enamorado de ella, no quedó menos admirado que el señor de Nemours de la virtud, el ingenio y el mérito de la señora de Cleves. Examinaron lo que el príncipe podía esperar de su destino, y a pesar de los temores que pudo inspirarle su amor, quedó de acuerdo con el «vidame» en que era imposible que la señora de Cleves permaneciese en la resolución que había adoptado. Conviniéron, sin embargo, en que era preciso acatar sus órdenes, por temor de que si el público se daba cuenta de la pasión que sentía por ella, la princesa hiciera declaraciones y estableciera compromisos que después tendría que sostener por temor de que se creyera que había amado al señor de Nemours en vida de su marido.

El señor de Nemours se determinó a seguir al rey. Era un viaje que no podía dejar de hacer, y resolvió marcharse sin intentar siquiera volver a ver a la señora de Cleves desde el sitio en que la habla visto algunas veces. Rogó al «vidame» que le hablara. ¡Qué no le dijo para que se lo repitiera! ¡Qué número infinito de razones para persuadirla que venciera sus escrúpulos! En fin, una buena parte de la noche había transcurrido antes de que el señor de Nemours pensara en dejarlo en paz.

La señora de Cleves no podía hallarla; era para ella algo tan nuevo haber salido de aquella reserva, que se había impuesto, de haber tolerado por primera vez en su vida que le dijera alguien que estaba enamorado de ella, y haber dicho ella misma que amaba, que no volvía de su asombro. Se sorprendió de lo que había hecho, se arrepintió, se alegró, todos sus sentimientos estaban llenos de incertidumbre y de pasión. Volvió a examinar las razones que se oponían a su felicidad; le dolió encontrarlas tan poderosas, y se arrepintió de habérselas hecho conocer así al señor de Nemours. Aunque la idea de casarse con él se le ocurriera cuando lo volvió a ver en aquel jardín, no le había causado la misma impresión que acababa de causarle la conversación que

había tenido con él, y había momentos en que no podía comprender que pudiera llegar a ser desgraciada casándose con el señor de Nemours. Hubiera querido poder decirse que no tenían fundamento sus escrúpulos del pasado y sus temores del porvenir. La razón y el deber le mostraban en otros momentos cosas completamente opuestas que la llevaban rápidamente a la resolución de no casarse, y de no ver nunca al señor de Nemours; pero era ésta una resolución bien violenta para un corazón tan prendado como el suyo y tan recientemente entregado a los encantos del amor. En fin, para tener un poco de calma, pensó que no era necesario que se hiciese la violencia de tomar una resolución inmediata; el bien parecer le concedía un tiempo considerable para determinarse; pero resolvió mantenerse firme y no tener ninguna relación con el señor de Nemours. El «vidame,» fue a verla, y sirvió a aquel príncipe con todo el ingenio y el empeño imaginables. No le pudo hacer cambiar su conducta ni la que le había impuesto al señor de Nemours. Le dijo que su intención era permanecer en el estado en que se encontraba; que conocía que aquel propósito era difícil de realizar, pero que esperaba tener la fuerza necesaria para ello. Le hizo ver de tal modo hasta

qué punto la afectaba la idea de que el señor de Nemours había causado la muerte de su marido, y cuán persuadida estaba de que haría una acción contraria a su deber casándose con él, que el «vidame» creyó que sería difícil quitarle aquella impresión. No le dijo al príncipe de Nemours lo que pensaba, y al darle cuenta de la conversación le dijo la esperanza que la razón debía darle a un hombre que se sabe amado.

Partieron al día siguiente y fueron a reunirse con el rey. El «vidame» le escribió a la señora de Cleves, a ruego del señor de Nemours, hablándole de este príncipe; y, en una segunda carta, que siguió a la primera, el señor de Nemours agregó algunas líneas de su puño. Pero la señora del Cleves, que no quería salir de las reglas que se había impuesto, y que temía, los accidentes que pueden acarrear las cartas, le escribió al «vidame» advirtiéndole que no recibiría más las suyas si seguía hablándole del señor de Nemours, y se lo ordenaba con tal energía, que el príncipe le rogó no le volviera a nombrar.

La Corte fue a conducir a la reina del España hasta el Poitou. Durante aquella ausencia, la señora de Cleves fue dueña de sí; y a medida que se había alejado del señor de Nemours y de todo lo que po-



día recordárselo, rememoraba el recuerdo del señor de Cleves que se hacía un honor en conservar. Las razones que tenía para no casarse con el señor de Nemours le parecían fuertes del lado de su deber, e insalvables del lado de su tranquilidad. El fin del amor de este príncipe y el mal de los celos, que le parecía infalible en un matrimonio, le mostraban que era una desgracia segura a que iba a precipitarse; pero veía también que intentaba una cosa imposible el resistir en su presencia al más amable de los hombres, a quien amaba y por quien era amada, y resistirlo en una cosa que no chocaba ni a la virtud ni al bien parecer. Pensó que sólo la ausencia y el alejamiento podían darle alguna fuerza; le pareció que la necesitaba no sólo para sostener la resolución de no comprometerse, sino también para resistir al deseo de ver al señor de Nemours, y resolvió hacer un viaje bastante largo en que pasaría todo el tiempo que el uso la obligaba a vivir todavía retirada. Unas grandes tierras que poseía en los Pirineos le parecieron el sitio más apropiado. Partió pocos días antes de que la Corte regresara, y al partir le escribió al «vidame» rogándole que no pensara en tener noticias suyas ni en escribirle.

El señor de Nemours se afligió tanto por aquel viaje como otro lo hubiera estado por la muerte de su amante. La idea de estar privado largo tiempo de la vista de la señora de Cleves le causaba un dolor penoso, sobre todo en un momento en que habría tenido el placer de verla y de ver compartida su pasión. Sin embargo, no podía hacer otra cosa más que afligirse; pero su aflicción aumentó aún considerablemente. La señora de Cleves, cuyo espíritu había estado tan agitado, cayó presa de violenta enfermedad así que llegó a su posesión; la noticia llegó a la Corte. El señor de Nemours estaba inconsolable; su dolor llegaba a la desesperación y la extravagancia. Al «vidame» le costó mucho esfuerzo impedir que demostrara su pasión en público; también le costó mucho trabajo contenerlo o impedir que él mismo fuera en busca de noticias. El parentesco y amistad del «vidame» le sirvió de pretexto para mandar varios correos. Por fin se supo que estaba fuera del extremo peligro a que había llegado; pero quedó afectada por una consunción que amenazaba gravemente su vida.

Aquella espera tan larga, y tan próxima de la muerte le hizo ver a la señora de Cleves las cosas de esta vida con esa visión tan diferente de aquella con

que se las considera en la salud. La necesidad de morir, de que se creía tan cercana, la acostumbró a desinteresarse de todas las cosas, y lo largo de su enfermedad se la hizo un hábito. Cuando volvió de aquel estado vio que, sin embargo, el señor de Nemours no se había borrado de su corazón, pero llamó en su ayuda, para defenderse de él, a todas las razones que tenía para no casarse jamás con él. Libró un gran combate consigo misma; por último venció los restos de aquella pasión, debilitada ya por los sentimientos que la enfermedad le había dado. La idea de la muerte le había reavivado el recuerdo del señor de Cleves. Aquel recuerdo que se conformaba con su deber, se imprimió fuertemente en su corazón. Las pasiones y los compromisos del mundo le parecieron tales como aparecen a las personas que tienen vistas más largas y más altas. Su salud, que permaneció considerablemente debilitada, la ayudó a mantener esos sentimientos; pero sobre lo que pueden las ocasiones sobre las resoluciones más cuerdas, no quiso destruir las suyas ni volver a los sitios donde estaba aquel a quien había amado. Se retiró con el pretexto de cambiar de aire a una casa religiosa, sin expresar el propósito resuelto de renunciar a la Corte.

Al saber la primer noticia de aquel retiro, el señor de Nemours comprendió toda su importancia. Creyó en aquel momento que no tenía nada más que esperar. La pérdida de sus esperanzas no impidió que hiciera cuanto pudo a fin de que regresara la señora de Cleves; le hizo escribir a la reina; le hizo escribir al «vidame», hizo que éste fuera; pero todo fue inútil. El «vidame» la vio, ella no le dijo que hubiera tomado una resolución; pero, sin embargo, quedó convencido de que la princesa no volvería nunca. Por último, el señor de Nemours fue él mismo con el pretexto de ir a tomar baños. La princesa se turbó en extremo y quedó muy sorprendida al saber su presencia. Le hizo decir por una persona de mérito a quien estimaba y que tenía entonces junto a ella, que le rogaba que no considerara extraño que no se expusiera al peligro de verle y de destruir con su presencia sentimientos que quería conservar; que deseaba que supiera que, habiéndose convencido de que su deber y su tranquilidad se oponían a la inclinación que tenía de ser suya, las otras cosas del mundo le habían parecido tan indiferentes que había renunciado a ellas para siempre; que ya no pensaba más que en las de la otra vida, y que no le

quedaba otro deseo más que verlo en las mismas disposiciones que ella estaba.

El señor de Nemours pensó morir de dolor en presencia de aquella que le hablaba. Le rogó veinte veces que fuera a ver a la señora de Cleves para que consintiera en verle; pero aquella persona le dijo que la señora de Cleves no sólo le había prohibido que fuera a decirle nada de su parte sino hasta que le diera cuenta de lo que conversaran. Fue necesario, por último, que el príncipe se volviera, tan abrumado por el dolor como podía estarlo un hombre que pierde toda esperanza de volver a ver jamás a una persona que amaba con la pasión más violenta, la más natural y la mejor fundada que hubiera existido nunca. Sin embargo, no desesperó todavía, e hizo cuanto pudo imaginar para hacerla cambiar de resolución. Por fin, después de transcurridos varios años, el tiempo y la ausencia amortiguaron su dolor y apagaron su pasión. La señora de Cleves vivía de modo que no quedaba esperanza de que volviera jamás; pasaba una parte del año en la casa religiosa y la otra en su dominio, pero en un retiro y entregada a ocupaciones más santas que las de los conventos más austeros; y su vida, que fue bastante corta, dejó ejemplos de virtud inimitables.

**FIN**